Patrick Modiano

Calle de las Tiendas Oscuras

Premio Goncourt

Guy Roland es un hombre sin pasado y sin memoria. Ha trabajado durante ocho años en la agencia de detectives del barón Constantin von Hutte, que acaba de jubilarse, y emprende ahora, en esta novela de misterio, un apasionante viaje al pasado tras la pista de su propia identidad perdida. Paso a paso Guy Roland va a reconstruir su historia incierta, cuyas piezas se dispersan por Bora Bora, Nueva York, Vichy o Roma, y cuyos testigos habitan un París que muestra las heridas de su historia reciente. Una novela que nos sitúa ante un yo evanescente, un espectro que trata de volverse corpóreo en un viaje de retorno a un tiempo olvidado. Pero esta búsqueda es también una poderosa reflexión sobre los mecanismos de la ficción, y Calle de las Tiendas Oscuras es una novela sobre la fragilidad de la memoria que, sin duda, perdurará en el recuerdo.

Patrick Modiano

Calle de las Tiendas Oscuras

Premio Goncourt

ePub r1.0
Sibelius 20.03.14

Título original: *Rue des Boutiques Obscures*
Patrick Modiano, 1978
Editorial Anagrama S. A., 2009
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia
Ilustración: foto Bettmann / CORBIS

Editor digital: Sibelius
ePub base r1.0

Para Rudy
Para mi padre

I

No soy nada. Sólo una silueta clara, aquella noche, en la terraza de un café. Estaba esperando que dejara de llover, un chaparrón que empezó en el preciso momento en que Hutte se iba.

Pocas horas antes, nos habíamos encontrado por última vez en la sede de la Agencia. Hutte estaba detrás del escritorio recio, como de costumbre, pero no se había quitado el abrigo, así que se notaba de verdad una impresión de despedida. Yo estaba sentado enfrente de él, en el sillón de cuero para los clientes. De la lámpara de opalina brotaba una luz fuerte que me deslumbraba.

—Bueno, Guy, pues ya está… Se acabó —dijo Hutte suspirando.

Un expediente andaba rodando por encima de una mesa. A lo mejor era el del hombrecillo moreno de mirada espantada y rostro abotagado que nos había encargado que siguiéramos a su mujer, quien, por las tardes, iba a reunirse con otro hombrecillo moreno de rostro abotagado en una pensión de la calle de Vital, cerca de la avenida Paul-Doumer.

Hutte se acariciaba pensativamente la barba, una barba canosa, corta, pero que se le comía las mejillas. Los ojos saltones y claros miraban al vacío. A la izquierda del escritorio, la silla de mimbre en que me sentaba yo durante las horas de trabajo. Detrás de Hutte unas baldas de madera oscura cubrían la mitad de la pared; había en ellas guías telefónicas y anuarios de todo tipo y de los últimos cincuenta años. Hutte me había dicho con frecuencia que eran herramientas de trabajo insustituibles de las que no pensaba desprenderse nunca. Y que esas guías y esos anuarios formaban la más preciada y la más emotiva biblioteca con que pudiera contar nadie, pues sus páginas recogían multitud de seres y multitud de cosas y de mundos desaparecidos, de los que ya sólo esos tomos daban testimonio.

—¿Qué va a hacer con todas esas guías? —le pregunté a Hutte, señalando las baldas con un amplio ademán del brazo.

—Se quedan aquí, Guy. No dejo el alquiler del piso.

Lanzó en torno una rápida mirada. Las dos hojas de la puerta que daba paso a la habitacioncita contigua estaban abiertas y se veían el sofá de terciopelo tazado, la chimenea y el espejo en que se reflejaban las hileras de anuarios y de guías y el rostro de Hutte. Nuestros clientes esperaban con frecuencia en esa habitación. Una alfombra persa protegía la tarima. En la pared, cerca de la ventana, había un icono colgado.

—¿En qué piensa, Guy?

—En nada. ¿Así que conserva el piso arrendado?

—Sí. Volveré a París de vez en cuando y la Agencia será mi vivienda de paso.

Me alargó la pitillera.

—Me da menos pena si dejo la Agencia tal y como estaba.

Hacía más de ocho años que trabajábamos juntos. Había creado personalmente aquella agencia de policía privada en 1947 y, antes de trabajar conmigo, había trabajado con otras muchas personas. Nuestro cometido consistía en proporcionar a los clientes eso que Hutte llamaba «informaciones mundanas». Todo transcurría, como le gustaba decir, entre «gente de mundo».

—¿Cree que podrá vivir en Niza?

—Pues claro.

—¿No se aburrirá?

Soltó el humo del cigarrillo.

—No queda más remedio que jubilarse un día, Guy.

Se levantó trabajosamente. Hutte debe de pesar más de cien kilos y medir un metro noventa y cinco.

—El tren sale a las nueve menos cinco. Nos da tiempo a tomar algo.

Fue delante de mí por el pasillo que lleva al recibidor, que tiene una curiosa forma ovalada y paredes de un tono beige apagado. Una cartera negra, tan llena que había sido imposible cerrarla, estaba en el suelo. Hutte la cogió. La llevaba sosteniéndola con la mano.

—¿No tiene equipaje?

—Ya lo he enviado todo por delante.

Hutte abrió la puerta de la calle y yo apagué la luz del recibidor. En el descansillo, Hutte titubeó un momento antes de cerrar la puerta y aquel chasquido metálico me hizo sentir una punzada en el corazón. Marcaba el final de una larga temporada de mi vida.

—Se queda uno chafado ¿eh, Guy? —me dijo Hutte; y se había sacado del bolsillo del abrigo un pañuelo grande con el que se enjugaba la frente.

En la puerta seguía la placa rectangular de mármol negro en donde ponía, en letras doradas con purpurina:

C. M. HUTTE
Investigaciones privadas

—Se queda donde está —me dijo Hutte.

Y, luego, echó la llave.

Fuimos por la avenida de Niel hasta la plaza de Pereire. Era de noche y, aunque estaba empezando el invierno, el aire era tibio. En la plaza de Pereire nos sentamos en la terraza de Les Hortensias. A Hutte le gustaba este café porque las sillas eran de rejilla, «como las de antes».

—¿Y usted qué va a hacer, Guy? —me preguntó tras tomar un sorbo de coñac con agua.

—¿Yo? Estoy siguiendo una pista.

—¿Una pista?

—Sí. Una pista de mi pasado.

Dije esa frase con un tono pomposo que lo hizo sonreír.

—Siempre he creído que algún día recuperaría su pasado.

Esto lo dijo con acento muy serio; y me conmovió.

—Aunque, mire, Guy, me pregunto si realmente merece la pena.

Se quedó callado. ¿En qué pensaba? ¿En su propio pasado?

—Tome una llave de la Agencia. Puede ir por allí de vez en cuando. Me gustaría que fuera.

Me alargó una llave que me metí en el bolsillo del pantalón.

—Y llámeme por teléfono a Niza. Téngame al corriente… en lo que tenga que ver con su pasado…

Se puso de pie y me dio la mano.

—¿Quiere que lo acompañe a la estación?

—No, no… Resulta tan triste…

Salió del café de una única zancada, evitando mirar hacia atrás, y noté una sensación de vacío. Aquel hombre había sido importantísimo para mí. Sin él, sin su ayuda, me pregunto qué habría sido de mí hace diez años, cuando me quedé amnésico de repente e iba a tientas por la niebla. Lo conmovió mi caso y, gracias a toda la gente que conocía, me proporcionó incluso un estado civil.

—Mire —me dijo, abriendo un sobre grande en el que había un carnet de identidad y un pasaporte—. Ahora se llama usted «Guy Roland».

Y aquel detective al que había ido a hacer una consulta para que usara su pericia en buscar testigos o trazas de mi pasado, añadió:

—Mi querido «Guy Roland», a partir de ahora no vuelva a mirar atrás y piense en el presente y en el futuro. Le propongo que trabaje conmigo…

Le caía bien porque —me enteré más adelante— él también había perdido sus propias huellas y toda una parte de su vida naufragó de golpe, sin que quedase ni el mínimo hilo conductor, ni el mínimo vínculo que hubiera podido relacionarlo con el pasado. Pues ¿qué había en común entre ese anciano exhausto a quien veía alejarse en la oscuridad de la noche, con aquel abrigo raído y aquella cartera negra abultada y el jugador de tenis de antaño, el apuesto y rubio barón báltico Constantin von Hutte?

II

—¿Oiga? ¿Paul Sonachitze?

—Al aparato.

—Soy Guy Roland… Ya sabe, el…

—Sí, claro que lo sé. ¿Podemos vernos?

—Como quiera…

—Por ejemplo… ¿esta noche alrededor de las nueve en la calle de Anatole-de-la-Forge? ¿Le parece bien?

—De acuerdo.

—Lo espero. Hasta luego.

Colgó bruscamente y el sudor me corría por las sienes. Me había tomado una copa de coñac para darme valor. ¿Por qué algo tan anodino como marcar un número de teléfono me cuesta tanto trabajo y tanta aprensión?

En el bar de la calle Anatole-de-la-Forge no había ningún cliente. Y él estaba detrás de la barra, vestido de calle.

—Ha sido muy oportuno —me dijo—. Libro todos los miércoles por la noche.

Se me acercó y me cogió por el hombro.

—He pensado mucho en usted.

—Gracias.

—Es algo que me preocupa en serio, ¿sabe?

Me habría gustado decirle que no se apurara por mí, pero no me salían las palabras.

—Bien pensado, creo que debía usted de moverse en el entorno de alguien a quien veía yo con frecuencia en determinado momento… Pero ¿quién?

Movía la cabeza.

—¿No puede darme una pista?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ando muy mal de memoria.

Lo tomó por una broma y, como si se tratase de un juego o de una adivinanza, dijo:

—Bueno, pues ya me las apañaré solo. ¿Me da carta blanca?

—Por mí…

—Entonces esta noche me lo llevo a cenar a casa de un amigo.

Antes de salir, bajó con un gesto seco la palanca de un contador eléctrico y cerró la puerta de madera maciza con varias vueltas de llave.

Tenía el automóvil aparcado en la acera de enfrente. Era negro y nuevo. Me abrió la portezuela, muy educado.

—Este amigo que le digo regenta un restaurante muy agradable entre Ville-d'Avray y Saint-Cloud.

—¿Y vamos hasta allí?

—Sí.

Desde la calle de Anatole-de-la-Forge estábamos saliendo a la avenida de la Grande-Armée y me entró la tentación de bajarme bruscamente del automóvil. Ir hasta Ville-d'Avray me parecía insoportable. Pero tenía que ser valiente.

Hasta llegar a la Porte de Saint-Cloud tuve que luchar contra el pánico que me tenía atenazado. Casi no conocía a Sonachitze. ¿No me estaría llevando a una encerrona? Pero, poco a poco, según lo oía hablar, me fui calmando. Me citaba las diversas etapas de su vida profesional. Primero había trabajado en salas de fiestas nocturnas rusas; luego, en el Langer, un restaurante en los jardines de los Campos Elíseos; luego, en el Hotel Castille de la calle de Cambon; y había pasado por otros establecimientos antes de regentar aquel bar de la calle de Anatole-de-la-Forge. Siempre acababa por coincidir con Jean Heurteur, el amigo a quien íbamos a ver, así que llevaban unos veinte años formando un tándem. Heurteur también tenía buena memoria. Entre los dos, seguro que resolvían «el enigma» que yo planteaba.

Sonachitze conducía con mucha prudencia y tardamos casi tres cuartos de hora en llegar.

Algo así como un bungalow cuyo lado izquierdo tapaba un sauce llorón. A la derecha, divisaba una maraña de matorrales. El local del restaurante era amplio. Desde el fondo, en donde brillaba una luz fuerte, se nos acercaba un hombre. Me tendió la mano.

—Encantado. Soy Jean Heurteur.

Y, luego, le dijo a Sonachitze:

—Hola, Paul.

Nos llevaba hacia el fondo de la sala. Estaba puesta una mesa para tres, en cuyo centro había un ramo de flores.

Señaló una de las puertas acristaladas:

—Tengo clientes en el otro bungalow. Una boda.

—¿Nunca había venido aquí? —me preguntó Sonachitze.

—No.

—Pues entonces enséñale la vista, Jean.

Heurteur salió delante de mí a una veranda que daba a un estanque. A la izquierda, un puentecillo abombado, de estilo chino, llevaba a otro bungalow, en la otra orilla del estanque. Una luz violenta iluminaba las puertas vidrieras y, tras ellas, vi pasar parejas. Estaban bailando. Nos llegaban desde lejos retazos de música.

—No son muchos —me dijo— y me da la impresión de que esta boda va a terminar en francachela.

Se encogió de hombros.

—Debería usted venir en verano. Las cenas son en la veranda. Resulta agradable.

Volvimos a entrar en la sala del restaurante y Heurteur cerró la puerta vidriera.

—Les he preparado una cena sin pretensiones.

Nos indicó con un ademán que nos sentásemos. Estaban juntos, enfrente de mí.

—¿Qué vino le gusta? —me preguntó Heurteur.

—El que usted diga.

—¿Château-Pétrus?

—Es una idea estupenda, Jean —dijo Sonachitze.

Un joven con chaqueta blanca nos servía. La luz del aplique de la pared me caía encima y me deslumbraba. Los otros estaban en la sombra, pero seguramente me habían sentado así para reconocerme mejor.

—¿Qué te parece, Jean?

Heurteur había empezado a tomar la galantina y me lanzaba, de vez en cuando, una mirada aguda. Era moreno, como Sonachitze, y, lo mismo que éste, se teñía el pelo. El cutis granuloso, las mejillas fláccidas y unos labios finos de gastrónomo.

—Sí, sí… —susurró.

A mí me hacía guiñar los ojos la luz. Nos puso vino.

—Sí…, sí…, yo creo que ya he visto al señor.

—Es un auténtico rompecabezas —dijo Sonachitze—. Este caballero se niega a encarrilarnos…

Parecía haberse adueñado de él una inspiración.

—Pero a lo mejor quiere usted que lo dejemos. ¿Prefiere seguir «de incógnito»?

—En absoluto —dije sonriendo.

El joven estaba sirviendo una molleja de ternera.

—¿Cuál es su profesión? —me preguntó Heurteur.

—He estado trabajando ocho años en una agencia de policía privada, la agencia de C. M. Hutte.

Me miraban fijamente, estupefactos.

—Pero es algo que seguramente no tiene relación alguna con mi vida anterior. Así que no lo tengan en cuenta.

—Es curioso —dijo Heurteur, clavándome los ojos—, no se le puede calcular a usted la edad.

—Por el bigote, seguramente.

—Sin el bigote —dijo Sonachitze— a lo mejor lo reconocíamos en el acto.

Y alargaba el brazo, me ponía la mano abierta debajo de la nariz para tapar el bigote y guiñaba los ojos como el retratista ante su modelo.

—Cuanto más lo miro, más tengo la impresión de que pertenecía a un grupo de noctámbulos… —dijo Heurteur.

—Pero ¿cuándo? —preguntó Sonachitze.

—Huy…, hace mucho… Hace una eternidad que no trabajamos ya en las salas de fiestas, Paul…

—¿Te parece que la cosa se remonta a la época del Tanagra?

Heurteur me clavaba una mirada cada vez más intensa.

—Disculpe —me dijo—. ¿Podría ponerse de pie un momento?

Obedecí. Me miraba de arriba abajo y de abajo arriba.

—Pues sí, me recuerda a un cliente. Tiene usted una estatura… Espere…

Había alzado la mano y se quedaba petrificado como si quisiera aferrar algo que corría el riesgo de disiparse de un momento a otro.

—Espere… Espere… Ya está, Paul.

Tenía una sonrisa triunfal.

—Ya puede volver a sentarse.

Estaba exultante. Con la seguridad de que lo que iba a decir causaría efecto. Nos servía vino a Sonachitze y a mí de forma ceremoniosa.

—Pues sí… Siempre lo acompañaba un hombre tan alto como usted… Quizá más alto aún… ¿No te recuerda nada, Paul?

—Pero ¿a qué época te refieres?

—A la del Tanagra, claro…

—¿Un hombre tan alto como él? —repitió Sonachitze para sus adentros—. ¿En el Tanagra?…

—¿No caes?

Heurteur se encogió de hombros.

Ahora le tocaba a Sonachitze sonreír con expresión triunfante. Asentía con la cabeza.

—Ya veo…

—¿Y qué?

—Stioppa.

—Pues claro, Stioppa.

Sonachitze se volvió hacia mí.

—¿Conocía a Stioppa?

—A lo mejor —dije prudentemente.

—Claro que sí… —dijo Heurteur—. Iba con Stioppa muchas veces… Estoy seguro…

—Stioppa…

Por la forma en que lo pronunciaba Sonachitze era seguramente un nombre ruso.

—Era él quien pedía siempre a la orquesta que tocase… *Alaverdi*… —dijo

Heurteur—. Una canción del Cáucaso.

—¿Lo recuerda? —me dijo Sonachitze, apretándome con fuerza la muñeca—. *Alaverdi*…

Le relucían los ojos al silbar la melodía. Yo también me sentía emocionado de repente. Me daba la impresión de que reconocía esa melodía.

En aquel momento, el camarero que nos había servido la cena se acercó a Heurteur y le indicó algo al fondo de la sala.

En una de las mesas, en la penumbra, había una mujer sentada, sola. Llevaba un vestido azul pálido y tenía apoyada la barbilla en las palmas de las manos. ¿En qué ensoñaciones estaba perdida?

—La novia.

—¿Qué hace ahí? —preguntó Heurteur.

—No lo sé —dijo el camarero.

—¿Le ha preguntado si quería algo?

—No. No. No quiere nada.

—¿Y los demás?

—Han pedido otras diez botellas de Krug.

Heurteur se encogió de hombros.

—No es cosa mía.

Y Sonachitze, que no se había fijado en absoluto ni en la «novia» ni en lo que decía el camarero, me repetía:

—¿Y qué?… Stioppa… ¿Se acuerda de Stioppa?

Estaba tan fuera de sí que acabé por responderle, con una sonrisa que pretendía ser misteriosa:

—Sí, sí. Algo…

Se volvió hacia Heurteur y le dijo con tono solemne:

—Se acuerda de Stioppa.

—Sí, eso es lo que pensaba yo.

El camarero de chaqueta blanca seguía quieto delante de Heurteur, con expresión apurada.

—Señor, me parece que van a utilizar las habitaciones… ¿Qué hay que hacer?

—Ya me figuraba yo —dijo Heurteur— que esta boda iba a acabar mal… Bueno, chico, pues que hagan lo que quieran. No es cosa nuestra.

La novia seguía allí, quieta en su mesa. Había cruzado los brazos.

—Me pregunto por qué se queda ahí sola —dijo Heurteur—. Pero, bueno, el caso es que no es en absoluto cosa nuestra.

Y hacía un ademán con el dorso de la mano como si quisiera espantar una mosca.

—Nosotros a lo que estábamos —dijo—. ¿Así que admite que conoció a Stioppa?

—Sí —suspiré.

—Por lo tanto era de la misma pandilla… Una pandilla la mar de animada, ¿verdad, Paul?…

—Huy…, todos desaparecieron —dijo Sonachitze con voz lúgubre—. Menos usted, caballero… Estoy encantado de haber podido… «localizarlo»… Era usted de la pandilla de Stioppa… Enhorabuena… Era una época mucho más bonita que la nuestra y, sobre todo, la gente era de mejor calidad que ahora…

—Y, sobre todo, éramos más jóvenes —dijo Heurteur riéndose.

—¿Y eso cuándo fue? —les pregunté con el corazón palpitante.

—Las fechas no son lo nuestro —dijo Sonachitze—. De todas formas, fue en tiempos del diluvio…

De repente, estaba abatido.

—A veces se dan coincidencias —dijo Heurteur.

Y se puso de pie, fue hacia una barra pequeña, en una esquina de la sala, y nos trajo un periódico que hojeó. Por fin, me alargó el periódico indicándome el siguiente anuncio:

«Nos ruegan que comuniquemos el fallecimiento de Marie de Resen el 25 de octubre, a los noventa y dos años de edad.

»De parte de su hijo, de su hija, de sus nietos, sobrinos y sobrinos nietos.

»Y de parte de sus amigos Georges Sacher y Stioppa de Djagoriew.

»La ceremonia religiosa previa a la inhumación en el cementerio de Sainte-Geneviève-des-Bois se celebrará el 4 de noviembre a las 16 horas en la capilla del cementerio.

»El oficio del noveno día se celebrará el 5 de noviembre en la iglesia ortodoxa rusa, en el número 19 de la calle de Claude-Lorrain, París, XVI.

»Este aviso hace las veces de esquela.»

—¿Entonces Stioppa vive? —dijo Sonachitze—. ¿Todavía lo ve?

—No —dije.

—Hace bien. Hay que vivir en el presente. Jean, ¿nos das una copa de algo?

—Ahora mismo.

A partir de ese momento parecieron desinteresarse por completo de Stioppa y de mi pasado. Pero no tenía importancia, porque al fin había dado con una pista.

—¿Me puede dejar ese periódico? —pregunté con fingida indiferencia.

—Pues claro —dijo Heurteur.

Brindamos. Así que de lo que había sido yo antaño sólo quedaba una silueta en la memoria de dos barmans. Y ni siquiera eso, porque la ocultaba a medias la de un tal Stioppa de Djagoriew. Y de ese Stioppa no habían vuelto a saber nada «desde tiempos del diluvio», como decía Sonachitze.

—¿Así que es usted detective privado? —me preguntó Heurteur.

—Ya no. Mi jefe acaba de jubilarse.

—¿Y usted? ¿Usted sigue?

Me encogí de hombros sin contestar.

—En cualquier caso, estaré encantado de volver a verlo. Vuelva por aquí cuando quiera.

Se había levantado y nos tendía la mano.

—Disculpen… Los estoy echando, pero es que todavía tengo que hacer las cuentas… Y esos de ahí, con su francachela…

Indicó el estanque con un ademán.

—Adiós, Jean.

—Adiós, Paul.

Heurteur me miraba, pensativo. Con voz muy lenta dijo:

—Ahora que está de pie, me recuerda otra cosa…

—¿Qué te recuerda? —preguntó Sonachitze.

—A un cliente que volvía todas las noches a las tantas cuando trabajábamos en el Hotel Castille…

Sonachitze me miraba ahora también, de pies a cabeza.

—Bien pensado, es posible —me dijo— que sea usted un antiguo cliente del Hotel Castille…

Sonreí, apurado.

Sonachitze me cogió el brazo y cruzamos la sala del restaurante, aún más oscura que cuando llegamos. La novia vestida de azul pálido ya no estaba en la mesa de antes. Fuera, oímos ráfagas de música y risas que llegaban desde el otro lado del estanque.

—Por favor —le pregunté a Sonachitze—, ¿puede recordarme qué canción era esa que siempre pedía aquel… aquel…?

—¿Aquel Stioppa?

—Sí.

Empezó a silbar los primeros compases. Luego se detuvo.

—¿Va a volver a ver a Stioppa?

—A lo mejor.

Me apretó el brazo con mucha fuerza.

—Dígale que Sonachitze todavía se acuerda de él muchas veces.

No dejaba de mirarme:

—En el fondo, es posible que tenga razón Jean. Era usted un cliente del Hotel Castille… Intente recordar… El Hotel Castille, de la calle de Cambon…

Desvié el rostro y abrí la puerta del automóvil. Había alguien acurrucado en el asiento delantero, con la frente apoyada en el cristal. Me incliné y reconocí a la novia. Dormía, con el vestido azul cielo subido hasta medio muslo.

—Hay que sacarla de ahí —me dijo Sonachitze.

La zarandeé con suavidad, pero seguía durmiendo. Entonces la cogí por la cintura y conseguí sacarla del automóvil.

—No la vamos a dejar en el suelo —dije.

La llevé en brazos hasta el hostal. Había dejado caer la cabeza en mi hombro y el pelo rubio me acariciaba el cuello. Llevaba un perfume con un toque especiado que me recordaba algo. Pero ¿qué?

III

Eran las seis menos cuarto. Le propuse al taxista que me esperase en una callecita, la calle de Charles-Marie-Widor, y fui por ella a pie hasta la calle de Claude-Lorrain, en donde estaba la iglesia rusa.

Un pabellón de un piso en cuyas ventanas había visillos de gasa. A la derecha, un paseo muy largo. Me aposté en la acera de enfrente.

Lo primero que vi fueron dos mujeres que se detuvieron delante de la puerta del pabellón. Una era morena con el pelo corto y un chal de lana negra; la otra, una rubia muy maquillada, lucía un sombrero gris con la misma forma que los de los mosqueteros. Las oí hablar en francés.

De un taxi se estaba bajando trabajosamente un anciano corpulento, completamente calvo y con unas bolsas abultadas bajo los ojos rasgados de mogol. Se metió por el paseo.

A la izquierda, procedente de la calle de Boileau, se me acercaba un grupo de cinco personas. Delante, iban dos mujeres maduras que sostenían por los brazos a un anciano, un anciano tan blanco y tan frágil que parecía de escayola reseca. Detrás venían dos hombres que se parecían, padre e hijo seguramente, los dos con trajes grises de rayas, de corte elegante; el padre tenía pinta de guaperas; el hijo era de pelo rubio y ondulado. En ese mismo instante, frenó un automóvil a la altura del grupo y bajó otro anciano, tieso y ágil, envuelto en una capa loden y con el pelo gris a cepillo. Tenía porte de militar. ¿Sería Stioppa?

Iban entrando todos en la iglesia por una puerta lateral, al fondo del paseo. Me habría gustado seguirlos, pero mi presencia entre ellos les habría llamado la atención. Notaba una angustia cada vez mayor al pensar que corría el riesgo de no identificar a Stioppa.

Acababa de aparcar un automóvil algo más allá, a la derecha. Salieron dos hombres y, luego, una mujer. Uno de los hombres era muy alto y llevaba un gabán azul marino. Crucé la calle y los esperé.

Se acercan, se acercan. Me da la impresión de que el hombre alto se me queda mirando antes de meterse por el paseo con las otras dos personas. Tras las ventanas con vidrieras que dan a la avenida, arden unos cirios. El hombre se agacha para entrar por la puerta, que le resulta muy, muy baja; y tengo la certidumbre de que es Stioppa.

El motor del taxi estaba en marcha, pero ya no había nadie al volante. Una de las puertas estaba entornada, como si el conductor fuera a volver de un momento a otro.

¿Dónde podía estar? Miré en torno y decidí dar la vuelta a la manzana para buscarlo.

Lo encontré en un café muy próximo, en la calle de Chardon-Lagache. Estaba sentado a una mesa, ante una jarra de cerveza.

—¿Tiene usted aún para mucho rato? —me dijo.

—Pues… unos veinte minutos.

Un rubio de piel blanca, de mejillas gruesas y ojos azules y saltones. Creo que nunca había visto a un hombre que tuviera tan carnosos los lóbulos de las orejas.

—¿No le importa que deje el taxímetro en marcha?

—No me importa.

Sonrió con amabilidad.

—¿No tiene miedo de que le roben el taxi?

Se encogió de hombros.

—La verdad es que…

Pidió un bocadillo de chicharrones y se puso a comérselo concienzudamente clavando en mí una mirada apagada.

—¿Qué está usted esperando exactamente?

—Que salga alguien de la iglesia rusa que hay un poco más abajo.

—¿Es usted ruso?

—No.

—Vaya bobada…, debería haberle preguntado a qué hora acababa… Le habría salido más barato…

—Qué le vamos a hacer.

Pidió otra jarra de cerveza.

—¿Puede ir a comprarme un periódico? —me dijo.

Hizo ademán de sacar unas monedas del bolsillo, pero no le dejé.

—No se moleste…

—Gracias… Tráigame *Le Hérisson*. Muy agradecido, ¿eh?

Anduve dando vueltas un buen rato antes de encontrar un quiosco de periódicos en la avenida de Versailles. *Le Hérisson* era una publicación cuyo papel tenía un tono verde cremoso.

Lo leía con el ceño fruncido y volviendo las páginas tras humedecerse el índice con la lengua. Y yo miraba cómo aquel grandullón rubio de ojos azules y piel blanca leía ese periódico verde.

No me atrevía a interrumpirle la lectura. Por fin, miró su diminuto reloj de pulsera.

—Más vale que nos vayamos.

En la calle de Charles-Marie-Widor se puso al volante del taxi y le rogué que esperase. Fui otra vez a apostarme delante de la iglesia rusa, pero en la acera opuesta.

Nadie. A lo mejor ya se habían ido todos. En tal caso no tenía oportunidad alguna

de volver a dar con el rastro de Stioppa de Djagoriew, porque aquel nombre no aparecía en la guía telefónica de París. Los cirios seguían ardiendo detrás de las vidrieras que daban al paseo. ¿Habría conocido yo acaso a aquella señora tan anciana por quien se estaba celebrando el oficio? Si tenía trato frecuente con Stioppa, era probable que me hubiera presentado a sus amigos y, seguramente, a esa Marie de Resen. Debía de ser mucho mayor que nosotros por aquel entonces.

La puerta por la que habían entrado y que daba paso a la capilla, esa puerta que yo no dejaba de vigilar, se abrió de pronto y apareció en su marco la mujer rubia con sombrero de mosquetero. Detrás iba la morena del chal negro. Luego, el padre y el hijo, con sus trajes grises de rayas, sosteniendo al anciano de escayola que hablaba con el hombre grueso y calvo con cara de mogol. Y éste se inclinaba y pegaba casi la oreja a la boca de su interlocutor: la voz del anciano de escayola no debía de ser seguramente sino un soplo. Detrás venían más personas. Yo acechaba a Stioppa, con el corazón palpitante.

Por fin salió, entre los últimos. La elevada estatura y el abrigo azul marino me permitían no perderlo de vista, porque había mucha gente, al menos cuarenta personas. La mayoría eran ya de cierta edad, pero me fijé en unas cuantas mujeres jóvenes e incluso en dos niños. Todos seguían en el paseo y charlaban entre sí.

Parecía el patio de recreo de un colegio de provincias. Habían sentado al anciano de tez de escayola en un banco e iban todos a saludarlo por turnos. ¿Quién sería? ¿Ese «Georges Sacher» que mencionaba la necrológica del periódico? ¿O algún antiguo alumno de la Escuela de Pajes? ¿Quizá él y la señora aquella, Marie de Resen, vivieron un breve idilio en San Petersburgo o a orillas del Mar Negro antes de que todo se derrumbara? También el calvo gordo de los ojos mogoles estaba muy solicitado. El padre y el hijo, con sus trajes grises de rayas, iban de grupo en grupo como dos bailarines mundanos van de mesa en mesa. Parecían muy pagados de sí mismos y el padre, de vez en cuando, se reía echando hacia atrás la cabeza, cosa que me parecía fuera de lugar.

En cuanto a Stioppa, estaba hablando muy serio con la mujer del sombrero gris de mosquetero. La cogía por el brazo y por el hombro con un ademán de respetuoso afecto. Debía de haber sido muy apuesto. Le calculaba unos setenta años. Tenía el rostro un poco abotagado y estaba un tanto calvo, pero la nariz de buen tamaño y el porte de la cabeza me parecían patricios. Al menos tal era la impresión que me daba desde lejos.

Corría el tiempo. Había transcurrido media hora casi y seguían charlando. Temía que alguno de ellos acabara por fijarse en mí, allí plantado en la acera. ¿Y el taxista? Volví a zancadas a la calle de Charles-Marie-Widor. El motor seguía en marcha y el taxista estaba sentado al volante, sumido en la lectura del periódico de color verde cremoso.

—¿Qué hay? —me preguntó.

—No lo sé —le dije—. A lo mejor tenemos que esperar otra hora.

—¿Su amigo no ha salido todavía de la iglesia?

—Sí, pero está de charla con otras personas.

—¿Y no puede decirle que venga?

—No.

Clavó en mí los ojos azules y saltones con expresión intranquila.

—No se preocupe —le dije.

—Es por usted…, no me queda más remedio que dejar el taxímetro en marcha.

Me volví a mi puesto, delante de la iglesia rusa.

Stioppa había avanzado unos cuantos metros. No estaba ya, efectivamente, al fondo del paseo, sino en la acera, en el centro de un grupo que formaban la mujer rubia con sombrero de mosquetero, la mujer morena del chal negro, el hombre calvo de ojos rasgados de mogol y otros dos hombres.

Esta vez crucé la calle y me coloqué a su lado, dándoles la espalda. Los sonidos acariciadores de las voces rusas me rodeaban y aquel timbre más grave, más metálico que los otros, ¿era el de la voz de Stioppa? Me volví. Le estaba dando un largo abrazo a la mujer rubia del sombrero de mosquetero, la zarandeaba casi, y se le crispaban los rasgos en un rictus doloroso. Luego abrazó de forma semejante al gordo calvo de ojos rasgados; y a los demás, por turno. Ha llegado el momento de irse, pensé. Fui corriendo hasta el taxi y me arrojé en el asiento de atrás.

—Rápido…, vaya recto…, delante de la iglesia rusa.

Stioppa seguía hablándoles.

—¿Qué hago? —me preguntó el taxista.

—¿Ve al individuo alto y de azul marino?

—Sí.

—Habrá que seguirlo si se marcha en automóvil.

El taxista se volvió y me miró fijamente con los ojos saltones.

—Oiga, señor, espero que no se trate de nada peligroso.

—No se preocupe —le dije.

Stioppa se estaba apartando del grupo; anduvo unos pocos pasos y, sin darse la vuelta, agitó el brazo. Los demás, inmóviles, lo miraban alejarse. La mujer del sombrero gris de mosquetero estaba algo destacada del grupo, sacando pecho como un mascarón de proa, y el viento le acariciaba suavemente la gran pluma del sombrero.

Stioppa tardó un rato en abrir la puerta de su automóvil. Me parece que se confundió de llave. Cuando estuvo sentado al volante, me incliné hacia el taxista.

—Siga al coche en el que se ha metido el individuo de azul marino.

Y deseaba no estarme lanzando tras una pista falsa, pues nada me indicaba en

realidad que aquel hombre fuera efectivamente Stioppa de Djagoriew.

IV

No resultaba muy difícil seguirlo: conducía despacio. En Porte de Maillot se saltó un semáforo y el taxista no se atrevió a hacer otro tanto. Pero lo alcanzamos en el bulevar Maurice-Barrès. Los dos automóviles se detuvieron juntos ante un paso de peatones. Me lanzó una mirada distraída, como hacen los automovilistas que se encuentran pegados uno a otro en los embotellamientos.

Aparcó el automóvil en el bulevar Richard-Wallace, delante de los últimos edificios próximos al puente de Puteaux y al Sena. Se metió por el bulevar Julien-Potin y yo pagué al taxista.

—Buena suerte, caballero —me dijo—. Y sea prudente…

Intuí que me seguía con la mirada cuando me metí yo también por el bulevar Julien-Potin. A lo mejor temía por mí.

Caía la noche. Una vía estrecha flanqueada de edificios anodinos del período de entreguerras, con lo que el trazo era como de una única fachada larga, a ambos lados y de punta a punta de aquel bulevar Julien-Potin. Stioppa iba unos diez metros por delante de mí. Giró a la derecha, en la calle de Ernest-Deloison, y entró en una tienda de ultramarinos.

Se acercaba el momento de abordarlo. Se me hacía muy cuesta arriba por lo tímido que soy y temía que me tomase por un loco: tartamudearía, le diría cosas deshilvanadas. A menos que me reconociese en el acto y entonces lo dejaría hablar.

Salía de la tienda de ultramarinos con una bolsa de papel en la mano.

—¿El señor Stioppa de Djagoriew?

Pareció muy sorprendido. Teníamos las caras a la misma altura, lo que me intimidaba aún más.

—Él mismo. Pero ¿usted quién es?

No, no me reconocía. Hablaba francés sin acento. Había que tener valor.

—Lle… llevaba mucho tiempo… queriendo verlo.

—¿Y eso por qué, caballero?

—Estoy escribiendo… escribiendo un libro sobre la Emigración. Y…

—¿Es usted ruso?

Era la segunda vez que me hacían esa pregunta. También me lo había preguntado el taxista. En el fondo, a lo mejor sí que había sido ruso.

—No.

—¿Y se interesa por la Emigración?

—Estoy… estoy… escribiendo un libro sobre la Emigración. Y alguien… alguien me aconsejó que viniera a verlo… Paul Sonachitze…

—¿Sonachitze?…

Lo pronunciaba a lo ruso. Y resultaba muy dulce: el rumor del viento en las hojas.

—Un apellido georgiano… No lo conozco…

Fruncía el ceño.

—Sonachitze…, no…

—No querría molestarlo, caballero. Sólo quiero hacerle unas cuantas preguntas.

—Pero si lo atenderé con mucho gusto.

Sonreía, con sonrisa triste.

—Un asunto trágico este de la Emigración… Pero ¿cómo es que me llama Stioppa?

—Yo… no…, yo…

—La mayoría de las personas que me llamaban Stioppa han muerto. Y las que quedan deben de contarse con los dedos de una mano.

—Fue… ese Sonachitze…

—No lo conozco.

—¿Podría… podría hacerle… unas cuantas preguntas?

—Sí… ¿Quiere venir a mi casa? Charlaremos.

En el bulevar Julien-Potin, tras haber entrado por una puerta cochera, cruzamos una glorieta que bordeaban bloques de edificios. Nos metimos en un ascensor de madera con puerta de doble hoja y con verja. Y, por culpa de nuestra estatura y de lo exiguo que era el ascensor, teníamos que llevar las cabezas agachadas y mirando cada una hacia un lado para que no se nos juntasen las frentes.

Vivía en la quinta planta, en un piso de dos habitaciones. Me recibió en su cuarto y se tendió en la cama.

—Disculpe —me dijo—, pero el techo es demasiado bajo. Uno se ahoga de pie.

Efectivamente, no mediaban sino pocos centímetros entre aquel techo y mi coronilla y me veía obligado a agacharme. Además, a él y a mí nos sobraba una cabeza al pasar por el marco de la puerta de comunicación y supuse que se habría magullado la frente con frecuencia.

—Échese usted también…, si quiere…

Me indicaba un sofá pequeño de terciopelo verde claro, cerca de la ventana.

—Que no le dé apuro…, estará usted mucho más cómodo echado… Incluso sentado se nota uno como en una jaula demasiado pequeña… Que sí, que sí…, que se eche…

Me eché.

Había encendido una lámpara con la pantalla rosa salmón, que estaba en la mesilla de noche, y el resultado era un foco de luz suave y sombras en el techo.

—¿Así que le interesa la Emigración?

—Mucho.

—Y, sin embargo, todavía es joven…

¿Joven? Nunca había pensado que pudiera ser joven. Un espejo grande con marco dorado estaba colgado en la pared, muy cerca de mí. Me miré el rostro. ¿Joven?

—Pues… no soy tan joven…

Hubo un momento de silencio. Tendidos los dos a ambos lados del cuarto, parecíamos fumadores de opio.

—Vengo de un funeral —me dijo—. Lástima que no haya conocido usted a esa mujer tan anciana que ha muerto… Habría podido contarle montones de cosas… Era una de las personas más notables de la Emigración…

—¿Ah, sí?

—Una mujer muy valiente. Al principio, puso un saloncito de té en la calle de Le Mont-Thabor y le echaba una mano a todo el mundo… Estaba la cosa muy difícil…

Se sentó al borde de la cama, con la espalda doblada y los brazos cruzados.

—Yo tenía quince años por entonces… Si echo la cuenta, ya no queda casi nadie…

—Queda… Georges Sacher… —dije al azar.

—No por mucho tiempo. ¿Lo conoce?

¿Era el anciano de escayola? ¿O el gordo calvo de cara de mogol?

—Mire —me dijo—. No puedo hablar ya de estas cosas… Me ponen demasiado triste… Puedo sencillamente enseñarle fotos… Tienen los nombres y las fechas detrás…, ya se las apañará usted.

—Es usted muy amable, la verdad, tomándose tantas molestias.

Me sonrió.

—Tengo montones de fotos… Puse los nombres y las fechas en la parte de atrás porque a uno se le olvida todo…

Se levantó y, agachándose, fue a la habitación de al lado.

Lo oí abrir un cajón. Volvió con una caja roja grande en la mano, se sentó en el suelo y apoyó la espalda en el filo de la cama.

—Venga a sentarse a mi lado. Será más práctico para ver las fotos.

Obedecí. En la tapa de la caja estaba grabado en letras góticas el nombre de una confitería. La abrió. Estaba llena de fotos.

—Aquí dentro tiene usted —me dijo— a las principales figuras de la Emigración.

Me iba pasando las fotos, una a una, diciéndome el nombre y la fecha que había leído por detrás; y aquello era una letanía a la que los nombres rusos prestaban una sonoridad peculiar, ora retumbante como un ruido de platillos, ora quejumbrosa y casi ahogada. Trubetzkoi, Orbeliani, Sheremetev, Galitzin, Eristov, Obolenski, Bagration, Chavchavadze… A veces, me quitaba una foto y volvía a consultar el nombre y la fecha. Fotos de fiestas. La mesa del gran duque Boris en una gala en Le Château-Basque, mucho después de la Revolución. Y aquella floración de rostros en la foto de

una cena «en blanco y negro» de 1914… Fotos de una clase del liceo Alexandre de San Petersburgo.

—Mi hermano mayor…

Me iba pasando las fotos cada vez más deprisa y ya ni siquiera las miraba. Aparentemente, tenía ganas de acabar de una vez. De repente, me paré en una de ellas, de papel más grueso que las demás y en cuyo dorso no había indicaciones.

—¿Qué sucede? —me preguntó—. ¿Hay algo que lo intrigue, caballero?

En primer plano, un anciano, tieso y sonriente, sentado en un sillón. Detrás de él, una joven rubia con los ojos muy claros. En torno, grupitos de personas, la mayoría de espaldas. Y, a la izquierda, con el brazo derecho cortado por el borde de la foto y la mano en el hombro de la joven rubia, un hombre muy alto con terno príncipe de Gales, de unos treinta años, moreno y con un bigote fino. Creo en serio que era yo.

Me arrimé a Stioppa. Teníamos ambos la espalda apoyada en el filo de la cama, las piernas estiradas en el suelo y los hombros en contacto.

—Dígame quiénes son estas personas —le pregunté.

Cogió la foto y la miró con expresión cansada.

—Éste era Giorgiadze…

Y me indicaba al viejo sentado en el sillón.

—Estuvo en el consulado de Georgia en París hasta que…

Dejaba la frase sin acabar, como si yo tuviera que entender en el acto lo que venía después.

—Ella era su nieta… La llamaban Gay… Gay Orlow… Emigró a América con sus padres…

—¿La conoció?

—No mucho. No. Estuvo mucho tiempo en América.

—¿Y éste? —pregunté con voz inexpresiva, señalándome en la foto.

—¿Éste?

Fruncía el ceño.

—A éste… no lo conozco.

—¿De verdad?

—No.

Tomé aire.

—¿No cree que tiene un parecido conmigo?

Me miró.

—¿Un parecido con usted? No. ¿Por qué?

—Por nada.

Me alargaba otra foto.

—Mire…, la casualidad hace bien las cosas…

Era la foto de una niña vestida de blanco, con una larga melena rubia, y estaba

tomada en una ciudad balnearia, porque se veían cabinas, un trozo de playa y de mar. Por detrás, ponía en tinta violeta: «Galina Orlow — Yalta.»

—¿Ve? Es la misma… Gay Orlow… Se llamaba Galina… Aún no tenía el nombre americano…

Y me señalaba a la joven rubia de la otra foto, que seguía yo teniendo en la mano.

—Mi madre guardaba todas estas cosas…

Se levantó de repente:

—¿No le importa que lo dejemos aquí? Me da vueltas la cabeza…

Se pasaba una mano por la frente.

—Voy a cambiarme… Si quiere, podemos cenar juntos…

Me quedé solo, sentado en el suelo, con las fotos desperdigadas a mi alrededor. Las puse en la caja grande y roja y sólo dejé fuera dos, que coloqué encima de la cama: la foto en que aparecía yo junto a Gay Orlow y el anciano Giorgiadze y la de Gay Orlow de niña, en Yalta. Me puse de pie y me acerqué a la ventana.

Era de noche. Otra glorieta rodeada de edificios. Al fondo, el Sena y, a la izquierda, el puente de Puteaux. Y la isla, que se prolongaba. Cruzaban el puente filas de automóviles. Miraba todas esas fachadas y todas esas ventanas, iguales que la ventana tras la que estaba yo. Y había encontrado, en aquel dédalo de escaleras y ascensores, entre aquellos cientos de alveolos, un hombre que quizá…

Pegué la frente al cristal. Abajo, alumbraba los portales de todos los edificios una luz amarilla que se quedaría encendida toda la noche.

—El restaurante está aquí al lado —me dijo.

Cogí las dos fotos que había dejado encima de la cama.

—Señor De Djagoriew —le pregunté—, ¿tendría la amabilidad de prestarme estas dos fotos?

—Se las regalo.

Me indicó la caja roja:

—Le regalo todas las fotos.

—Pero… yo…

—Tómelas.

Lo dijo con tono tan imperativo que no pude por menos de obedecer. Cuando salimos del piso, llevaba la caja grande debajo del brazo.

Al salir a la calle, tiramos por el muelle del General Kœnig.

Bajamos por una escalera de piedra y, a la orilla misma del Sena, había un edificio de ladrillos. Encima de la puerta, un rótulo: «Bar Restaurant de l’Île». Entramos. Una sala de techo bajo, con mesas con manteles de papel blanco y sillones de mimbre. Por las ventanas, se veían el Sena y las luces de Puteaux. Nos sentamos al fondo. Éramos los únicos clientes.

Stioppa buscó en el bolsillo y puso en el centro de la mesa el paquete que le había visto comprar en la tienda de ultramarinos.

—¿Lo de siempre? —le preguntó el camarero.

—Lo de siempre.

—¿Y el señor? —preguntó el camarero, señalándome.

—El señor tomará lo mismo que yo.

El camarero nos sirvió enseguida dos platos de arenques del Báltico y nos llenó de agua mineral unos vasos del tamaño de dedales. Stioppa sacó del paquete que estaba en el centro de la mesa unos pepinos que compartimos.

—¿Le parece bien? —me preguntó.

—Sí.

Había dejado la caja roja encima de una silla, a mi lado.

—¿De verdad no quiere conservar todos esos recuerdos? —le pregunté.

—No. Ahora son suyos. Le paso la antorcha.

Comimos en silencio. Se deslizaba por el río una gabarra, tan cerca que me dio tiempo a ver, en el marco de la ventana, a sus ocupantes, sentados alrededor de una mesa y cenando también ellos.

—¿Y esa… Gay Orlow? —le dije—. ¿Sabe qué ha sido de ella?

—¿Gay Orlow? Me parece que se murió.

—¿Se murió?

—Eso creo. Debí de coincidir con ella dos o tres veces… Casi no la conocía… Quien era amiga de ese anciano, de Giorgiadze, era mi madre. ¿Quiere pepino?

—Gracias.

—Por lo visto llevó una vida muy agitada en América…

—¿Y no sabe quién podría darme alguna información acerca de esa… Gay Orlow?

Me lanzó una mirada enternecida.

—Mi buen amigo…, nadie… Quizá alguien en América…

Pasó otra gabarra, negra, lenta, como abandonada.

—De postre tomo siempre un plátano —me dijo—. ¿Y usted?

—Yo también.

Nos comimos los plátanos.

—¿Y los padres de esa… Gay Orlow? —pregunté.

—Debieron de morirse en América. La gente se muere en todas partes, ¿sabe?

—¿Giorgiadze no tenía más familia en Francia?

Se encogió de hombros.

—Pero ¿por qué le interesa tanto Gay Orlow? ¿Era su hermana?

Me sonreía amablemente.

—¿Un café? —me preguntó.

—No, gracias.

—Yo tampoco.

Quiso pagar la cuenta, pero me adelanté. Salimos del restaurante de l'Île y me cogió el brazo para subir las escaleras del muelle. Se había levantado niebla, una niebla a la vez suave y gélida, que le llenaba a uno los pulmones con una frescura tal que daba la sensación de ir flotando por el aire. En la acera del muelle, apenas si pude divisar los bloques de edificios a una distancia de pocos metros.

Lo fui guiando como si fuera ciego hasta la glorieta alrededor de la cual las entradas de las casas eran manchas amarillas y los únicos puntos de referencia. Me dio la mano.

—Intente dar con Gay Orlow pese a todo —me dijo—. Ya que tiene tanto empeño…

Lo vi entrar en el portal iluminado del edificio. Se detuvo y me hizo una seña con la mano. Me quedé quieto, con la caja grande y roja debajo del brazo, como un niño que vuelve de una merienda de cumpleaños; y tenía la seguridad de que, en ese preciso instante, aún me estaba diciendo algo, pero que la niebla le ahogaba el ruido de la voz.

V

En la postal, el Paseo de los Ingleses; y es verano.

Mi querido Guy, he recibido su carta. Aquí todos los días son iguales, pero Niza es una ciudad muy bonita. Debería venir a verme. Curiosamente, a veces me encuentro al volver una esquina a tal o cual persona a la que llevaba treinta años sin ver, o a tal otra que creía que estaba muerta. Y nos damos un susto mutuo. Niza es una ciudad de fantasmas y de espectros, pero espero tardar un poco en unirme a ellos.

En lo referido a esa mujer a la que busca, lo mejor sería que llamase a Bernardy, Mac Mahon 00-08. Sigue teniendo unas relaciones muy estrechas con la gente de los diferentes servicios. Tendrá mucho gusto en informarlo a usted.

A la espera de verlo por Niza, mi querido Guy, reciba afectuosos recuerdos…

Hutte

P. S. Ya sabe que puede disponer de la sede de la Agencia.

VI

23 de octubre de 1965

Asunto: ORLOW, Galina, conocida por «Gay» ORLOW.

Nacida en: Moscú (Rusia) en 1914, hija de Kyril ORLOW y de Irene GIORGIADZE.

Nacionalidad: apátrida. (Ni a los padres de la señorita Orlow ni a ella, por su condición de refugiados rusos, los reconocía como súbditos el Gobierno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.) La señorita Orlow tenía una tarjeta ordinaria de residente. Es posible que llegase a Francia en 1936, procedente de los Estados Unidos.

En los Estados Unidos contrajo matrimonio con un tal Waldo Blunt, del que se divorció posteriormente.

La señorita Orlow vivió sucesivamente en:

Hôtel Chateaubriand, calle del Cirque, 18, París (8.º).

Avenida Montaigne, 56, París (8.º).

Avenida Maréchal-Lyautey, 25, París (16.º).

Parece ser que, antes de venir a Francia, la señorita Orlow fue bailarina en los Estados Unidos.

En París, no se le conocía ninguna fuente de ingresos, aunque llevaba una vida suntuosa.

La señorita Orlow falleció en 1950 en su domicilio del 25 de la avenida Maréchal-Lyautey, París (16.º) tras ingerir una sobredosis de barbitúricos.

El señor Waldo Blunt, su ex marido, reside en París desde 1952 y ha ejercido en varios establecimientos nocturnos la profesión de pianista. Es ciudadano norteamericano.

Nació el 30 de septiembre de 1910 en Chicago.

Tarjeta de residente n.º 534HC828.

Junto con esta ficha escrita a máquina, una tarjeta de visita a nombre de Jean-Pierre Bernardy, con estas palabras:

«Éstas son todas las informaciones disponibles. Con un cordial saludo. Recuerdos a Hutte.»

VII

En la puerta acristalada, un cartel anunciaba que el «Pianista Waldo Blunt tocaba todos los días entre las seis de la tarde y las nueve de la noche en el bar del Hotel Hilton».

El bar estaba hasta los topes y no había ningún sitio libre, salvo un sillón vacío en la mesa de un japonés que llevaba gafas con montura de oro. No me entendió cuando me incliné hacia él para pedirle permiso para sentarme; y, cuando me senté, no me hizo caso alguno.

Clientes, americanos o japoneses, entraban, se llamaban entre sí y hablaban cada vez más alto. Se quedaban de pie entre las mesas. Algunos tenían un vaso en la mano y se apoyaban en los respaldos o en los brazos de los sillones. Había incluso una joven sentada en las rodillas de un hombre de pelo gris.

Waldo Blunt llegó con un cuarto de hora de retraso y se sentó al piano. Un hombrecillo relleno, con algo de calva y un bigote fino. Vestía un traje gris. De entrada, volvió la cabeza y lanzó una mirada circular a las mesas en torno a las que se apiñaba la gente. Acarició con la mano derecha el teclado del piano y empezó por tocar unos cuantos acordes al azar. Yo tenía la suerte de estar en una de las mesas más próximas a él.

Inició una melodía que me parece que era *Sur les quais du vieux Paris*, pero, debido al ruido de las voces y de las carcajadas, casi no se oía la música, y ni siquiera yo, que estaba muy cerca del piano, conseguía cazar todas las notas. Él seguía tocando, imperturbable, con el torso erguido y la cabeza inclinada. Me daba pena: me decía que en alguna etapa de su vida lo habían escuchado cuando tocaba el piano. Desde entonces, había debido de acostumbrarse a ese zumbido perpetuo que ahogaba la música que interpretaba. ¿Qué diría cuando pronunciase yo el nombre de Gay Orlow? ¿Lo sacaría aquel nombre por un momento de la indiferencia con la que seguía adelante con aquella pieza? ¿O ya no le recordaría nada, de la misma forma que aquellas notas de piano ahogadas por el barullo de las conversaciones?

El bar se fue vaciando poco a poco. Sólo quedábamos ya el japonés con las gafas de montura de oro, yo y, al fondo del todo, la joven a quien había visto en las rodillas del hombre de pelo gris, que ahora estaba sentada al lado de un gordo rubicundo con traje azul claro. Hablaban en alemán. Y altísimo. Waldo Blunt tocaba una melodía lenta que me era muy conocida.

Se volvió hacia nosotros.

—¿Desean que toque algo en particular, señoras y caballeros? —preguntó con voz fría en la que apuntaba un leve acento americano.

El japonés que tenía a mi lado no reaccionó. Estaba inmóvil, con la cara inexpresiva, y temí que se tambalease en el sillón al mínimo soplo de aire, porque seguramente se trataba de un cadáver embalsamado.

—*Sag warum*, por favor —pidió la mujer del fondo, con voz ronca.

Blunt asintió brevemente con la cabeza y empezó a tocar *Sag warum*. Las luces del bar se atenuaron, como en algunas salas de baile con los primeros compases de una pieza lenta. La pareja aprovechó para besarse y la mano de la mujer se le metía por la abertura de la camisa al gordo rubicundo y seguía bajando. La montura de oro de las gafas del japonés lanzaba leves destellos. Ante el piano, Blunt parecía un autómata que diese respingos: para tocar *Sag warum* hay que pulsar continuamente acordes fuertes en el teclado.

¿En qué pensaba mientras, a su espalda, un gordo rubicundo le acariciaba el muslo a una mujer rubia y un japonés embalsamado llevaba varios días sentado en un sillón de aquel bar del Hilton? Estaba seguro de que no pensaba en nada. Flotaba en un entumecimiento más o menos opaco. ¿Tenía yo derecho a sacarlo de golpe de aquel entumecimiento y de despertar en él algo doloroso?

El gordo rubicundo y la rubia se fueron del bar, seguramente para pedir una habitación. El hombre le tiraba del brazo y ella estuvo a punto de tropezar. Sólo quedábamos el japonés y yo. Blunt se volvió otra vez hacia nosotros y dijo con aquella voz fría suya:

—¿Quieren que toque algo más?

El japonés no se inmutó.

—*Que reste-t-il de nos amours*, por favor —le dije.

Tocaba aquella melodía con una lentitud curiosa y ésta parecía laxa, encenagada en un pantano del que a las notas les costaba trabajo desprenderse. De vez en cuando, dejaba de tocar, como un caminante agotado que se tambalease. Miró el reloj, se levantó de repente, nos saludó con una inclinación de la cabeza y dijo:

—Caballeros, son las nueve. Buenas noches.

Salió. Y yo tras él, pisándole los talones y dejando al japonés embalsamado en la cripta del bar.

Fue pasillo adelante y cruzó el vestíbulo desierto.

Lo alcancé.

—¿El señor Waldo Blunt?… Querría hablar con usted.

—¿Acerca de qué?

Me lanzó una mirada acosada.

—Acerca de alguien a quien conoció usted… Una mujer que se llamaba Gay. Gay Orlow…

Se quedó clavado en medio del vestíbulo.

—Gay…

Se le desorbitaban los ojos como si la luz de un foco le apuntase a la cara.

—¿Conoció… conoció usted… a Gay?

—No.

Habíamos salido del hotel. Una hilera de hombres y mujeres vestidos de gala con colores chillones —vestidos largos de raso verde o azul cielo y esmóquines granate— estaban esperando taxis.

—No querría molestarlo…

—No me molesta —me dijo con expresión preocupada—. Hacía tanto que no oía hablar de Gay… Pero ¿quién es usted?

—Un primo suyo. Me… me gustaría saber unos detalles acerca de ella.

—¿Unos detalles?

Se frotaba la sien con el índice.

—¿Qué quiere que le diga?

Habíamos tirado por una calle estrecha que corría a lo largo del hotel y desembocaba en el Sena.

—Tengo que volver a casa —me dijo.

—Lo acompaño.

—¿Así que es usted de verdad un primo de Gay?

—Sí. La familia querría algunas informaciones sobre ella.

—Murió hace mucho.

—Lo sé.

Caminaba con paso rápido y me costaba seguirlo. Intentaba no quedarme rezagado. Estábamos ya en el muelle de Branly.

—Vivo enfrente —me dijo señalando la otra orilla del Sena.

Tomamos el puente de Bir-Hakeim.

—No podré darle muchas informaciones —me dijo—. Conocí a Gay hace mucho.

Había acortado el paso, como si se sintiera en lugar seguro. A lo mejor había caminado deprisa hasta aquel momento porque creía que lo seguían. O para dejarme atrás.

—No sabía que Gay tenía familia —me dijo.

—Sí… sí… por la parte de los Giorgiadze.

—¿Cómo dice?

—La familia Giorgiadze… Su abuelo se llamaba Giorgiadze.

—Ah, bien.

Se detuvo y fue a apoyarse en el parapeto de piedra del puente. Yo no podía hacer lo mismo porque me daba vértigo. Así que me quedé de pie, frente a él. No se decidía a hablar.

—¿Sabe que… estuve casado con ella?

—Lo sé.

—¿Y cómo lo sabe?

—Lo ponía en unos papeles viejos.

—Actuábamos juntos en una sala de fiestas de Nueva York… Yo tocaba el piano… Me pidió que me casara con ella sólo porque quería quedarse en América y no tener problemas con los servicios de emigración…

Asentía con la cabeza según iba recordando.

—Era una chica peculiar. Luego, tuvo trato con Lucky Luciano… Lo conoció cuando actuaba en el casino de Palm Island…

—¿Luciano?

—Sí, sí, Luciano… Estaba con él cuando lo detuvieron en Arkansas… Después conoció a un francés y supe que se había ido con él a Francia…

Se le había despejado la cara. Me sonreía.

—Me gusta poder hablar de Gay, caballero…

Pasó un metro por encima de nuestras cabezas, en dirección a la orilla derecha del Sena. Luego otro, en sentido opuesto. Su estrépito ahogó la voz de Blunt. Me hablaba, lo notaba porque movía los labios.

—… La chica más guapa que he conocido nunca…

Aquel retazo de frase, que conseguí captar, me desanimó muchísimo. Estaba en medio de un puente, de noche, con un hombre a quien no conocía, intentando sacarle detalles que me aportasen información sobre mí y el ruido de los metros me impedía oírlo.

—¿No quiere que sigamos andando un poco?

Pero estaba tan absorto que no me contestó. Hacía tanto, seguramente, que no había vuelto a acordarse de aquella Gay Orlow que todos los recuerdos referidos a ella volvían a la superficie y lo aturdían como una brisa marina. Y allí seguía, apoyado en el parapeto del puente.

—¿De verdad no quiere que sigamos andando?

—¿Conoció a Gay? ¿La vio?

—No. Por eso precisamente querría saber algunos detalles.

—Era una rubia… con los ojos verdes… Una rubia… muy particular… ¿Cómo decirle? Una rubia… de pelo ceniciento…

Una rubia de pelo ceniciento. Y que a lo mejor desempeñó un papel importante en mi vida. Tendré que mirar atentamente su foto. Y, poco a poco, todo irá volviendo. A menos que acabe por ponerme sobre una pista más concreta. Lo de haber encontrado al tal Waldo Blunt era ya una suerte.

Lo agarré del brazo porque no podíamos quedarnos en el puente. Fuimos por el muelle de Passy.

—¿Volvió a verla en Francia? —le pregunté.

—No. Cuando llegué a Francia ya se había muerto. Se suicidó…

—¿Por qué?

—Me decía muchas veces que le daba miedo envejecer…

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Después de la historia con Luciano conoció al francés ese. Nos vimos unas cuantas veces por aquel entonces…

—¿Conoció usted al francés?

—No. Me dijo que iba a casarse con él para conseguir la nacionalidad francesa… Estaba obsesionada con tener una nacionalidad.

—Pero ustedes dos se divorciaron.

—Sí, claro…, nuestro matrimonio duró seis meses. Fue sólo para aplacar a la Oficina de Inmigración, que quería expulsarla de los Estados Unidos…

Me concentraba para no perder el hilo de la historia. Tenía una voz muy sorda.

—Se marchó a Francia… Y no volví a verla… Hasta que me enteré… del suicidio…

—¿Cómo lo supo?

—Por un amigo americano que había conocido a Gay y estaba en París en aquella época. Me mandó un recorte de periódico…

—¿Y lo ha conservado?

—Sí. Seguro que está en mi casa, en algún cajón.

Estábamos llegando a la altura de los jardines del Trocadero. Las fuentes estaban encendidas y no había mucha circulación. Unos cuantos turistas formaban grupos ante las fuentes y en el puente de Iéna. Un sábado de octubre por la noche, pero, como el aire era tibio y había paseantes y árboles que aún no habían perdido las hojas, habría podido parecer un sábado por la noche de primavera.

—Vivo un poco más allá…

Dejamos atrás los jardines y nos metimos por la avenida de New York. Allí, bajo los árboles del muelle, me dio la desagradable impresión de que estaba soñando. Ya había vivido mi vida y no era sino un fantasma que flotaba en el aire tibio de un sábado por la noche. ¿Para qué pretender anudar de nuevo unos lazos cortados y buscar pasadizos que llevaban mucho tiempo tapiados? Y aquel hombrecillo gordito y bigotudo que caminaba a mi lado me costaba creer que fuera real.

—Qué curioso, de repente me he acordado de cómo se llamaba el francés a quien Gay conoció en América…

—¿Y cómo se llamaba? —pregunté con voz trémula.

—Howard… Ése era el apellido…, no el nombre… Espere… Howard de algo…

Me detuve y me incliné hacia él.

—¿Howard de qué?

—De… de… de Luz. L… U… Z… Howard de Luz… Howard de Luz…, me llamó la atención ese apellido…, medio inglés…, medio francés… o español…

—¿Y el nombre?

—Eso ya…

Hizo un gesto de impotencia.

—¿No sabe cómo era físicamente?

—No.

Le enseñaría la foto en la que Gay estaba con el anciano Giorgiadze y con aquel hombre que me parecía que era yo.

—¿Y qué profesión tenía ese Howard de Luz?

—Gay me dijo que pertenecía a una familia noble… No hacía nada.

Soltó una risita.

—Sí hacía…, sí…, espere… Ya me acuerdo. Estuvo una temporada muy larga en Hollywood… Y Gay me dijo que allí era el confidente del actor John Gilbert…

—¿El confidente de John Gilbert?

—Sí… En los últimos tiempos de la vida de Gilbert…

Los automóviles pasaban deprisa por la avenida de New York sin que se oyeran los motores y crecía mi sensación de estar soñando. Corrían con un ruido ahogado, fluido, como si se deslizasen por el agua. Estábamos llegando a la altura de la pasarela que hay antes del puente de l'Alma. Howard de Luz. Había una probabilidad de que ése fuera mi apellido. Howard de Luz. Sí, esas sílabas me despertaban algo por dentro, algo tan fugitivo como un reflejo de luna encima de algún objeto. Si yo era ese Howard de Luz debía de haber hecho gala en la vida de cierta originalidad, ya que, entre tantos oficios a cual más honroso y cautivador, había escogido el de ser «confidente de John Gilbert».

Inmediatamente antes de llegar al Museo de Arte Moderno, nos metimos por una calle pequeña.

—Aquí vivo —me dijo.

La luz del ascensor no funcionaba y el automático de la escalera se apagó en el preciso instante en que empezábamos a subir. En la oscuridad, oíamos risas y música.

El ascensor se detuvo y noté que Blunt, a mi lado, intentaba dar con el picaporte de la puerta del descansillo. La abrió y lo empujé al salir porque la oscuridad era total. Las risas y la música venían del piso en el que estábamos. Blunt hizo girar una llave en una cerradura.

Dejó la puerta entornada, a nuestra espalda; estábamos en el centro de un recibidor que iluminaba débilmente una bombilla que colgaba del techo, sin lámpara. Blunt estaba allí quieto, cortado. Me pregunté si no debería despedirme. La música era ensordecedora. Apareció, desde el interior de la vivienda, una joven pelirroja que llevaba un albornoz blanco. Nos miró a ambos con ojos asombrados. Por el albornoz, muy suelto, se le veían los pechos.

—Mi mujer —me dijo Blunt.

Ella me saludó con una breve inclinación de cabeza y se cerró con ambas manos el cuello del albornoz, pegándoselo a la garganta.

—No sabía que ibas a volver tan temprano —dijo.

Los tres estábamos inmóviles bajo aquella luz que daba a los rostros un tono lívido; y me volví hacia Blunt.

—Habrías podido avisarme —le dijo.

—No lo sabía…

Una niña pillada en flagrante delito de embuste. Bajó la cabeza. La música ensordecedora había callado y vino ahora una melodía tocada con saxofón, tan pura que se diluía en el aire.

—¿Sois muchos? —preguntó Blunt.

—No, no…, unos pocos amigos…

Asomó una cabeza por la puerta entornada, una rubia con el pelo muy corto y los labios pintados con una barra clara, casi rosa. Luego, otra cabeza, la de un moreno de piel mate. La luz de la bombilla daba a aquellos rostros aspecto de caretas; y el moreno sonreía.

—Tengo que volver con mis amigos… Ven dentro de dos o tres horas…

—Muy bien —dijo Blunt.

La mujer se fue del recibidor, en pos de los otros dos, y cerró la puerta. Se oyeron carcajadas y el ruido de una persecución. Luego, otra vez la música ensordecedora.

—¡Venga usted! —me dijo Blunt.

Otra vez estábamos en las escaleras. Blunt encendió el automático y se sentó en un peldaño. Me indicó con un ademán que me sentase a su lado.

—Mi mujer es mucho más joven que yo… Nos llevamos treinta años… No hay que casarse nunca con una mujer mucho más joven que uno… Nunca…

Me había puesto una mano en el hombro.

—Nunca funciona… No hay ni un ejemplo de que funcione… Que no se le olvide, amigo…

Se apagó el automático. Por lo visto, Blunt no tenía intención alguna de volverlo a encender. Yo tampoco, por cierto.

—Si Gay me viera…

Se echó a reír con la ocurrencia. Curiosa risa aquella, en la oscuridad.

—No me reconocería… He engordado lo menos treinta kilos desde entonces…

Una carcajada, pero diferente de la de antes, más nerviosa, forzada.

—Se llevaría un buen chasco… ¿Se da cuenta? Pianista en el bar de un hotel…

—Pero ¿por qué se iba a llevar un chasco?

—Y dentro de un mes estaré en paro…

Me apretaba el brazo, a la altura del bíceps.

—Gay creía que yo iba a llegar a ser el nuevo Cole Porter…

De repente, gritos de mujeres. Salían del piso de Blunt.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Nada; se lo están pasando bien.

Una voz de hombre berreaba: «¿Me abres? ¿Me abres, Dany?» Risas. Un portazo.

—Dany es mi mujer —me cuchicheó Blunt.

Se levantó y encendió el automático.

—Vamos a tomar el aire.

Volvimos a cruzar la explanada del Museo de Arte Moderno y nos sentamos en los peldaños. Veía pasar los automóviles, más abajo, por la avenida de New York, único indicio de que aún existiera la vida. Todo estaba desierto y paralizado en torno. Incluso la Torre Eiffel, que divisaba allá, del otro lado del Sena, tan tranquilizadora de costumbre, parecía una mole de chatarra calcinada.

—Aquí se respira —dijo Blunt.

Soplaba, efectivamente, un viento tibio por la explanada, entre las estatuas, que eran manchas de sombra, y las elevadas columnas del fondo.

—Querría enseñarle unas fotos —le dije a Blunt.

Me saqué del bolsillo un sobre que abrí y saqué de él dos fotos: la de Gay Orlow con el anciano Giorgiadze y el hombre en quien yo creía reconocerme, y la otra, en que Gay era una niña. Le alargué la primera foto.

—No se ve nada aquí —susurró Blunt.

Encendió un mechero, pero tuvo que hacerlo varias veces porque el viento apagaba la llama. La cubrió con la palma de la mano y acercó el mechero a la foto.

—¿Ve a un hombre en la foto? —le dije—. A la izquierda… A la izquierda del todo…

—Sí.

—¿Lo conoce?

—No.

Estaba inclinado sobre la foto, haciendo visera con la mano pegada a la frente para proteger la llama del mechero.

—¿No cree que se parece a mí?

—No lo sé.

Siguió mirando atentamente la foto durante unos segundos y me la devolvió.

—Gay era exactamente así cuando la conocí —me dijo con voz triste.

—Mire, una foto de ella de niña.

Le alargué la otra foto y la examinó a la luz del mechero, sin quitarse la mano de la frente, haciendo visera, con la postura de un relojero que hace un trabajo de gran precisión.

—Era una niña muy guapa —me dijo—. ¿No tiene más fotos de ella?

—Por desgracia, no… ¿Y usted?

—Tenía una foto de nuestra boda, pero la perdí en América… Me pregunto incluso si guardé el recorte de periódico del suicidio…

Cada vez se le notaba más el acento americano, imperceptible al principio. ¿El cansancio?

—¿Tiene que esperar así muchas veces para volver a casa?

—Cada vez con más frecuencia. Y eso que todo empezó bien… Mi mujer era muy agradable…

Encendió un cigarrillo; le costó hacerlo por el viento.

—Gay se quedaría asombrada si me viera en este estado…

Se me arrimó y me puso una mano en el hombro.

—¿No le parece, amigo, que hizo bien en irse antes de que fuera demasiado tarde?

Lo miré. En él todo era redondo. La cara, los ojos azules e incluso el bigotito, recortado en arco de círculo. Y también la boca, y las manos gordezuelas. Me recordaba a esos globos que los niños sujetan por un cordel y sueltan a veces para ver hasta dónde llegarán por el cielo. Y el nombre de Waldo Blunt estaba hinchado como uno de esos globos.

—Lo siento muchísimo, amigo… No he podido darle demasiados detalles sobre Gay.

Notaba que el cansancio y el abatimiento lo lastraban, pero lo vigilaba muy de cerca porque temía que, con la menor ráfaga de viento que cruzase la explanada, saliera volando y me dejase solo con mis preguntas.

VIII

La avenida bordea el hipódromo de Auteuil. A un lado, el camino para jinetes; al otro, edificios, construidos todos según el mismo modelo y que separan unas glorietas. Pasé por delante de esos cuarteles de lujo y me planté delante del número 25 de la avenida Maréchal-Lyautey, que fue en el que se suicidó Gay Orlow. ¿En qué piso? La portera habrá cambiado desde entonces, claro. ¿Quedará aún algún vecino del edificio que coincidiera con Gay Orlow en las escaleras o que cogiera el ascensor con ella? ¿O que me reconociera por haberme visto por aquí con frecuencia?

Algunas noches debí de subir las escaleras del número 25 de la avenida Maréchal-Lyautey con el corazón palpitante. Me estaba esperando ella. Sus ventanas daban al hipódromo. Haría raro, seguramente, ver las carreras desde allá arriba, ver los caballos y los jockeys, diminutos, avanzar como esas figuritas que desfilan de punta a punta de las barracas de tiro; y quien tumbe todos esos blancos ha ganado el premio gordo.

¿En qué lengua nos hablábamos? ¿En inglés? ¿Estaba tomada en ese piso la foto en que salía el anciano Giorgiadze? ¿Cómo estaba amueblado? ¿Qué podían decirse un tal Howard de Luz —¿yo?— de «familia noble» y «confidente de John Gilbert» y una ex bailarina nacida en Moscú que había conocido en Palm Island a Lucky Luciano?

Qué gente tan peculiar. De esa que no deja a su paso sino un vaho que enseguida se disipa. Hablábamos muchas veces Hutte y yo de esos seres cuyo rastro se pierde. Surgen un buen día de la nada y a la nada regresan tras haber brillado con unas cuantas lentejuelas. Reinas de belleza. Gigolós. Mariposas. La mayoría no tenían, ni siquiera en vida, mayor consistencia que un vapor que nunca habrá de condensarse. Hutte me citaba, por ejemplo, a un individuo a quien llamaba «el hombre de las playas». Aquel hombre se había pasado cuarenta años de su vida en playas o al borde de piscinas, charlando amablemente con veraneantes u ociosos acaudalados. En las esquinas y en los segundos planos de miles de fotos de vacaciones aparece en traje de baño en medio de alegres grupos, pero nadie podría decir ni cómo se llamaba ni por qué estaba ahí. Y nadie se fijó en que un día desapareció de las fotos. No me atrevía a decírselo a Hutte, pero creí que «el hombre de las playas» era yo. Por lo demás, no se habría extrañado si se lo hubiera confesado. Hutte repetía siempre que, en el fondo, todos somos «hombres de las playas» y que «en la arena —cito sus propias palabras — no dura más que unos segundos la huella de nuestros pasos».

Una de las fachadas de edificio estaba al borde de una glorieta que parecía abandonada. Un grupo grande de árboles, unos matorrales, un trozo de césped que no

habían segado hacía mucho. Un niño jugaba solo, tranquilamente, delante del montón de arena, en aquella tarde soleada que estaba acabando. Me senté cerca del césped y alcé la cabeza hacia el edificio, preguntándome si las ventanas de Gay Orlow no darían de este lado.

IX

Es de noche y la lámpara de opalina de la Agencia proyecta una mancha de luz fuerte en el cuero del escritorio de Hutte. Estoy sentado detrás de ese escritorio. Miro guías de teléfonos antiguas y otras más recientes y tomo nota de lo que voy descubriendo a medida que doy con ello.

HOWARD DE LUZ (Jean Simety) y señora, de soltera MABEL DONAHUE, Valbreuse, Orne. T. 21, y calle de Raynouard, 23 T. AUT 15-28.

-CGP-MA

El *Bottin mondain*[1] en que aparece esa mención es de hace unos treinta años. ¿Se tratará de mi padre?

La mención es la misma en los *Bottin* de los años siguientes. Consulto la lista de símbolos y abreviaturas.

 quiere decir: cruz de guerra, CGP: Club du Grand Pavois, MA: Motor Yacht Club de la Costa Azul, y propietario de velero.

Pero, transcurridos diez años, desaparecen las indicaciones siguientes: calle de Raynouard, 23 T. AUT 15-28.

También desaparecen: MA y .

Al año siguiente sólo queda: señora de HOWARD DE LUZ, de soltera MABEL DONAHUE, Valbreuse, Orne. T. 21.

Y, luego, nada.

Consulto a continuación las guías de París de los diez últimos años. Siempre aparece igual el apellido Howard de Luz, de la siguiente forma:

HOWARD DE LUZ C. glorieta Henri-Paté, 3, 16.º — MOL 50-52. ¿Un hermano? ¿Un primo?

No hay ninguna mención equivalente en los *Bottins mondains* de esos mismos años.

X

—El señor Howard lo está esperando.

Era seguramente la dueña de aquel restaurante de la calle de Bassano: una morena de ojos claros. Me indicó con un ademán que la siguiera, bajamos unas escaleras y me guió hacia el fondo del local. Se detuvo delante de una mesa en que había un hombre solo. Se puso de pie.

—Claude Howard —me dijo.

Me indicó una silla, frente a él. Nos sentamos.

—Llego tarde. Discúlpeme.

—No tiene importancia.

Me miraba con curiosidad. ¿Me reconocía?

—Su llamada telefónica me dejó muy intrigado —dijo.

Hice un esfuerzo para sonreírle.

—Y, sobre todo, su interés por la familia Howard de Luz…, cuyo último representante soy yo, mi querido señor.

Pronunció esa frase con tono irónico, como para reírse de sí mismo.

—Por lo demás, me hago llamar Howard a secas. Es menos complicado.

Me alargó la carta.

—No tiene por qué tomar lo mismo que yo. Soy cronista gastronómico… Tengo que probar las especialidades de la casa… Molleja de ternera y waterzooi de pescados…

Suspiró. Parecía realmente desanimado.

—No puedo más… Me pase lo que me pase en la vida, siempre me veo obligado a comer…

Ya le estaban sirviendo un *pâté en croûte*. Pedí una ensalada y fruta.

—Qué suerte tiene… Yo tengo que comer… Tengo que escribir esta noche el artículo de turno… Vengo del concurso de La Tripière d'Or… Estaba en el jurado. Ha habido que zamparse ciento setenta raciones de callos en día y medio…

No conseguía ponerle edad. Llevaba el pelo, muy negro, peinado hacia atrás; tenía los ojos marrones y un algo negroide en los rasgos del rostro, pese a la extremada palidez del cutis. Estábamos solos al fondo de aquella zona del restaurante, acondicionada como un sótano, con paneles de madera azul pálido y rasos y cristales que rememoraban un siglo XVIII de pacotilla.

—He estado pensando en lo que me dijo por teléfono… Ese Howard de Luz por el que se interesa no puede ser más que mi primo Freddie…

—¿De verdad lo cree?

—Estoy seguro. Pero apenas si lo conocí…

—¿Freddie Howard de Luz?

—Sí. A veces jugábamos juntos de pequeños.

—¿No tiene una foto suya?

—Ninguna.

Tragó un bocado de paté y reprimió una arcada.

—Ni siquiera era un primo hermano… Sino un primo segundo o tercero… Había muy pocos Howard de Luz… Creo que papá y yo éramos los únicos junto con Freddie y su abuelo… Es una familia francesa de Isla Mauricio, sabe…

Apartó el plato con ademán cansado.

—El abuelo de Freddie se casó con una americana muy rica…

—¿Mabel Donahue?

—Eso es… Tenían una finca espléndida en Orne…

—¿En Valbreuse?

—Pero si es usted un auténtico anuario Bottin, mi querido señor.

Me miró extrañado.

—Y, además, creo que luego lo perdieron todo… Freddie se fue a América… No podría darle detalles más concretos… Todo esto lo sé de oídas… Me pregunto incluso si Freddie vive aún…

—¿Cómo saberlo?

—Si estuviera mi padre… Era él quien me daba noticias de la familia… Por desgracia…

Me saqué del bolsillo la foto de Gay Orlow y del anciano Giorgiadze, y señalando al hombre moreno que se me parecía:

—¿No conoce a este individuo?

—No.

—¿No cree que se me parece?

Inclinó la cabeza sobre la foto.

—Quizá —dijo sin convencimiento alguno.

—¿Y a la mujer rubia no la conoce?

—No.

—Pues era amiga de su primo Freddie.

Puso cara de acordarse de algo de repente.

—Espere…, ahora me acuerdo… Freddie se fue a América… Y allí, por lo visto, se convirtió en el confidente de John Gilbert…

¡El confidente de John Gilbert! Era la segunda vez que me daban ese detalle, pero no me hacía adelantar mucho que digamos.

—Le sé porque me mandó una postal desde América por entonces.

—¿La ha conservado?

—No, pero me acuerdo de memoria de qué ponía: «Todo va bien. América es un país precioso. He encontrado trabajo: soy el confidente de John Gilbert. Cariñosos recuerdos para ti y para tu padre.» Me llamó la atención…

—¿No volvió a verlo cuando regresó a Francia?

—No. Ni siquiera sabía que había regresado a Francia.

—Y si lo tuviera delante ahora mismo, ¿lo reconocería?

—Es posible que no.

No me atreví a sugerirle que Freddie Howard de Luz era yo. Aún no tenía una prueba formal de ello, pero estaba muy esperanzado.

—El Freddie que conocía es el de los diez años… Mi padre me llevó a Valbreuse para que jugásemos juntos…

El sumiller estaba parado junto a nuestra mesa y esperaba a que Claude Howard eligiera el vino, pero éste no se daba cuenta de su presencia y el hombre se mantenía muy erguido, con apariencia de centinela.

—Para serle franco, caballero, me da la impresión de que Freddie está muerto…

—No diga eso…

—Es usted muy amable al interesarse por nuestra desventurada familia… No tuvimos suerte… Creo que soy el único superviviente y mire lo que tengo que hacer para ganarme la vida…

Dio un puñetazo en la mesa mientras unos camareros traían el waterzooi de pescados y la dueña del restaurante se nos acercaba con sonrisa amabilísima.

—Señor Howard… ¿Ha estado bien este año La Tripière d’Or?

Pero no la oyó y se inclinó hacia mí.

—En el fondo —me dijo—, nunca deberíamos habernos ido de Isla Mauricio…

XI

Una estación pequeña y antigua, amarilla y gris, con parapetos de cemento calado a ambos lados, y detrás de esos parapetos, el andén en el que me bajé del ómnibus. La plaza de la estación habría estado desierta a no ser por un niño que patinaba bajo los árboles del terraplén.

Yo también jugué aquí, hace mucho, pensé. De verdad que aquella plaza tranquila me recordaba algo. ¿Venía mi abuelo Howard de Luz a buscarme al tren de París o era al revés? Las noches de verano iba a esperarlo al andén de la estación con mi abuela, de soltera Mabel Donahue.

Algo más allá, una carretera tan ancha como una nacional, pero por la que pasan muy pocos automóviles. Anduve a lo largo de un parque público que cercaban esos mismos parapetos de cemento que había visto en la plaza de la Gare.

Del otro lado de la carretera, unos cuantos comercios bajo una especie de soportales. Un cine. Luego, un hostal que ocultaban las frondas de los árboles, en la esquina de una avenida que subía en cuesta poco empinada. La tomé sin titubear, porque me había estudiado el plano de Valbreuse. Al final de aquella avenida flanqueada de árboles, una tapia y una verja con un letrero de madera podrida en el que pude leer, adivinando la mitad de las letras: ADMINISTRACIÓN DE FINCAS PÚBLICAS. Detrás de la verja, había una extensión de césped descuidado. Al fondo del todo, una edificación alargada, de ladrillo y piedra, de estilo Luis XIII. En el centro, resaltaba un pabellón con una planta más y, en cada extremo, completaban la fachada unos pabellones laterales que remataban unas cúpulas. Todas las contraventanas estaban cerradas.

Me embargó una sensación de desconsuelo: a lo mejor me hallaba ante la mansión en la que había pasado la infancia. Empujé la verja y se abrió sin dificultad. ¿Cuánto tiempo llevaba sin cruzar aquel umbral? A la derecha, me llamó la atención un edificio de ladrillo que debía de ser las caballerizas.

La hierba me llegaba a mitad de la pantorrilla e intenté cruzar la pradera de césped lo más deprisa que pude para acercarme a la mansión. Aquella edificación silenciosa me intrigaba. Temía descubrir que, tras la fachada, no quedaban ya más que hierbas altas y lienzos de pared caídos.

Alguien me llamaba y me volví. Allá lejos, ante el edificio de las caballerizas, un hombre movía el brazo. Se me estaba acercando y me quedé quieto y mirándolo, en medio de la pradera de césped que parecía una jungla. Un hombre bastante alto, robusto, vestido de pana verde.

—¿Qué desea?

Se había detenido a pocos pasos de mí. Moreno y con bigote.

—Querría informarme acerca del señor Howard de Luz.

Anduve hacia él. ¿Y si, a lo mejor, me reconocía? Siempre tengo esa esperanza y siempre me llevo un chasco.

—¿Qué señor Howard de Luz?

—Freddie…

Dije «Freddie» con voz alterada, como si fuera mi nombre el que estuviera pronunciando tras años de olvido.

El hombre abría ojos como platos.

—Freddie…

En ese preciso instante creí de verdad que me estaba llamando por mi nombre.

—¿Freddie? Pero si ya no está aquí…

No, no me había reconocido. Nadie me reconocía.

—¿Qué quiere exactamente?

—Querría saber qué ha sido de Freddie Howard de Luz.

Me miraba fijamente con ojos desconfiados, y se metió una mano en el bolsillo del pantalón, como si fuera a sacar un arma y amenazarme. Pero no. Se sacó del bolsillo un pañuelo con el que se secó la frente.

—¿Quién es usted?

—Conocí a Freddie en América hace mucho y me gustaría saber de él.

Al oír esa mentira, se le aclaró el rostro de repente.

—¿En América? ¿Conoció a Freddie en América?

La palabra «América» parecía sumirlo en un ensueño. Creo que podría haberme besado, de tan agradecido como me estaba por hacer conocido a Freddie «en América».

—¿En América? Entonces lo conoció cuando era el confidente de… de…

—De John Gilbert.

Había desaparecido cualquier desconfianza por su parte.

Incluso me cogió por la muñeca.

—Venga por aquí.

Me llevó hacia la izquierda, siguiendo la tapia, en donde la hierba estaba menos crecida y se intuía el trazado antiguo de un sendero.

—No sé nada de Freddie desde hace mucho —me dijo con voz seria.

El traje de pana verde estaba tazado hasta la trama en algunos sitios y llevaba parches de cuero cosidos en los hombros, los codos y las rodillas.

—¿Es usted americano?

—Sí.

—Freddie me mandó varias postales desde América.

—¿Las ha conservado?

—Pues claro.

Íbamos hacia la mansión.

—¿Nunca había venido por aquí? —me preguntó.

—Nunca.

—Entonces, ¿cómo ha sabido usted la dirección?

—Me la dio un primo de Freddie, Claude Howard de Luz.

—Ni idea de quién es.

Llegamos ante uno de los pabellones con cúpula que me habían llamado la atención a ambos lados de la fachada de la mansión. Le dimos la vuelta. Me señaló una puertecita.

—Es la única puerta por la que se puede entrar.

Giró una llave en la cerradura. Entramos. Me guió a través de una habitación a oscuras y vacía y, luego, por un corredor. Salimos a otra habitación con vidrieras de colores que le daban aspecto de capilla o de jardín de invierno.

—Era el comedor de verano —me dijo.

Ni un mueble, salvo un sofá viejo con el terciopelo rojo raído, en donde nos sentamos. Se sacó una pipa del bolsillo y la encendió plácidamente. Las vidrieras dejaban entrar la luz del día y le daban una tonalidad azul pálido.

Alcé la cabeza y me fijé en que el techo también era azul pálido, con unas cuantas manchas más claras: nubes. El hombre siguió la dirección de mi mirada.

—Fue Freddie quien pintó el techo y la pared.

La única pared de la habitación estaba pintada de verde y se veía en ella una palmera casi borrada. Yo intentaba imaginarme esta habitación en otros tiempos, cuando comíamos en ella. El techo, en donde pinté el cielo. La pared verde en donde quise, con esa palmera, añadir una nota tropical. Las vidrieras por las que nos caía en la cara una luz azulada. Pero ¿cómo eran aquellas caras?

—Es la única habitación en la que aún se puede entrar —me dijo—. Todas las puertas están precintadas.

—¿Por qué?

—La casa está embargada.

Esas palabras me dieron frío.

—Lo han embargado todo, pero a mí me han dejado aquí. ¿Hasta cuándo?

Le daba chupadas a la pipa y asentía con la cabeza.

—De vez en cuando viene algún individuo de las Fincas Públicas a pasar revista. Por lo visto no llegan a una decisión.

—¿Quiénes?

—Los de Fincas Públicas.

No entendía muy bien qué quería decir, pero me acordé de lo que ponía el letrero de madera podrida: «Administración de Fincas Públicas».

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Huy, sí… Vine cuando se murió el señor Howard de Luz… El abuelo de Freddie… Me ocupaba del parque y le hacía de chófer a la señora… La abuela de Freddie…

—¿Y los padres de Freddie?

—Creo que murieron muy jóvenes. Lo criaron los abuelos.

Así que me habían criado mis abuelos. Después de morir mi abuelo vivíamos solos aquí, mi abuela, de soltera Mabel Donahue, aquel hombre y yo.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Robert.

—¿Cómo lo llamaba Freddie?

—Su abuela me llamaba Bob. Era americana. Freddie también me llamaba Bob.

El nombre aquel, Bob, no me recordaba nada. Pero, bien pensado, él tampoco me reconocía.

—Luego, la abuela se murió. Las cosas ya no iban demasiado bien que digamos desde el punto de vista financiero… El abuelo de Freddie dilapidó la fortuna de su mujer… Una fortuna americana muy grande…

Le daba calmosas chupadas a la pipa e hilillos de humo azul subían hacia el techo. Aquella habitación, con las grandes cristaleras y los dibujos de Freddie —¿los míos?— en la pared y en el techo le hacía seguramente las veces de refugio.

—Luego Freddie desapareció… Sin avisar… No sé qué pasó. Pero lo embargaron todo.

Otra vez esa palabra, «embargo», como una puerta con la que le dan a uno en las narices en el preciso momento en que se dispone a entrar por ella.

—Y llevo esperando desde entonces… Me pregunto qué piensan hacer conmigo… Porque no pueden ponerme de patitas en la calle.

—¿Dónde vive?

—En las antiguas caballerizas. El abuelo de Freddie las mandó acondicionar.

Me miraba, apretando la pipa con los dientes.

—¿Y usted? Cuénteme cómo conoció a Freddie en América.

—Uf, es una historia muy larga…

—¿No quiere que andemos un rato? Le voy a enseñar esta parte del parque.

—Con mucho gusto.

Abrió una puerta acristalada y bajamos unos cuantos peldaños de piedra. Teníamos delante una pradera de césped como la que había intentado cruzar para llegar a la mansión, pero aquí la hierba era mucho menos alta. Para mayor asombro mío, la parte trasera de la mansión no tenía nada que ver con la fachada: era de piedra gris. Tampoco el tejado era igual: de este lado, lo complicaban unos lienzos cortados y unos gabletes, de forma tal que aquella vivienda suntuosa, que tenía a primera vista

la apariencia de un palacio Luis XIII, se parecía por detrás a uno de esos edificios de las ciudades balnearias de finales del siglo XIX de los que quedan aún escasas muestras en Biarritz.

—Intento que se conserve un poco todo este lado del parque —me dijo—. Pero a un hombre solo le resulta difícil.

Fuimos por un paseo de grava que bordeaba la pradera de césped. A la izquierda unas matas de la altura de un hombre estaban cuidadosamente recortadas. Me las indicó.

—El laberinto. Lo plantó el abuelo de Freddie. Lo cuido todo lo que puedo. Algo tiene que quedar como estaba antes.

Nos metimos en el «laberinto» por una de las entradas laterales y la bóveda de ramas nos hizo agacharnos. Se cruzaban varios paseos, había encrucijadas, rotondas, curvas en redondo o en ángulo recto, callejones sin salida, un cenador con un banco verde de madera… De niño, debí de jugar al escondite aquí con mi abuelo o con amigos de mi edad y en medio de aquel dédalo mágico que olía a aligustre y a pino pasé seguramente los mejores momentos de mi vida. Cuando salimos del laberinto, no pude por menos de decirle a mi guía:

—Qué curioso…, este laberinto me recuerda algo…

Pero al parecer no me oyó.

Al borde de la pradera de césped, un armazón viejo y oxidado del que colgaban dos columpios.

—Me permite…

Se sentó en uno de los columpios y volvió a encender la pipa. Yo me acomodé en el otro. El sol se estaba poniendo y arropaba en una luz tierna y anaranjada el césped y las matas del laberinto. Y esa misma luz moteaba la piedra gris de la mansión.

Escogí ese momento para alargarle la foto en que estábamos Gay Orlow, el anciano Giorgiadze y yo.

—¿Conoce a estas personas?

Estuvo mucho rato mirando la foto, sin quitarse la pipa de la boca.

—A ésta ya lo creo que la conocí…

Y apoyaba el dedo índice en la cara de Gay Orlow.

—La rusa…

Lo decía con tono soñador y divertido.

—Claro que conocía a la rusa, qué le voy a contar…

Soltó una carcajada breve.

—Freddie vino aquí muchas veces con ella en los últimos años… Menuda chica… Una rubia… Puedo decirle que empinaba bien el codo… ¿Usted la conocía?

—Sí —dije—. La vi con Freddie en América.

—¿Conoció a la rusa en América, eh?

—Sí.

—Ella podría decirle dónde está Freddie ahora mismo… Debería preguntarle…

—¿Y este individuo moreno que está al lado de la rusa?

Se inclinó algo más sobre la foto y la examinó detenidamente. Me latía el corazón con fuerza.

—Sí, claro… También lo conocí… Espere… Sí, claro… Era un amigo de Freddie… Venía aquí con Freddie, con la rusa y con otra chica… Creo que era un sudamericano, o algo así…

—¿No cree que se me parece?

—Sí… ¿Por qué no? —me dijo sin convicción.

Bueno, ya estaba claro, no me llamaba Freddie Howard de Luz. Miré la pradera de hierbas altas cuyo borde bañaban ahora los rayos del sol poniente. Nunca me había paseado por esa pradera del brazo de una abuela americana. Nunca había jugado de niño en el «laberinto». Aquel armazón oxidado con sus columpios no se colocó para mí. Qué lástima.

—¿Sudamericano dice usted?

—Sí… Pero hablaba el francés como usted y como yo…

—¿Y lo vio mucho por aquí?

—Varias veces.

—¿Cómo sabía usted que era sudamericano?

—Porque un día fui a buscarlo a París en automóvil para traerlo aquí. Quedamos en el sitio en donde trabajaba… En una embajada de América del Sur.

—¿Qué embajada?

—Huy, eso ya es mucho pedirme…

Tenía que hacerme a ese cambio. No era el retoño de una familia cuyo nombre aparecía en unos cuantos tomos viejos del *Bottin mondain* e incluso en el anuario del año, sino un sudamericano cuyas huellas iban a ser mucho más difíciles de encontrar.

—Me parece que era un amigo de infancia de Freddie…

—¿Venía aquí con una mujer?

—Sí. Dos o tres veces. Una francesa. Con la rusa y con Freddie. Venían los cuatro. Después de morirse la abuela.

Se puso de pie.

—¿No quiere que volvamos? Empieza a hacer frío…

Ya era casi de noche y regresamos al «comedor de verano».

—Era la habitación preferida de Freddie… Se quedaban aquí hasta muy tarde por la noche, él, la rusa, el sudamericano y la otra chica…

El sofá no era ya sino una mancha suave y en el techo las sombras se recortaban en forma de rejillas y de rombos. Yo intentaba en vano captar el eco de mis antiguas veladas.

—Pusieron aquí un billar… Era sobre todo la amiguita del sudamericano la que jugaba al billar… Siempre ganaba. Puedo decírselo porque jugué varias partidas con ella… Mire, ahí sigue el billar…

Tiró de mí hacia un pasillo oscuro, encendió una linterna y desembocamos en un vestíbulo enlosado del que arrancaban unas escaleras monumentales.

—La entrada principal…

Vi, efectivamente, bajo el arranque de las escaleras, una mesa de billar. La enfocó con la linterna. Una bola blanca en el centro, como si la partida se hubiera interrumpido y fuera a reanudarse de un momento a otro. Y como si alguien, Gay Orlow, o yo, o Freddy, o aquella misteriosa francesa que venía aquí conmigo, o Bob, se estuviera ya inclinando para apuntar.

—Ya ve, ahí sigue el billar.

Hizo con la linterna un barrido de las escaleras monumentales.

—No sirve de nada subir a los pisos… Lo tienen todo precintado…

Pensé que Freddie tenía un cuarto allá arriba. Primero un cuarto de niño y, luego, un cuarto de muchacho, con estanterías de libros, fotos pegadas en las paredes y —¿quién sabe?— en una de ellas estábamos los cuatro, o los dos, Freddie y yo, enlazados. Bob se apoyó en el billar para volver a encender la pipa. Yo no podía por menos de contemplar aquellas escaleras principales que no servía de nada subir puesto que, allá arriba, todo estaba «precintado».

Salimos por la puertecita lateral y volvió a cerrarla con dos vueltas de llave. Era de noche.

—Tengo que coger el tren de París —dije.

—Venga conmigo.

Me apretaba el brazo y me guiaba, siguiendo la tapia. Llegamos ante las antiguas caballerizas. Abrió una puerta acristalada y encendió una lámpara de petróleo.

—Hace mucho que cortaron la luz. Pero se les olvidó cortar el agua…

Estábamos en una habitación en cuyo centro había una mesa de madera oscura y unas sillas de mimbre. En las paredes, platos de loza y fuentes de cobre. Una cabeza de jabalí disecada encima de la ventana.

—Voy a hacerle un regalo.

Se fue hacia un arcón que estaba al fondo de la habitación y lo abrió. Sacó una caja que puso encima de la mesa y en cuya tapa se leía la inscripción siguiente: «Biscuits Lefevbre Utile — Nantes». Luego se me plantó delante.

—Usted era amigo de Freddie, ¿verdad? —dijo con voz conmovida.

—Sí.

—Bueno, pues le voy a dar esto…

Me señalaba la caja.

—Son recuerdos de Freddie… Cositas que he podido ir salvando cuando vinieron

a embargar esto…

Estaba emocionado de verdad. Creo incluso que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Lo quería mucho… Lo conocí de muy jovencito… Era un soñador. Me decía siempre que se iba a comprar un velero… Me decía: «Bob, tú serás mi segundo de a bordo…» Sabe Dios dónde andará ahora…, si es que sigue vivo…

—Aparecerá —le dije.

—Su abuela lo mimó demasiado, sabe…

Cogió la caja y me la alargó. Me acordaba de Stioppa de Djagoriew y de la caja roja que también él me había dado. Estaba claro que todo se quedaba en cajas viejas de bombones o de galletas. O de puros.

—Gracias.

—Lo acompaño al tren.

Íbamos por un camino forestal y enfocaba con la linterna el trecho que teníamos por delante. ¿No se estaba confundiendo de camino? Me daba la impresión de que nos internábamos en lo hondo del bosque.

—Estoy intentando recordar el nombre del amigo de Freddie. Ése que me ha señalado usted en la foto… El sudamericano…

Cruzábamos un claro cuyas hierbas se tornaban fosforescentes con la luna. A lo lejos, un bosquecillo de pinos piñoneros. Bob había apagado la linterna porque se veía casi como en pleno día.

—Aquí era donde montaba a caballo Freddie con otro amigo que tenía… Un jockey… ¿Nunca le habló de ese jockey?

—Nunca.

—No me acuerdo ya de cómo se llamaba… Y eso que fue famoso… Fue el jockey del abuelo de Freddie cuando el viejo tenía una cuadra de carreras…

—¿El sudamericano conocía también al jockey?

—Pues claro. Venían juntos aquí. El jockey jugaba al billar con los demás… Me parece incluso que fue él quien le presentó la rusa a Freddie…

Temía que no se me quedasen en la cabeza tantos detalles. Habría tenido que apuntarlos en el acto en una libretita.

El camino iba cuesta arriba, una cuesta poco empinada, y me costaba andar porque la capa de hojas secas era gruesa.

—¿Y del nombre del sudamericano se acuerda?

—Espere…, espere…, me acordaré…

Yo apretaba la caja de galletas contra la cadera y estaba impaciente por saber qué había dentro. A lo mejor hallaba en ella algunas respuestas a las preguntas que me hacía. Mi nombre. O el del jockey, por ejemplo.

Estábamos al borde de un talud y bastaba con bajar por él para llegar a la plaza de la Gare. La estación parecía desierta, con su vestíbulo que relumbraba de luces de

neón. Un ciclista cruzaba despacio la plaza y se detuvo delante.

—Espere…, se llamaba…, se llamaba… Pedro.

Estábamos de pie en lo alto del talud. Bob había vuelto a sacar la pipa y la estaba limpiando con una herramienta pequeña y misteriosa. Me repetía a mí mismo ese nombre con el que me habían llamado durante toda una parte de mi vida y que les había evocado mi rostro a unas cuantas personas. Pedro.

XII

No había gran cosa en aquella caja de galletas. Un soldado de plomo desconchado con un tambor. Un trébol de cuatro hojas pegado en el centro de un sobre blanco. Fotos.

Estoy en dos de esas fotos. No cabe duda, se trata del mismo hombre que el que sale junto a Gay Orlow y el anciano Giorgiadze. Un moreno de estatura elevada, yo, con la única diferencia de que no llevo bigote. En una de las fotos, estoy con otro hombre tan joven como yo e igual de alto, pero con el pelo más claro. ¿Freddie? Sí, porque al dorso de la foto, alguien ha escrito a lápiz: «Pedro-Freddie-La Baule». Estamos a la orilla del mar y ambos llevamos un albornoz de playa. Una foto muy vieja, aparentemente.

En la otra foto, somos cuatro: Freddie, yo, Gay Orlow, a quien no me costó reconocer, y otra joven, todos sentados en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá de terciopelo rojo del comedor de verano. A la derecha, se entrevé el billar.

En una tercera foto sale la joven que está con nosotros en el comedor de verano. Está de pie ante la mesa de billar y tiene un taco de jugar en la mano. Melena clara, que le cae más abajo de los hombros. ¿Es la que me llevaba yo a la mansión de Freddie? En otra foto, está acodada en la balaustrada de una veranda.

En una postal dirigida al señor Robert Brun, «mansión Howard de Luz. Valbreuse. Orne», hay una vista del puerto de Nueva York. Pone:

«Mi querido Bob. Recuerdos desde América. Hasta pronto. Freddie.»

Un documento peculiar, con membrete del

Consulado General
de la
República Argentina
N.° 106

El Consulado General de la República Argentina en Francia, a cuyo cargo corren los intereses helénicos en la zona ocupada, certifica que, durante la Gran Guerra de 1914-1918, un incendio destruyó los archivos del Ayuntamiento de Salónica.

París, a 15 de julio de 1941
El cónsul general de la
República Argentina
encargado de los intereses helénicos.

Una firma, bajo la cual puede leerse:

R. L. de Oliveira Cezar
Cónsul general.

¿Yo? No. No se llama Pedro.
Un recorte pequeño de periódico:

EMBARGO HOWARD DE LUZ:
Venta en pública subasta
a instancias de
la Administración de Fincas Públicas
en Valbreuse (Orne) Mansión Saint-Lazare
los días 7 y 11 de abril.
Cuantioso moblaje.
Objetos de arte y muebles
antiguos y modernos
Cuadros — Porcelanas — Cerámicas
Alfombras — Ropa de cama — Ropa de casa
Piano de cola Érard
Frigorífico, etc.
Exposición: sábado 6 de abril, de 14 h a 18 h
y las mañanas de los días de la venta de 10 h a 12 h.

Abro el sobre en el que está pegado el trébol de cuatro hojas. Hay dentro cuatro fotos pequeñas, del tamaño de esas que se llaman de fotomatón; una de Freddie, otra mía, la tercera de Gay Orlow y la cuarta de la joven del pelo claro.

Encuentro también un pasaporte en blanco de la República Dominicana.

Al dar la vuelta por casualidad a la foto de la joven del pelo claro, leo lo siguiente, escrito en tinta azul, con la misma letra desordenada de la postal de América:

PEDRO: ANJou 15-28.

XIII

¿En cuántas agendas figura aún este número de teléfono que fue mío? ¿Era sin más el número de teléfono de una oficina en la que sólo se me podía encontrar una tarde?

Marco ANJou 15-28. Suenan los timbrazos, pero nadie contesta. ¿Quedan rastros de mi paso en el piso desierto, en el cuarto deshabitado hace mucho en donde suena esta noche en vano el teléfono?

Ni siquiera necesito llamar a información. Me basta con hacer que gire, con un impulso de la pantorrilla, el sillón de cuero de Hutte. Ante mí, las hileras de guías y anuarios. Uno de ellos, más pequeño que los demás, está encuadernado en zapa verde claro. Es el que necesito. Todos los números de teléfono que existen en París desde hace treinta años se recogen aquí con las correspondientes direcciones.

Paso las páginas con el corazón palpitante. Y leo:

ANJou 15-28 — 10 *bis*, calle de Cambacérès. Distrito 8.°.

Pero en la guía de calles del año en curso no se menciona ni poco ni mucho ese número de teléfono:

CAMBACÉRÈS (calle)

8.°

10 *bis*	ASOCIACIÓN DE DIAMANTISTAS	MIR 18-16
	COUTURE-FASHION	ANJ 32-49
	PILGRAM (Hélène)	ELY 05-31
	REBBINDER (Estab.)	MIR 12-08
	REFUGE (de)	ANJ 50-52
	S.E.F.I.C.	MIR 74-31
		MIR 74-32
		MIR 74-33

XIV

Un hombre cuyo nombre era Pedro. ANJou 15-28. Calle de Cambacérès, 10 *bis*, distrito octavo.

Por lo visto trabajaba en una legación sudamericana. El reloj de sobremesa que Hutte dejó en el escritorio marca las dos de la mañana. Abajo, en la avenida de Niel, no pasan ya sino escasos automóviles y a veces oigo chirridos de frenos cuando se ponen rojos los semáforos.

Hojeo guías de teléfonos viejas al principio de las cuales viene la lista de las embajadas y de las legaciones y sus miembros.

República Dominicana

Avenida de Messine, 21 (VIII). CARnot 10-18.

N… Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario.

Doctor Gustavo J. Henríquez. Secretario primero.

Doctor Salvador E. Paradas. Secretario segundo (y Sra.), calle de Alsace, 41 (X).

Doctor Bienvenido Carrasco. Agregado.

C. Descamps, 45 (XVI), tel. TRO 42-91.

Venezuela

Calle de Copernic, 11 (XVI). PASsy 72-29.

Cancillería: calle de la Pompe, 115 (XVI). PASsy 10-89.

Doctor Carlo Aristimuno Coll, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario.

Sr. Jaime Picón Febres. Consejero.

Sr. Antonio Maturib. Secretario primero.

Sr. Antonio Briuno. Agregado.

Coronel H. López-Méndez. Agregado militar.

Sr. Pedro Saloaga. Agregado comercial.

Guatemala

Plaza de Joffre, 12 (VII). Tel. SÉGur 09-59.

Sr. Adán Maurisque Ríos. Consejero interino encargado de negocios.

Sr. Ismael González Arévalo. Secretario.

Sr. Federico Murgo. Agregado.

Ecuador

Avenida de Wagram, 91 (XVII). Tel. ÉTOile 17-89.

Sr. Gonzalo Zaldumbide. Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario (y Sra.).

Sr. Alberto Puig Arosemena. Secretario primero (y Sra.).

Sr. Alfredo Gangotena. Secretario tercero (y Sra.).

Sr. Carlos Guzmán. Agregado (y Sra.).

Sr. Víctor Zevallos. Consejero (y Sra.), avenida de Iéna, 21 (XVI).

El Salvador

Ríquez Vega. Enviado extraordinario.

Mayor J. H. Wishaw. Agregado militar (e hija).

F. Capurro. Secretario primero.

Luis…

Me bailan las letras. ¿Quién soy?

XV

A quien gire a la izquierda lo que le chocará es el silencio y el vacío de ese tramo de la calle de Cambacérès. Ni un automóvil. Pasé delante de un hotel y me deslumbró la vista una araña cuyos cristales relucían en el pasillo de entrada. Hacía sol.

El 10 *bis* es un edificio estrecho de cuatro pisos. Unas ventanas altas en el primero. Hay un guardia de plantón en la acera de enfrente.

Una de las hojas de la puerta del edificio estaba abierta y el automático de la escalera encendido. Un portal largo con paredes grises. Al fondo, una puerta con cristalitos cuadrados que me cuesta abrir por el *blunt*[2]. Unas escaleras sin alfombrar llevan a los pisos.

Me detuve ante la puerta del primero. Había tomado la decisión de preguntar a los inquilinos de cada piso si en algún momento habían tenido el teléfono ANJou 15-28 y notaba un nudo en la garganta porque me daba cuenta de que era una gestión muy rara. En la puerta, una placa de cobre, en la que leí: HÉLÈNE PILGRAM.

Un timbre de sonido flojo y tan gastado que sólo se oía a intervalos. Lo apreté con el índice todo el rato que pude. La puerta se abrió a medias. El rostro de una mujer de pelo gris ceniza y corto apareció en la rendija.

—Señora… Ando buscando una información…

Me miraba fijamente con ojos muy claros. No era posible ponerle edad. ¿Treinta años? ¿Cincuenta?

—¿Tenía usted antes un número de teléfono que era ANJou 15-28?

Frunció el ceño.

—Sí. ¿Por qué?

Abrió la puerta. Llevaba una bata masculina de seda negra.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Porque… yo he vivido aquí.

Había salido al descansillo y me examinaba con insistencia. Abrió mucho los ojos.

—Pero… ¿no es usted… el señor… McEvoy?

—Sí —dije al buen tuntún.

—Entre.

Parecía realmente conmovida. Estábamos ambos, uno frente a otro, en medio de un recibidor con la tarima muy estropeada. Habían sustituido algunas tablas por trozos de linóleo.

—No ha cambiado usted gran cosa —me dijo, sonriéndome.

—Usted tampoco.

—¿Aún me recuerda?

—La recuerdo muy bien —le dije.

—Qué detalle…

Demoraba en mí una mirada suave.

—Venga…

Me precedió hasta una habitación muy alta de techo y muy espaciosa cuyas ventanas eran esas en que me había fijado desde la calle. Cubría a trechos la tarima, tan estropeada como la del vestíbulo, una alfombra de lana blanca. El sol de otoño que entraba por las ventanas alumbraba la habitación con una claridad ambarina.

—Siéntese…

Me indicó un banco largo, cubierto de almohadones de terciopelo, que estaba pegado a la pared. Se sentó a mi izquierda.

—Qué curioso resulta esto de volver a verlo de forma… tan brusca.

—Pasaba por el barrio —dije.

Me parecía más joven que cuando se asomó a la rendija de la puerta. Ni la mínima arruga en la comisura de los labios, ni alrededor de los ojos ni en la frente y aquel rostro liso contrastaba con el pelo blanco.

—Me da la impresión de que ha cambiado de color de pelo —me aventuré a decir.

—Claro que no…, se me puso el pelo blanco a los veinticinco años… Preferí dejarlo de su color…

Aparte del banco de terciopelo, no había muchos muebles. Una mesa rectangular pegada a la pared de enfrente. Un maniquí viejo entre las dos ventanas, cuyo torso cubría una tela sucia de color beige y cuya presencia insólita traía a la mente un taller de costura. Por lo demás, me llamó la atención, en una esquina de la habitación, una máquina de coser colocada encima de una mesa.

—¿Reconoce el piso? —me preguntó—. Ya ve…, hay cosas que he conservado…

Hizo con el brazo un ademán hacia el maniquí de modista.

—Todo esto lo dejó Denise…

¿Denise?

—No hay grandes cambios, desde luego… —dije.

—¿Y Denise? —me preguntó con tono impaciente—. ¿Qué ha sido de ella?

—Pues hace mucho que no la veo —dije.

—Ah…

Puso cara de decepción y asintió con la cabeza como si se diera cuenta de que no había que volver a mencionar a aquella «Denise». Por discreción.

—En realidad —dije—, ¿hacía mucho que conocía a Denise?

—Sí… La conocí por Léon…

—¿Léon?

—Léon Van Allen.

—Claro, claro —contesté, impresionado por el tono que había puesto, casi de reproche, cuando aquel nombre, «Léon», no me trajo a la mente en el acto al tal «Léon Van Allen».

—¿Y qué es de Léon Van Allen? —pregunté.

—Ah, pues… hace dos o tres años que no sé nada de él… Se fue a la Guayana holandesa, a Paramaribo… Abrió allí un centro de danza.

—¿De danza?

—Sí, antes de trabajar en la costura, Léon había sido bailarín… ¿No lo sabía?

—Sí, sí. Se me había olvidado.

Se echó hacia atrás para apoyar la espalda en la pared y volvió a atarse el cinturón de la bata.

—¿Y de usted qué ha sido?

—Ah…, pues yo…, nada de particular.

—¿Ya no trabaja en la legación de la República Dominicana?

—No.

—¿Se acuerda de cuando me propuso hacerme un pasaporte dominicano…? Decía usted que en la vida había que tomar precauciones y tener siempre varios pasaportes…

Aquel recuerdo la divertía. Soltó una risa breve.

—¿Cuándo supo por última vez de Denise? —le pregunté.

—Se fue usted con ella a Megève y Denise me mandó una notita desde allí. Y, luego, nada más.

Me clavaba una mirada interrogativa, pero lo más seguro era que no se atreviera a preguntarme directamente. ¿Quién era aquella Denise? ¿Había tenido un papel importante en mi vida?

—Figúrese —le dije— que hay momentos en que me da la impresión de que estoy completamente entre niebla… Tengo fallos de memoria… Temporadas de aplanamiento… Así que… al pasar por esta calle… me permití… subir… para intentar recuperar el… el…

Busqué en vano la palabra exacta, pero no tenía importancia alguna, porque ella me sonreía y esa sonrisa indicaba que mi proceder no le extrañaba.

—¿Para recuperar los buenos tiempos, quiere decir?

—Sí. Eso es. Los buenos tiempos…

Cogió una caja dorada de una mesita baja que estaba en uno de los extremos del sofá y la abrió. Estaba llena de cigarrillos.

—No, gracias —le dije.

—¿Ya no fuma? Son cigarrillos ingleses. Me acuerdo de que fumaba cigarrillos ingleses. Cada vez que venía aquí con Denise me traía una bolsa llena de cajetillas de

cigarrillos ingleses…

—Anda, pues es verdad…

—Podía conseguir todas las que quisiera en la legación dominicana…

Alargué la mano hacia la caja dorada y cogí un cigarrillo con el pulgar y el índice. Me lo puse en la boca con aprensión. Ella me tendió el mechero tras haber encendido su propio cigarrillo. Tuve que hacer varios intentos hasta conseguir una llama. Aspiré. En el acto un picor muy doloroso me hizo toser.

—He perdido ya la costumbre —le dije.

No sabía cómo librarme de aquel cigarrillo y seguía sujetándolo entre el pulgar y el índice mientras se consumía.

—¿Así que ahora vive en este piso? —le dije.

—Sí. Cuando no volví a tener noticias de Denise me instalé aquí otra vez… Por lo demás, me había dicho antes de irse que podía volver a ocupar el piso…

—¿Antes de irse?

—Sí, claro… Antes de que se fuera con usted a Megève…

Se encogía de hombros como si aquello hubiera debido resultarme evidente.

—Tengo la impresión de que viví muy poco tiempo en este piso…

—Vivió en él unos cuantos meses con Denise…

—¿Y usted vivía aquí antes que nosotros?

Me miró, estupefacta.

—Por supuesto… Era mi piso… Se lo presté a Denise porque tenía que irme de París…

—Disculpe… Estaba distraído.

—Esta casa le resultaba práctica a Denise… Tenía sitio para instalar un taller de costura…

¿Una modista?

—Me pregunto por qué nos fuimos de este piso —dije.

—Yo también…

Otra vez aquella mirada interrogativa. Pero ¿qué podía explicarle yo? Estaba menos enterado que ella. No sabía nada de todo aquello. Acabé por dejar en el cenicero la colilla consumida que me quemaba los dedos.

—¿Nos habíamos visto antes de que viniéramos a vivir aquí? —me atreví a preguntar tímidamente.

—Sí, dos o tres veces. En su hotel…

—¿Qué hotel?

—En la calle de Cambon. El Hotel Castille. ¿Se acuerda de la habitación verde que tenía con Denise?

—Sí.

—Se fue del Hotel Castille porque allí no se sentía seguro… Era eso, ¿no?

—Sí.

—La verdad es que era una época peculiar…

—¿Qué época?

No contestó y encendió otro cigarrillo.

—Me gustaría enseñarle unas cuantas fotos —le dije.

Me saqué del bolsillo interior de la chaqueta un sobre del que ya no me separaba nunca y en donde había metido todas las fotos. Le enseñé la de Freddie Howard de Luz, Gay Orlow, la joven desconocida y yo, tomada en el «comedor de verano».

—¿Me reconoce?

Se había dado la vuelta para mirar la foto a la luz del sol.

—Está con Denise, pero no conozco a los otros dos…

Así que era Denise.

—¿No conocía a Freddie Howard de Luz?

—No.

—¿Ni a Gay Orlow?

—No.

Está visto que la gente tiene vidas compartimentadas y sus amigos se desconocen entre sí. Es una pena.

—Tengo otras dos fotos de ella.

Le alargué la minúscula foto de carnet y la otra en que estaba acodada en la balaustrada.

—Esta foto ya la conocía —me dijo—. Me parece incluso que me la mandó desde Megève… Pero ya no recuerdo dónde la he metido.

Le tomé la foto de las manos y la miré atentamente. Megève. Detrás de Denise había una ventanita con un postigo de madera. Sí, el postigo y la balaustrada podrían haber sido de un chalet en la montaña.

—Ese viaje a Megève fue desde luego una idea muy rara —dije de repente—. ¿Le comentó Denise lo que opinaba?

Ella estaba mirando la foto pequeña de carnet. Yo esperaba, con el corazón palpitante, que tuviera a bien contestarme.

Alzó la cabeza.

—Sí… Algo me dijo… Me contaba que Megève era un lugar seguro… Y que siempre les quedaría la posibilidad de cruzar la frontera.

—Sí…, claro…

No me atrevía a especular más. ¿Por qué soy tan tímido y tan medroso cuando llega el momento de sacar a colación los temas que me importan? Pero ella también, se lo notaba en la mirada, habría querido que yo le diera unas cuantas explicaciones. Los dos estábamos callados. Por fin, se decidió:

—Pero ¿qué pasó en Megève?

Me lo preguntaba con tono tan acuciante que, por primera vez, noté que me invadía el desaliento; y, aún más que el desaliento, esa desesperación que se apodera de nosotros cuando nos damos cuenta de que, pese a nuestros esfuerzos, nuestros méritos y toda nuestra buena voluntad, nos topamos con un obstáculo insalvable.

—Ya se lo explicaré… Otro día…

Debía de tener un toque extraviado en la voz o en la expresión de la cara, porque me apretó el brazo como para consolarme y me dijo:

—Perdóneme por hacerle preguntas indiscretas… Pero… yo era amiga de Denise…

—Lo comprendo…

Se había levantado.

—Espéreme un instante…

Salió de la habitación. Yo miraba, a mis pies, los charcos de luz que formaban los rayos del sol en la alfombra de lana blanca. Luego, las tablas de la tarima, y la mesa rectangular, y el maniquí viejo que había sido de «Denise». ¿Será posible que acabe uno por no reconocer un sitio en el que ha vivido?

Volvía con algo en la mano. Dos libros. Una agenda.

—A Denise se le olvidó llevarse esto cuando se fue… Tenga, se lo doy…

Me sorprendía que no hubiera metido esos recuerdos en una caja, igual que Stioppa de Djagoriew y el ex jardinero de la madre de Freddie. En resumidas cuentas, era la primera vez, durante aquella investigación mía, en que no me daban una caja. Me hizo reír ese pensamiento.

—¿Qué le hace gracia?

—Nada.

Miraba las tapas de los libros. En una, la cara de un chino con bigote y sombrero hongo asomaba entre una bruma azul. Un título: *Charlie Chan*. La otra tapa era amarilla y, en la parte de abajo, me llamó la atención un antifaz en que estaba pinchada una pluma de ganso. El libro se llamaba *Anónimos*.

—La de novelas policíacas que leía Denise —me dijo—. También está esto…

Y me alargó una agendita de cocodrilo.

—Gracias.

La abrí y la hojeé. No había nada escrito: ni nombres ni citas. En la agenda venían los días y los meses, pero no el año. Acabé por descubrir, entre las páginas, un papel que desdoblé:

República Francesa
Prefectura del departamento del Sena
Extracto del registro de partidas de nacimiento del distrito XIII de París
Año 1917

21 de diciembre de mil novecientos diecisiete

Nacimiento a las quince horas en el 19 del muelle de Austerlitz de Denise Yvette Coudreuse, mujer, hija de Paul Coudreuse, y de Henriette Bogaerts, sus labores, domiciliados en la dirección antedicha

Contrajo matrimonio el 3 de abril de 1939 en París (distrito XVII) con Jimmy Pedro Stern.

Extracto certificado.

París, a dieciséis de junio de 1939

—¿Ha visto esto? —dije.

Lanzó una mirada sorprendida a aquella partida de nacimiento.

—¿Conoció a su marido? ¿A ese… Jimmy Pedro Stern?

—Denise no me dijo nunca que estuviera casada… ¿Usted lo sabía?

—No.

Me metí la agenda y la partida de nacimiento en el bolsillo interior de la chaqueta, junto con el sobre en el que estaban las fotos y, no sé por qué, me cruzó una idea por la cabeza: la de ocultar dentro del forro, en cuanto me fuera posible, todos estos tesoros.

—Gracias por haberme dado estos recuerdos.

—No hay de qué, señor McEvoy.

Me supuso un alivio que repitiera mi apellido porque no lo había oído demasiado bien cuando lo dijo la primera vez. Me hubiera gustado apuntarlo allí mismo, en el acto, pero no estaba seguro de cómo se escribía.

—Me gusta cómo pronuncia usted mi apellido —le dije—. Resulta difícil para una francesa… Pero ¿cómo lo escribe? Todo el mundo lo escribe mal…

Lo dije con tono travieso. Sonrió.

—M… C… E mayúscula, V… O… Y —deletreó.

—¿En una sola palabra? ¿Está segura?

—Completamente segura —me dijo como si estuviese desactivando una trampa que le tendía yo.

Así que era McEvoy.

—Bravo —le dije.

—Nunca hago faltas de ortografía.

—Pedro McEvoy… Menudo nombre raro el mío, ¿no le parece? Aún me cuesta acostumbrarme a veces.

—Tome…, se me iba a olvidar esto —me dijo.

Se sacó un sobre del bolsillo.

—Es lo último que supe de Denise…

Desdoblé la hoja de papel y leí:

Megève, 14 de febrero

Querida Hélène:

Ya está decidido. Pedro y yo cruzamos mañana la frontera. Cuando lleguemos, te enviaré noticias lo antes posible.

Entretanto, aquí tienes el número de teléfono de París de alguien por cuya mediación podemos escribirnos:

OLEG DE WRÉDÉ AUTeuil 54-73.

Besos,

Denise

—¿Y llamó?

—Sí, pero me decían siempre que ese señor no estaba.

—¿Quién era el tal… Wrédé?

—No lo sé. Denise no me lo había mencionado nunca…

El sol, poco a poco, se había ido marchando de la habitación. Hélène encendió la lamparita de la mesa baja, en el otro extremó del sofá.

—Me gustaría volver a ver el cuarto donde dormía —le dije.

—Por supuesto.

Recorrimos un pasillo y abrió una puerta, a la derecha.

—Aquí está —me dijo—. Yo ya no uso este cuarto… Duermo en la habitación de invitados… Ya sabe…, la que da al patio.

Me quedé parado en el marco de la puerta. Había aún bastante luz diurna. De ambos lados de la ventana colgaban unas cortinas de color granate. Un papel pintado con motivos azul pálido cubría las paredes.

—¿Lo reconoce? —me preguntó.

—Sí.

Pegado a la pared del fondo, un somier. Fui a sentarme al filo de ese somier.

—¿Puedo quedarme a solas unos minutos?

—Claro.

—Me recordará «los buenos tiempos»…

Me lanzó una mirada triste y cabeceó.

—Voy a preparar un poco de té…

También en esta habitación estaba deteriorada la tarima y faltaban tablas, pero no habían tapado los agujeros. En la pared frontera a la ventana, una chimenea de mármol blanco y, encima, un espejo cuyo marco dorado recargaba, en las cuatro esquinas, un adorno en forma de concha. Me tendí, cruzado, encima del somier, y clavé la mirada en el techo y, luego, en los motivos del papel pintado. Pegué casi la

frente a la pared para distinguir mejor los detalles. Escenas campestres. Muchachas con peluca subidas en columpios. Pastores con calzones fruncidos que tocaban la mandolina. Bosquecillos al claro de luna. Todo aquello no me traía recuerdo alguno y, sin embargo, aquellos dibujos debían de haberme resultado familiares cuando dormía en aquella cama. Busqué en el techo, en las paredes y por la zona de la puerta algún indicio, cualquier rastro, sin saber muy bien qué. Pero nada me llamaba la atención.

Me levante y me acerqué a la ventana. Miré hacia abajo.

La calle estaba desierta y más oscura que cuando había entrado en el edificio. El guardia seguía de plantón en la acera de enfrente. A la izquierda, si agachaba la cabeza, veía una plaza, también desierta, con más guardias de plantón. Era como si las ventanas de todos aquellos edificios absorbiesen la oscuridad que iba cayendo poco a poco. Eran ventanas oscuras y se notaba que nadie vivía por esta zona.

Entonces me saltó por dentro un resorte. Las vistas desde aquella habitación me provocaban una sensación de inquietud, una aprensión que ya había sentido antes. Aquellas fachadas, aquella calle desierta, aquellas siluetas de plantón en el crepúsculo me turbaban de la misma forma insidiosa que una canción o un perfume antaño familiares. Y estaba seguro de que muchas veces, a esta misma hora, había estado allí inmóvil, al acecho, sin hacer el mínimo gesto y sin atreverme siquiera a encender una lámpara.

Cuando regresé al salón, creí que ya no había nadie, pero Hélène se había echado en el banco de terciopelo. Estaba dormida. Me acerqué despacio y me acomodé en la otra punta del banco. En el centro de la alfombra de lana blanca, una bandeja con una tetera y dos tazas. Carraspeé. No se despertaba. Entonces puse té en las dos tazas. Estaba frío.

La lámpara, junto al banco, dejaba en sombra toda una zona de la habitación y apenas si distinguía la mesa, el maniquí y la máquina de coser, aquellos objetos que «Denise» había dejado abandonados allí. ¿Cómo habían sido nuestras veladas en aquella habitación? ¿Cómo saberlo?

Bebía el té a sorbitos. Oía respirar a Hélène, de modo casi imperceptible, pero la habitación estaba tan silenciosa que el mínimo ruido, el mínimo cuchicheo habría destacado con una claridad inquietante. ¿Para qué despertarla? No podía contarme mucho. Dejé la taza encima de la alfombra de lana.

Hice crujir la tarima en el preciso instante en que salía de la habitación y enfilaba el pasillo.

A tientas busqué la puerta y, luego, el automático de la escalera. Cerré la puerta lo más despacio que pude. Nada más empujar la otra puerta de cristales para cruzar el portal de la casa volví a notar que saltaba aquello parecido a un resorte que había notado al mirar por la ventana del dormitorio. La luz del portal era un globo en el

techo que esparcía una luz blanca. Me acostumbré gradualmente a aquella luz demasiado fuerte. Me quedé mirando las paredes grises y los cristales de la puerta, que relucían.

Cruzó por mí una impresión, como esos jirones fugitivos de sueño con los que intentamos hacernos al despertar para reconstruir el sueño entero. Me veía caminando por un París oscuro y empujando la puerta de aquel edificio de la calle de Cambacérès. Entonces se me quedaban de repente los ojos deslumbrados y ya no veía nada durante unos segundos de tanto como contrastaba aquella luz blanca del portal con la oscuridad de fuera.

¿A qué época se remontaba aquello? ¿A los tiempos en que me llamaba Pedro McEvoy y volvía aquí todas las noches? ¿Reconocía acaso el portal, el felpudo grande y rectangular, las paredes grises, el globo del techo que rodeaba un anillo de cobre? Detrás de los cristales de la puerta veía el arranque de las escaleras y me dieron ganas de subir despacio para volver a hacer los gestos que hacía y seguir mis antiguos itinerarios.

Creo que en los portales de los edificios se oyen aún los pasos de quienes tenían costumbre de cruzarlos y, luego, desaparecieron. Algo sigue vibrando después de que pasaran ellos, ondas cada vez más débiles, pero que captamos si estamos atentos. En el fondo, a lo mejor no había sido nunca aquel Pedro McEvoy, no era nada, pero había unas ondas que cruzaban por mí, ora lejanas, ora más fuertes, y todos aquellos ecos dispersos, que flotaban en el aire, cristalizaban y aparecía yo.

XVI

El Hotel Castille, de la calle de Cambon. Enfrente de la recepción, un saloncito. En la librería con puerta de cristales la historia de la Restauración de L. de Viel-Castel. A lo mejor cogí alguna noche uno de esos tomos antes de subir a mi habitación y se me olvidó dentro la carta, la foto o el telegrama que usé para marcar la página. Pero no me atrevo a pedirle al conserje que me deje hojear los diecisiete tomos para recuperar este rastro de mí mismo.

En la parte trasera del hotel, un patio que rodea una tapia con espalderas verdes cubiertas de hiedra. El suelo es de baldosas ocres, de color de la arena de las canchas de tenis. Mesas y sillas de jardín.

Así que aquí había vivido yo con la tal Denise Coudreuse. ¿Nuestra habitación daba al patio o a la calle de Cambon?

XVII

Muelle de Austerlitz, 19. Un edificio de tres pisos, con una puerta cochera que da a un pasillo de paredes amarillas. Un café cuyo rótulo reza *À la marine*. Tras la puerta acristalada, han colgado un cartel en el que se lee: «MEN SPREEKT VLAAMSCH», en letras rojo oscuro.

Alrededor de diez personas se agolpaban en la barra. Me senté en una de las mesas vacías. Una foto grande de un puerto en la pared del fondo: AMBERES, ponía al pie de la foto.

Los clientes de la barra hablaban muy alto. Todos debían de vivir en el barrio y se estaban tomando la copita de antes de cenar. Cerca de la puerta acristalada, había un flipper ante el que estaba un hombre con terno azul marino y corbata cuyo atuendo contrastaba con el de los demás, que llevaban cazadoras forradas de borrego, chaquetas de cuero o monos de peto. Jugaba plácidamente, tirando con mano relajada del mando del muelle del flipper.

El humo de los cigarrillos y de las pipas me picaba en los ojos y me daba tos. Flotaba por el aire un olor a manteca de cerdo.

—¿Qué va a tomar?

No lo había visto acercarse. Había llegado a pensar incluso que nadie vendría a preguntarme qué quería, porque mi presencia en una mesa del fondo pasaba totalmente inadvertida.

—Un exprés.

Era un hombre bajo, de unos sesenta años, con el pelo blanco y la cara roja, ya congestionada seguramente por varias copas. Los ojos azul claro parecían aún más desteñidos en aquel cutis rojo oscuro. Había algo alegre en aquel blanco, aquel rojo y aquel azul de tonalidad de azulejo.

—Disculpe —le dije cuando ya se iba hacia la barra—. ¿Qué quiere decir el cartel de la puerta?

—¿MEN SPREEKT VLAAMSCH?

Pronunció la frase con voz sonora.

—Sí.

—Se habla flamenco.

Me dejó plantado y se encaminó hacia la barra con andares bamboleantes. Apartaba con los brazos, sin consideraciones, a los clientes que le estorbaban el paso.

Volvió con la taza de café, agarrándola con ambas manos y con los brazos estirados, como si hiciera un esfuerzo tremendo para impedir que se le cayese aquella taza.

—Aquí tiene.

Colocó la taza en el centro de la mesa, resoplando como un corredor de maratón al llegar a la meta.

—Oiga… ¿Le suena de algo… Coudreuse?

Hice la pregunta con brusquedad.

Se desplomó en la silla de enfrente y se cruzó de brazos.

Seguía resoplando.

—¿Por qué? ¿Conoció a… Coudreuse?

—No, pero oí hablar de él en mi casa.

Se le había puesto la cara rojo ladrillo y le brillaba el sudor en las aletas de la nariz.

—Coudreuse… vivía arriba, en el segundo piso…

Tenía un leve acento. Tomé un trago de café, totalmente decidido a dejarlo hablar, porque a lo mejor con otra pregunta lo espantaba.

—Trabajaba en la estación de Austerlitz… Su mujer era de Amberes, como yo…

—Tenía una hija, ¿no?

Sonrió.

—Sí, una chiquilla muy guapa… ¿La conoció?

—No, pero algo he oído.

—¿Y qué es de ella?

—Eso es lo que intento saber precisamente.

—Venía todas las mañanas a buscar los cigarrillos de su padre. Coudreuse fumaba Laurens, unos cigarrillos belgas…

Estaba absorto en el recuerdo y creo que, lo mismo que yo, ya no oía las voces, ni las risas ni el ruido de ametralladora del flipper que teníamos al lado.

—Era un buen tipo, Coudreuse… Muchas veces cenaba en su casa. Hablaba en flamenco con su mujer.

—¿No ha vuelto a saber nada de ellos?

—Se murió… Su mujer se volvió a Amberes…

Y barrió la mesa con un amplio ademán de la mano.

—Todo eso se remonta a la noche de los tiempos…

—Dice que venía a buscar los cigarrillos para su padre… ¿De qué marca me dijo que eran?

—Laurens.

Tenía la esperanza de que se me quedase el nombre.

—Una cría peculiar…, a los diez años ya jugaba al billar con mis clientes.

Me indicaba una puerta al fondo del café que debía de dar paso a la sala de billar. Así que era aquí donde había aprendido a jugar.

—Espere —me dijo—; voy a enseñarle algo…

Se levantó torpemente y se fue hacia la barra. Volvió a apartar con los brazos a todos cuantos le impedían el paso. La mayoría de los clientes llevaban gorras de marinero y hablaban una lengua rara, flamenco sin duda. Pensé que sería por las gabarras amarradas abajo, en el muelle de Austerlitz, que debían de venir de Bélgica.

—Mire… Fíjese…

Se había sentado enfrente de mí y me alargaba una revista de modas antigua en cuya portada había una muchacha de pelo castaño y ojos claros, con un no sé qué asiático en los rasgos. La reconocí enseguida: Denise. Llevaba una torera negra y, en la mano, una orquídea.

—Era Denise, la hija de Coudreuse… Ya ve, una chiquilla guapa… Trabajó de modelo… La conocí cuando era una cría…

La portada de la revista estaba manchada y la cruzaban unas tiras de celo.

—Yo siempre la vuelvo a ver cuando venía a buscar los Laurens…

—¿No era… modista?

—No, me parece que no.

—¿Y de verdad que no sabe qué ha sido de ella?

—No.

—¿No tiene la dirección de su madre en Amberes?

Negaba con la cabeza. Parecía consternado.

—Todo eso se acabó ya, hombre…

¿Por qué?

—¿No querrá prestarme este periódico? —le pregunté.

—Sí, hombre, sí, pero tiene que prometerme que me lo devolverá.

—Se lo prometo.

—No quiero quedarme sin él. Es como un recuerdo de familia.

—¿A qué hora venía a buscar los cigarrillos?

—A las ocho menos cuarto siempre. Antes de irse al colegio.

—¿A qué colegio?

—El de la calle de Jenner. A veces la llevábamos su padre y yo.

Alargué la mano hacia la revista, la cogí deprisa y tiré de ella con el corazón acelerado. Porque podía cambiar de opinión y no dármela.

—Gracias. Se la traeré mañana.

—Sin falta ¿eh?

Me miraba con expresión suspicaz.

—Pero ¿a qué viene ese interés? ¿Es usted de la familia?

—Sí.

No podía por menos de mirar la portada de la revista. Denise parecía algo más joven que en las fotos que ya tenía. Llevaba pendientes y unas ramas de helechos más altas que la orquídea le tapaban el cuello a medias. En segundo plano, había un ángel

de madera tallada. Y abajo, en la esquina izquierda de la fotografía, estas palabras, cuyos caracteres diminutos y rojos destacaban mucho sobre la torera negra: «Foto Jean-Michel Mansoure».

—¿Quiere beber algo? —me preguntó.

—No, gracias.

—Entonces lo invito al café.

—Todo un detalle.

Me puse de pie, con la revista en la mano. Fue andando delante de mí y me abrió paso entre los clientes, cada vez había más agolpados en la barra. Les decía algo en flamenco. Tardamos mucho en llegar a la puerta acristalada. La abrió y se secó la nariz.

—Que no se le olvide devolvérmela, ¿eh? —me dijo, señalando la revista.

Cerró la puerta acristalada y me acompañó hasta la acera.

—Mire… Vivían ahí arriba…, en el segundo…

Las ventanas estaban encendidas. Al fondo de una de las habitaciones, divisaba un armario de madera oscura.

—Hay otros inquilinos…

—Cuando cenaba usted con ellos, ¿en qué habitación era?

—Aquélla…, la de la izquierda…

Y me señalaba la ventana.

—¿Y el cuarto de Denise?

—Daba del otro lado… Al patio…

Estaba absorto, a mi lado. Acabé por tenderle la mano.

—Adiós. Le traeré el periódico.

—Adiós.

Me miraba, apoyando la cara grande y roja contra los cristales. El humo de las pipas y de los cigarrillos sumía a los clientes de la barra en una niebla amarilla y aquella cara grande y roja se veía cada vez más desenfocada por el vaho que su propio aliento depositaba en el cristal.

Era de noche. La hora en que Denise volvía del colegio, si es que se quedaba al estudio de la tarde. ¿Por qué camino venía? ¿Por la derecha o por la izquierda? Se me había olvidado preguntárselo al dueño del café. En aquella época había menos tráfico y las frondas de los plátanos formaban una bóveda encima del muelle de Austerlitz. La estación propiamente dicha, más allá, parecía desde luego la de una ciudad del sudoeste. Más allá aún, el Jardín Botánico y la sombra y el silencio densos del Mercado Central de Vinos acrecentaban la tranquilidad del barrio.

Entré en el edificio y encendí el automático de la luz. Un pasillo con baldosines viejos de rombos negros y grises. Un felpudo de hierro. En la pared amarilla, unos buzones. Y seguía ese mismo olor a manteca de cerdo.

Si cerrase los ojos, pensaba, si me concentrase apoyándome los dedos de la mano en la frente, a lo mejor conseguía oír, desde muy lejos, el golpeteo de sus sandalias en las escaleras.

XVIII

Pero creo que fue en el bar de un hotel donde coincidimos por primera vez Denise y yo; Denise estaba con ese hombre que sale en las fotos, ese Freddie Howard de Luz, mi amigo de la infancia, y con Gay Orlow. Estaban viviendo en aquel hotel una temporada porque volvían de Norteamérica. Gay Orlow me dijo que estaba esperando a una amiga, una chica a la que había conocido hacía poco.

Se nos acercaba y su cara me llamó la atención enseguida. Una cara de asiática, aunque fuera casi rubia. Ojos muy claros y rasgados. Pómulos altos. Llevaba un sombrerito muy curioso que recordaba la forma de los sombreros tiroleses; y el pelo, bastante corto.

Freddie y Gay Orlow nos dijeron que los esperásemos un momento y subieron a su cuarto. Nos quedamos uno frente a otro. Sonrió.

No decíamos nada. Tenía unos ojos pálidos por los que cruzaba de vez en cuando un algo verde.

XIX

Mansoure, Jean-Michel, calle de Gabrielle, 1, XVIII. CLI 72-01.

XX

—Disculpe —me dijo cuando me senté a su mesa en un café de la plaza Blanche en donde me había propuesto, por teléfono, que quedásemos a eso de las seis de la tarde—. Disculpe, pero siempre concierto las citas fuera… Sobre todo en un primer contacto… Ahora podemos ir a mi casa…

No me costó reconocerlo porque me había especificado que llevaría un traje de pana verde oscuro y que tenía el pelo blanco, muy blanco, y cortado a cepillo. Aquel corte austero contrastaba con las largas pestañas negras que latían continuamente, con los ojos almendrados y la forma femenina de la boca: labio superior sinuoso, labio inferior tenso e imperativo.

De pie, me pareció de estatura media. Se puso una gabardina y salimos del café.

Al llegar al terraplén del bulevar de Clichy, me señaló un edificio al lado del Moulin Rouge, y me dijo:

—En otros tiempos, habría quedado con usted en Graff… Allí… Pero ya no existe..

Cruzamos el bulevar y tiramos por la calle de Coustou. Apretaba el paso, lanzando miradas furtivas a los bares de mala muerte de la acera de la izquierda. Y, cuando llegamos a la altura del taller automovilístico grande, casi corría. No se detuvo hasta la esquina con la calle de Lepic.

—Disculpe —me dijo, jadeante—, pero es que menudos recuerdos que me trae esta calle… Disculpe…

Se había asustado de verdad… Creo, incluso, que estaba temblando.

—Ahora todo va a ir mejor… Aquí, todo va a ir bien…

Sonreía al mirar la cuesta de la calle Lepic, que tenía delante, con los puestos del mercado y las tiendas de alimentación bien iluminadas.

Nos metimos por la calle de Les Abbesses. Caminaba con paso tranquilo y relajado. Me apetecía preguntarle qué recuerdos, «menudos recuerdos», le traía la calle de Coustou, pero no me atrevía a ser indiscreto ni a provocarle aquel estado de nervios que me había dejado asombrado. Y, de repente, antes de llegar a la plaza de Les Abbesses, volvió a apretar el paso. Yo iba a su derecha. En el preciso instante en que cruzábamos la calle de Germain-Pilon, vi cómo miraba con ojos espantados esa calle estrecha de casas bajas y oscuras que baja, en cuesta bastante empinada, hasta el bulevar. Me apretó el brazo muy fuerte. Se aferraba a mí como si quisiera salirse a toda costa de la contemplación de aquella calle. Me lo llevé hacia la acera de enfrente.

—Gracias… ¿Sabe? Es algo muy curioso…

Titubeó, al filo de la confidencia.

—Me entra… me entra vértigo cada vez que me topo con la entrada de la calle de Germain-Pilon… Me entran… me entran ganas de bajar por ella… No puedo evitarlo…

—¿Y por qué no baja?

—Porque… esa calle de Germain-Pilon… Había antes… Había un sitio…

Se interrumpió.

—Bah… —me dijo con sonrisa evasiva—. Es una estupidez mía… Montmartre ha cambiado tanto… Sería algo demasiado largo de explicar… Usted no conoció el Montmartre de antes…

¿Y él qué sabía?

Vivía en la calle de Gabrielle, en un edificio que lindaba con los jardines del Sacré-Cœur. Subimos por la escalera de servicio. Tardó mucho en abrir la puerta: tres cerraduras en las que hizo girar diferentes llaves con la lentitud y el primor que se pone en marcar la combinación, muy rebuscada, de una caja fuerte.

Un piso diminuto. No tenía más que un salón y un dormitorio que, al principio, debían de ser una habitación única. Cortinas de raso rosa, que se recogían con unos cordones de hilo de plata, separaban el dormitorio del salón. Éste estaba entelado de seda azul cielo y unas cortinas del mismo color ocultaban la única ventana. Veladores de laca negra en los que había objetos de marfil o de jade, butacas bajas tapizadas de verde claro y un sofá que cubría una tela con un estampado de ramas y hojas, de aspecto aún más desvaído, prestaban al conjunto una apariencia de bombonera. La luz venía de los apliques dorados de la pared.

—Siéntese —me dijo.

Me acomodé en el sofá estampado. Se sentó junto a mí.

—A ver…, enséñeme eso que me quería enseñar…

Me saqué del bolsillo de la chaqueta la revista de modas y le indiqué la portada en que se veía a Denise. Me cogió de las manos la revista y se puso unas gafas de gruesa montura de concha.

—Sí…, sí… Foto Jean-Michel Mansoure… Ése soy yo… No cabe duda.

—¿Se acuerda de esta chica?

—En absoluto. Trabajaba poco para esa publicación… Era un periódico de moda pequeño… Yo trabajaba sobre todo para *Vogue*…, ¿se da cuenta?

Quería marcar las distancias.

—¿Y no sabrá más detalles que tengan que ver con esta foto?

Me miró con expresión divertida. A la luz de los apliques me di cuenta de que unas arrugas diminutas y unas pecas le marcaban la cara.

—Pues claro, querido amigo, enseguida se lo digo…

Se puso de pie, con la revista en la mano, y dio una vuelta de llave para abrir una

puerta en la que no me había fijado hasta entonces porque estaba entelada en azul cielo, como las paredes. Daba paso a un cuartito. Oí cómo buscaba en varios cajones metálicos. Al cabo de unos minutos, salió del cuartito, cuya puerta volvió a cerrar cuidadosamente.

—Aquí están —me dijo— la ficha y los negativos. Lo conservo todo desde el principio… Está ordenado por años y por orden alfabético…

Volvió a sentarse a mi lado y consultó la ficha.

—Denise… Coudreuse… Es eso, ¿no?

—Sí.

—Nunca volví a fotografiarla… Ahora me acuerdo de esta chica… La fotografió mucho Hoyningen-Huene…

—¿Quién?

—Hoyningen-Huene, un fotógrafo alemán… Claro… Es verdad… Trabajó mucho con Hoyningen-Huene…

Cada vez que Mansoure pronunciaba ese nombre de sonoridades lunares y quejumbrosas, notaba que se posaban en mí los ojos pálidos de Denise, como la primera vez.

—Sé la dirección en que vivía entonces, si es que le interesa…

—Me interesa —contesté con voz alterada.

—Calle de Rome, 97, París, distrito XVII. Calle de Rome, 97…

Alzó de repente la cabeza hacia mí. Tenía una palidez espantosa en la cara y los ojos desorbitados.

—Calle de Rome, 97…

—Pero… ¿qué pasa? —le pregunté.

—Ahora me acuerdo muy bien de esa chica… Un amigo mío vivía en el mismo edificio…

Me miraba con expresión suspicaz y pareció tan alterado como al pasar por la calle de Coustou y por el comienzo de la calle de Germain-Pilon.

—Qué coincidencia más curiosa… Me acuerdo muy bien… Fui a buscarla a su casa, a la calle de Rome, para hacer las fotos y aproveché para saludar a ese amigo mío… Vivía en el piso de arriba…

—Pero ¿estuvo en casa de ella?

—Sí. Pero hicimos las fotos en el piso de mi amigo… Nos hizo compañía…

—¿Qué amigo?

Estaba cada vez más pálido. Tenía miedo.

—Se… se lo voy a explicar… Pero antes me gustaría beber algo…, para recuperarme…

Se levantó, fue hacia una mesita de ruedas y la empujó hasta que estuvo delante del sofá. En la bandeja superior había unos cuantos frascos grandes con tapones de

cristal y chapas de plata con cadenitas, como pulseras, parecidas a esas que llevaban al cuello los músicos de la Wehrmacht, en donde estaban grabados los nombres de los licores.

—Sólo tengo licores dulces… ¿No le importa?

—En absoluto.

—Voy a tomar un poco de Marie Brizard…, ¿y usted?

—Yo también.

Sirvió el Marie Brizard en copas estrechas y, al probar el licor, se me confundió con los rasos, los marfiles y los dorados un tanto estomagantes que me rodeaban. Era la mismísima esencia de aquel piso.

—A ese amigo que vivía en la calle de Rome… lo asesinaron…

Dijo la última palabra con reticencia y es probable que el esfuerzo lo hiciera por mí; de otro modo, no habría tenido valor para usar esa palabra tan concreta.

—Era un griego de Egipto… Escribió poemas y dos libros…

—¿Y cree que Denise Coudreuse lo conocía?

—Pues… debía de encontrárselo por las escaleras —me dijo, irritado, pues ese detalle no tenía para él importancia alguna.

—Y… ¿sucedió en esa casa?

—Sí.

—¿Denise Coudreuse vivía allí entonces?

Ni siquiera oyó mi pregunta.

—Fue de noche… Había subido con alguien a su piso… Se llevaba a su piso a cualquiera…

—¿Apareció el asesino?

Se encogió de hombros.

—Los asesinos de esa clase nunca aparecen… Yo estaba seguro de que acabaría por pasarle algo por el estilo… Si hubiera visto la pinta de algunos de los chicos a los que invitaba a su casa por las noches… A mí me habrían dado miedo incluso en pleno día…

Sonreía con una sonrisa peculiar, enternecido y horrorizado a la vez.

—¿Cómo se llamaba su amigo? —le pregunté.

—Alec Scouffi. Un griego de Alejandría.

Se puso de pie bruscamente y apartó las cortinas de seda azul cielo, dejando la ventana a la vista. Luego volvió a sentarse junto a mí en el sofá.

—Disculpe… Pero hay momentos en que me da la impresión de que hay alguien escondido detrás de las cortinas… ¿Un poco más de Marie Brizard? Sí, una gotita de Marie Brizard…

Se esforzaba en hablar con tono alegre y me apretaba el brazo como si quisiera demostrarse a sí mismo que efectivamente allí estaba yo, a su lado.

—Scouffi se vino a vivir a Francia… Lo conocí en Montmartre… Había escrito un libro muy bonito que se llamaba *Navío anclado*…

—Pero, señor mío —dije con voz firme y articulando bien las sílabas para que esta vez se dignase oír lo que le preguntaba—, si me dice que Denise Coudreuse vivía en el piso de abajo, debió de oír algo anómalo aquella noche… Debieron de interrogarla como testigo…

—Es posible.

Se encogió de hombros. Estaba visto que aquella Denise Coudreuse, que tanto me importaba a mí, y de cuyo mínimo ademán habría querido estar al tanto, a él no le interesaba en absoluto.

—Lo más tremendo es que sé quién es el asesino. Engañaba, porque tenía cara de ángel… Y eso que la mirada era muy dura… Unos ojos grises…

Se estremeció. Parecía como si el hombre de quien hablaba estuviera allí, ante nosotros, y lo perforase con los ojos grises.

—Un canalla indecente… La última vez que lo vi fue durante la Ocupación, en un restaurante, un sótano de la calle de Cambon… Estaba con un alemán…

Le vibraba la voz con el recuerdo y, aunque yo estaba absorto pensando en Denise Coudreuse, aquella voz aguda, aquello que parecía una queja rabiosa me causó una impresión que me habría costado justificar y me parecía tener la fuerza de una evidencia: en el fondo, le envidiaba su suerte al amigo y le guardaba rencor a aquel hombre de los ojos grises porque no lo había asesinado a él.

—No se ha muerto… Sigue aquí, en París… Me lo dijo alguien… Claro que ya no tiene aquella cara de ángel… ¿Quiere oír qué voz tiene?

No me dio tiempo a responder a esa pregunta sorprendente: había cogido el teléfono, que estaba encima de un puf de cuero rojo, junto a nosotros, y marcaba un número. Me dio el auricular.

—Va a oírlo… Fíjese bien… Usa el nombre de «Jinete azul»…

Al principio, no oí sino los timbrazos breves y repetidos que informan de que un número está comunicando. Y luego, en el intervalo de los timbrazos, distinguí voces de hombres y mujeres que se lanzaban llamadas: «A Maurice y Josy les gustaría que René llamase…» «Lucien espera a Jeannot en la calle de La Convention…» «Madame du Barry busca pareja…» «Alcibíades está solo esta noche…»

Se esbozaban diálogos, se buscaban voces entre sí pese a los timbrazos que las ahogaban sistemáticamente. Y todos aquellos seres sin rostro intentaban intercambiar un número de teléfono, una contraseña, con la esperanza de un encuentro. Acabé por oír una voz más lejana que las demás, que repetía:

—«Jinete azul» está libre esta noche… «Jinete azul» está libre esta noche… Deje número de teléfono… Deje número de teléfono…

—¿Qué? —me preguntó Mansoure—. ¿Lo oye? ¿Lo oye?

Pegaba el oído al auricular y acercaba la cara a la mía.

—Ese número que he marcado hace mucho que no lo tiene nadie —me explicó—. De modo que se dieron cuenta de que podían comunicarse así.

Se calló para oír mejor al «Jinete azul»; y yo pensaba que todas aquellas voces eran voces de ultratumba, voces de personas desaparecidas, voces errabundas que no podían responderse entre sí más que mediante un número de teléfono vacante.

—Es espantoso… espantoso… —repetía apretándose el auricular contra el oído —. El asesino ese… ¿Lo oye?

Colgó bruscamente. Estaba sudando.

—Voy a enseñarle una foto de mi amigo, al que asesinó ese canalla… Y voy a intentar encontrar su novela *Navío anclado* para dársela… Debería leerla.

Se levantó y se metió en el dormitorio, que separaban del salón las cortinas de raso rosa. Medio oculta tras ellas, veía una cama muy baja cubierta con una piel de guanaco.

Fui hasta la ventana y me quedé mirando, más abajo, los raíles del funicular de Montmartre, los jardines del Sacré-Cœur y, más allá, París entero, con sus luces, sus tejados y sus sombras. En aquel dédalo de calles y de bulevares nos habíamos encontrado un día Denise Coudreuse y yo. Itinerarios que se cruzan, entre todos cuantos recorren por París miles y miles de personas igual que miles y miles de bolitas de un gigantesco billar eléctrico que, a veces, tropiezan entre sí. Y de todo eso no quedaba nada, ni tan siquiera el rastro luminoso que deja el paso de una luciérnaga.

Mansoure, sin resuello, volvió a aparecer entre las cortinas color de rosa, con un libro y varias fotos en la mano.

—¡Lo he encontrado!… ¡Lo he encontrado!…

Estaba radiante… Debía de haber pensado que se le habían extraviado aquellas reliquias. Se sentó frente a mí y me alargó el libro.

—Aquí está… Le tengo mucho apego, pero se lo presto… Tiene que leerlo, no hay más remedio… Es un libro estupendo… ¡Y qué presentimiento! Alec previo su muerte…

Se le ensombreció la cara.

—Le doy también dos o tres fotos suyas…

—¿No quiere conservarlas?

—¡No! ¡No! No se preocupe… Las tengo iguales por decenas… ¡Y todos los negativos!…

Me entraron ganas de pedirle que me hiciera unas cuantas copias de Denise Coudreuse, pero no me atreví.

—Me gusta darle fotos de Alec a un chico como usted…

—Gracias.

—¿Estaba mirando por la ventana? Bonita vista, ¿eh? Y pensar que el asesino de Alec está en algún sitio de por ahí…

Y acariciaba en el cristal, con el dorso de la mano, a París entero, allá abajo.

—Debe de ser un viejo ahora…, un viejo espantoso…, maquillado…

Corrió las cortinas de raso rosa con ademán friolero.

—Prefiero no pensar en ello.

—Voy a tener que irme —le dije—. Vuelvo a darle las gracias por las fotos.

—¿Me deja solo? ¿No quiere un último traguito de Marie Brizard?

—No, gracias.

Me acompañó hasta la puerta de las escaleras de servicio por un pasillo, entelado en terciopelo azul noche, que iluminaban unos apliques con guirnaldas de abalorios. Cerca de la puerta, colgada en la pared, me llamó la atención la foto de un hombre, en un medallón. Un hombre rubio, de hermoso rostro enérgico y ojos soñadores.

—Richard Wall… Un amigo americano… También lo asesinaron…

Se había quedado quieto, delante de mí, encorvado.

—Y hubo más —me cuchicheó—. Muchos más… Si echase la cuenta… Todos esos muertos…

Me abrió la puerta… Lo vi tan desvalido que lo abracé.

—No se preocupe, hombre —le dije.

—Volverá a verme, ¿verdad? Me siento tan solo… Y tengo miedo…

—Volveré.

—Y, sobre todo, lea el libro de Alec…

Me atreví.

—Por favor… ¿Podría hacerme unas cuantas copias de… Denise Coudreuse?

—Desde luego… Lo que usted quiera… No pierda las fotos de Alec. Y tenga cuidado por la calle…

Cerró la puerta y oí cómo echaba los cerrojos, uno tras otro. Me quedé un momento en el descansillo. Me lo imaginaba volviendo por el pasillo azul noche al salón de los rasos color de rosa y verdes. Y estaba seguro de que, al llegar, volvería a descolgar el teléfono, marcaría el número, se pegaría febrilmente el auricular al oído y no se cansaría de escuchar, tembloroso, las llamadas lejanas de «Jinete azul».

XXI

Habíamos salido muy temprano, aquella mañana, en el automóvil descapotable de Denise; creo que fuimos por la Porte de Saint-Cloud. Hacía sol, porque Denise llevaba un sombrero de paja grande.

Llegamos a un pueblo de Seine-et-Oise o de Seine-et-Marne y nos metimos por una calle de cuesta poco empinada, flanqueada de árboles. Denise aparcó el automóvil ante una valla blanca que daba paso a un jardín. Empujó la valla y la esperé en la acera.

Un sauce llorón en medio del jardín y, al fondo del todo, un pabellón. Vi cómo Denise entraba en el pabellón.

Volvió con una niña de unos diez años, con el pelo rubio, que llevaba una falda gris. Nos subimos los tres al automóvil, la niña detrás y yo al lado de Denise, que conducía. Ya no me acuerdo de dónde almorzamos.

Pero por la tarde nos paseamos por el parque de Versailles y fuimos en barca con la niña. Me cegaban los reflejos del sol en el agua. Denise me prestó sus gafas oscuras.

Algo después, estábamos los tres sentados alrededor de una mesa con sombrilla y la niña tomaba un helado verde y rosa. Junto a nosotros, muchas personas con ropa de verano. La música de una orquesta. Llevamos a casa a la niña al caer la tarde. Al cruzar la ciudad, pasamos ante una feria y nos paramos.

Vuelvo a ver la ancha avenida desierta al crepúsculo y a Denise y a la niña en un auto de choque malva que dejaba un rastro de chispas. Se reían y la niña me saludaba con el brazo. ¿Quién sería?

XXII

Aquella noche, sentado en la sede de la Agencia, estuve mirando atentamente las fotos que me había dado Mansoure.

Un hombre grueso, sentado en el centro de un sofá. Lleva una bata de seda con flores bordadas. Entre el pulgar y el índice de la mano derecha, una boquilla. Con la mano izquierda sujeta las páginas de un libro apoyado en la rodilla. Está calvo, tiene las cejas nutridas y los párpados bajos. Lee. La nariz chata y ancha, el pliegue amargo de la boca, el rostro carnoso y oriental, son los de un bull-terrier. Más arriba, el ángel de madera tallada que me llamó la atención en la portada de la revista detrás de Denise Coudreuse.

En la otra foto, se lo ve de pie, vistiendo un terno blanco de chaqueta cruzada, una camisa de rayas y una corbata oscura. Aprieta en la mano izquierda un bastón con pomo. El brazo derecho doblado y la mano entreabierta le dan un porte afectado. Está muy tieso, casi de puntillas, y lleva zapatos de dos colores. Se desprende poco a poco de la foto, cobra vida y lo veo caminar por un bulevar, bajo los árboles, con paso claudicante.

XXIII

7 de noviembre de 1965

Asunto: SCOUFFI, Alexandre.
Nacido en: Alejandría (Egipto), el 28 de abril de 1885.
Nacionalidad: griego.

Alexandre Scouffi vino por primera vez a Francia en 1920.

Sus señas sucesivas fueron:

Calle de Naples, 26, París (8.°).

Calle de Berne, 11, París (8.°), en un piso amueblado.

Hotel de Chicago, calle de Rome, 99, París (17.°).

Calle de Rome, 97, París (17.°), 5.° piso.

Scouffi era un literato que publicó muchos artículos en varias revistas, poemas de todo tipo y dos novelas: *La pensión Au Poisson d'Or* y *Navío anclado*.

También estudió canto y, aunque no ejerciese la profesión de artista lírico, actuó en la Sala Pleyel y en el Teatro de La Monnaie, en Bruselas. En París, la brigada antivicio se fija en Scouffi, lo consideran persona indeseable y se llega incluso a considerar la posibilidad de una expulsión.

En noviembre de 1924, mientras vive en el 26 de la calle de Naples, lo interroga la policía tras un intento de abuso de un menor.

Entre noviembre de 1930 y septiembre de 1931, reside en el Hotel de Chicago, calle de Rome, 99, con el joven Pierre D., de veinte años, soldado del 8.° regimiento del cuerpo de ingenieros en Versalles. Al parecer, Scouffi era asiduo de los bares especiales de Montmartre. Scouffi contaba con saneados ingresos que procedían de sus propiedades de Egipto, que heredó de su padre.

Asesinado en su piso de soltero, en el 97 de la calle de Rome. Nunca identificaron al asesino.

Asunto: DE WRÉDÉ, Oleg.

AUTeuil 54-73

Ha sido imposible hasta ahora identificar a la persona que responde a ese nombre.

Podría tratarse de un seudónimo o de un nombre prestado.

O de un súbdito extranjero que sólo residió poco tiempo en Francia.

El número de teléfono AUTeuil 54-73 lleva sin adjudicar desde 1952.

Durante diez años, entre 1942 y 1952, perteneció al TALLER DE AUTOMÓVILES DEL COMETA, calle de Foucault, 5, París, XVI.

Ese taller lleva cerrado desde 1952 y dentro de poco construirán en su emplazamiento un edificio de pisos de alquiler.

Una nota acompaña a esta hoja escrita a máquina:

«Aquí tiene, querido amigo, toda la información que he podido recopilar. Si necesita más, no dude en decírmelo. Y dele recuerdos a Hutte.

Atentamente,

Jean-Pierre Bernardy.»

XXIV

Pero ¿por qué Scouffi, ese hombre grueso con cara de bulldog, me flota más que ningún otro por la memoria borrosa? Quizá se debe al traje blanco. Una mancha que destaca, como cuando encendemos la radio y, entre los chisporroteos y todos los ruidos de parásitos, surge la música de una orquesta o el timbre puro de una voz.

Me acuerdo de la mancha clara de su traje en las escaleras y de los golpes sordos y regulares del bastón con pomo en los peldaños. Se detenía en todos los descansillos. Me crucé con él varias veces cuando subía al piso de Denise. Vuelvo a ver con precisión la barandilla de cobre, la pared beige, las puertas de doble hoja de madera oscura de los pisos. Luz de lamparilla en los rellanos y esa cara, esa mirada dulce y triste de bulldog que surgía de la sombra… Hasta creo que me saludaba al pasar.

Un café, en la esquina de la calle de Rome con el bulevar de Les Batignolles. En verano, la terraza se extiende por la acera y me siento en una de las mesas. Cae la tarde. Espero a Denise. Los últimos rayos de sol se demoran en la fachada y en las cristaleras del taller de automóviles, allá, del otro lado de la calle de Rome, a la orilla de las vías del tren…

De pronto lo veo, cruzando el bulevar.

Lleva el traje blanco y, en la mano derecha, el bastón con pomo. Cojea levemente. Se aleja, en dirección de la plaza de Clichy y no pierdo de vista esa silueta blanca y tiesa bajo los árboles del terraplén. Mengua, mengua y acaba por desaparecer. Entonces, bebo un trago del refresco de menta y me pregunto qué buscará por esa zona. ¿A qué cita se encamina?

Denise llegaba tarde muchas veces. Trabajaba —todo me vuelve ahora a la memoria gracias a esa silueta blanca que se aleja por el bulevar—, trabajaba para un modista de la calle de La Boétie, un individuo rubio y delgado del que se habló mucho más adelante y que estaba entonces en sus comienzos. Me acuerdo del nombre: Jacques; y, si tengo paciencia, acabaré por encontrar el apellido en las guías de teléfonos viejas del despacho de Hutte. Calle de La Boétie…

Ya era de noche cuando Denise se reunía conmigo en la terraza de aquel café, pero a mí no me importaba, habría podido quedarme mucho más rato delante del refresco de menta. Prefería esperar en aquella terraza que en el pisito de Denise, que estaba allí cerca. Las nueve. Scouffi cruzaba el bulevar, como solía. El traje parecía fosforescente. Denise y él cruzaron unas cuantas palabras una noche, bajo los árboles del terraplén. En aquel traje de blancura deslumbradora, en aquella cara oscura de bulldog, en las frondas, de un verde eléctrico, había algo veraniego e irreal.

Denise y yo nos íbamos en dirección contraria y nos metíamos por el bulevar de

Courcelles. El París por el que caminábamos ambos a la sazón era tan veraniego e irreal como el terno de Scouffi. Flotábamos en una oscuridad que embalsamaban los aligustres cuando pasábamos ante las verjas del parque Monceau. Poquísimos automóviles. Semáforos rojos y semáforos verdes se encendían despacio e inútilmente y sus señales, de colores alternos, eran tan suaves y regulares como un balanceo de palmas.

Casi al final de la avenida de Hoche, a la izquierda, antes de la plaza de l'Étoile, los ventanales del primer piso del palacete que había sido de Sir Basil Zaharoff estaban siempre encendidos. Más adelante —o por aquella misma época, quizá— subí muchas veces al primer piso de ese palacete: oficinas; y mucha gente, siempre, en esas oficinas. Grupos de personas hablaban, otras llamaban febrilmente por teléfono. Un ir y venir continuo. Y toda esa gente ni siquiera se quitaba el gabán. ¿Por qué algunas cosas del pasado surgen con precisión fotográfica?

Cenábamos en un restaurante vasco, por la zona de la avenida de Victor Hugo. Ayer por la noche intenté dar con él, pero no lo conseguí. Y eso que busqué por todo el barrio. Estaba en la esquina de dos calles muy tranquilas y, delante, había una terraza que resguardaban unas jardineras y un toldo grande, rojo y verde. Mucha gente. Oigo el zumbido de las conversaciones, los vasos que chocan, veo, dentro, la barra de caoba y, encima, un fresco alargado que representa un paisaje de la Costa de Plata. Y aún tengo en la cabeza algunas caras. El individuo alto y delgado para quien trabajaba Denise en la calle de La Boétie y que venía a sentarse un momento en nuestra mesa. Un moreno con bigotes, una mujer pelirroja, otro hombre rubio, éste con el pelo rizado, que siempre se estaba riendo; y, por desgracia, no puedo ponerles nombre a esas caras… La cabeza calva del camarero que preparaba un cóctel cuyo secreto sólo conocía él. Bastaría con acordarse del nombre de ese cóctel —que era también el nombre del restaurante— para que se despertasen otros recuerdos; pero ¿cómo? Ayer por la noche, al recorrer estas calles, sabía perfectamente que eran las mismas de antes y no las reconocía. Los edificios no habían cambiado, ni la anchura de las aceras, pero, en aquella época, la luz era diferente y había algo distinto que flotaba en el aire…

Volvíamos por el mismo camino. Muchas veces íbamos al cine, a una sala de barrio que he localizado: el Royal-Villiers de la plaza de Lévis. Por la plaza con bancos, la columna Morris y los árboles reconocí el sitio, mucho más que por la fachada del cine.

Si me acordase de las películas que vimos, podría saber con exactitud la época, pero, de esas películas, sólo me quedan imágenes inconcretas: un trineo que se desliza por la nieve. La cabina de un transatlántico en la que entra un hombre de esmoquin, siluetas que bailan tras una puerta acristalada…

Volvíamos a la calle de Rome. Ayer por la noche, la recorrí hasta el número 97 y

creo que noté la misma sensación de angustia que en aquellos tiempos al ver las verjas, la vía del tren y, del otro lado de la vía, el anuncio DUBONNET que cubre todo un lienzo de muro de uno de los edificios y que ha perdido color seguramente desde entonces.

En el 99, el Hotel de Chicago no se llama ya Hotel «de Chicago», pero nadie, en la recepción, ha sido capaz de decirme en qué época cambió de nombre. No tiene importancia.

El 97 es un edificio muy ancho. Si Scouffi vivía en el quinto, el piso de Denise estaba debajo, en el cuarto. ¿A la derecha o a la izquierda del edificio? En la fachada hay por lo menos una docena de ventanas en todas las plantas, así que, sin duda, están divididos en dos o tres viviendas. Me quedé mirando mucho rato esa fachada con la esperanza de reconocer un balcón o la forma de los postigos de una ventana. No, no me decían nada.

Las escaleras tampoco. La barandilla no es esa cuyo cobre brilla en mi recuerdo. Las puertas de los pisos no son de madera oscura. Y, sobre todo, la luz del automático no tiene ese velo del que surgía el misterioso rostro de bulldog de Scouffi. No vale la pena preguntar a la portera. Desconfiaría y, además, las porteras cambian, como todo lo demás.

¿Seguía viviendo aquí Denise cuando asesinaron a Scouffi? Un acontecimiento así de trágico habría dejado alguna huella si hubiéramos vivido en el piso de abajo. No me queda huella de eso en la memoria.

Denise no debió de pasar mucho tiempo en el 97 de la calle de Rome, unos cuantos meses quizá. ¿Vivía yo con ella? ¿O tenía un piso en algún otro lugar de París?

Me acuerdo de una noche en que volvimos muy tarde. Scouffi estaba sentado en uno de los peldaños de las escaleras. Tenía las manos cruzadas en torno al pomo del bastón y la barbilla descansando en las manos. Los rasgos de la cara, completamente caídos; y la mirada de bulldog, rebosante de una expresión de desvalimiento. Nos detuvimos ante él. No nos veía. Nos habría gustado hablarle, ayudarlo a subir hasta su casa, pero estaba tan quieto como un maniquí de cera. Se apagó el automático y no quedaba ya más que la mancha blanca y fosforescente de su traje.

Todo esto debió de pasar al principio, cuando Denise y yo acabábamos de conocernos.

XXV

Giré el conmutador. Pero, en vez de irme de la oficina de Hutte, me quedé unos cuantos segundos en la oscuridad. Luego, volví a encender la luz y la volví a apagar. Y encendí otra vez. Y apagué. Hacerlo despertaba algo en mí: me vi apagando la luz de una habitación que era del tamaño de ésta en una época que no era capaz de determinar. Y ese gesto lo repetía todas las noches a la misma hora.

El farol de la avenida de Niel hace brillar la madera del escritorio y del sillón de Hutte. También entonces me quedaba un ratito inmóvil después de apagar la luz, como si me diera aprensión salir. Había una librería con puertas de cristales contra la pared del fondo, una chimenea de mármol gris con un espejo encima, un escritorio de muchos cajones y un sofá, cerca de la ventana, en el que me tumbaba a leer muchas veces. La ventana daba a una calle silenciosa, bordeada de árboles.

Era un palacete donde estaba la sede de una legación de Sudamérica. No me acuerdo ya de qué cargo tenía para disponer de un despacho en aquella legación. Un hombre y una mujer a quienes no veía casi nunca ocupaban otros despachos junto al mío y los oía escribir a máquina.

Recibía muy de tarde en tarde a personas que me pedían visados. De esto me acordé de repente, revolviendo en la caja de galletas que me dio el jardinero de Valbreuse y mirando atentamente el pasaporte de la República Dominicana y las fotos de carnet. Pero lo hacía en nombre de alguien a quien sustituía en aquel despacho. ¿Un cónsul? ¿Un encargado de negocios? No se me ha olvidado que le llamaba por teléfono para pedirle instrucciones. ¿Quién era?

Y, lo primero, ¿dónde estaba esa legación? Anduve varios días recorriendo el distrito XVI, porque la calle silenciosa y bordeada de árboles que volvía a ver en el recuerdo correspondía a las calles de ese barrio. Era como el zahorí que acecha la menor oscilación del péndulo. Me apostaba en la entrada de todas las calles con la esperanza de que los árboles o los edificios me sobresaltasen el corazón. Creí notar algo así en el cruce de la calle de Molitor y la calle de Mirabeau y tuve, de pronto, la certidumbre de que todas las noches, al salir de la legación, andaba por aquella zona.

Estaba oscuro. Al ir por el pasillo que llevaba a las escaleras oía el ruido de la máquina de escribir y asomaba la cabeza por la puerta entornada. El hombre ya se había ido, y la mujer estaba sola ante la máquina de escribir. Le daba las buenas noches. Dejaba de teclear y se volvía. Una bonita morena cuyo rostro tropical recuerdo. Me decía algo en español, me sonreía y seguía trabajando. Tras quedarme un ratito en el vestíbulo, por fin me decidía a salir.

Y estoy seguro de que iba calle de Mirabeau abajo, tan recta, tan oscura y tan

desierta que aprieto el paso y temo hacerme notar porque soy el único peatón. En la plaza, más abajo, en el cruce con la avenida de Versailles, todavía queda un café encendido.

A veces también me iba en dirección contraria y me internaba por las calles tranquilas de Auteuil. Allí me sentía seguro. Por fin salía a la calzada de la Muette. Me acuerdo de los edificios del bulevar Émile Augier y de la calle por la que me metía, a la derecha. En la planta baja, una ventana de cristales esmerilados, como la de las consultas de los dentistas, estaba encendida siempre. Denise me esperaba algo más allá, en un restaurante ruso.

Cito con frecuencia bares o restaurantes, pero ¿si no hubiera de vez en cuando la placa de una calle o un letrero luminoso cómo iba a poder guiarme?

El restaurante ocupaba también un jardín rodeado de una tapia. Por un ventanal, se veía el interior del local, envuelto en terciopelos rojos. Aún era de día cuando nos sentábamos en una de las mesas del jardín. Había un tañedor de cítara. La sonoridad de ese instrumento, la luz de crepúsculo del jardín y el aroma a hojas, que llegaba seguramente desde el bosque de Boulogne, que estaba cerca, todo tenía su papel en el misterio y la melancolía de aquel tiempo. Intenté encontrar el restaurante ruso. En vano. La calle de Mirabeau sí que no ha cambiado. Las noches en que me quedaba hasta tarde en la legación, me iba por la avenida de Versailles. Habría podido coger el metro, pero prefería caminar al aire libre. Muelle de Passy, puente de Bir-Hakeim. Luego, la avenida de New York, que recorrí el otro día con Waldo Blunt. Y ahora entiendo por qué noté un pinchazo en el corazón. Sin darme cuenta, estaba pisando mis antiguas huellas. Cuántas veces fui por la avenida de New York… Plaza de l'Alma, el primer oasis. Luego, los árboles y el frescor del Cours la Reine. Tras cruzar la plaza de la Concorde, casi había llegado. Calle Royale. Giro a la derecha, en la calle de Saint-Honoré. A la izquierda, la calle de Cambon.

Ninguna luz en la calle de Cambon, salvo un reflejo violeta que debe de venir de un escaparate. Estoy solo. Vuelvo a tener miedo, ese miedo que siento cada vez que bajo por la calle de Mirabeau, miedo de que se fijen en mí, de que me detengan, de que me pidan la documentación. Sería una lástima, tan cerca de la meta. Sobre todo, debo andar hasta el final con paso uniforme.

El Hotel Castille. Cruzo la puerta. No hay nadie en la recepción. Me meto en el saloncito hasta que recupero el resuello y me seco el sudor de la frente. También esta noche me he librado del peligro. Ella me espera arriba. Es la única que me espera, la única que se preocuparía si yo desapareciese en esta ciudad.

Una habitación con las paredes verde claro. Están echadas las cortinas rojas. La luz viene de una lámpara de cabecera, a la izquierda de la cama. Huelo su perfume, un aroma especiado, y ya no veo sino las pecas de su piel y el lunar que tiene encima de la nalga derecha.

XXVI

A eso de las siete de la tarde, volvía de la playa con su hijo; y era el momento del día que más le gustaba. Llevaba al niño de la mano o lo dejaba que corriera delante.

La avenida estaba desierta, unos cuantos rayos de sol se demoraban en la acera. Iban por los soportales y el niño se paraba siempre delante de la pastelería À la Reine Astrid. Él miraba el escaparate de la librería.

Aquella tarde le llamó la atención un libro del escaparate. En el título, de letras granate, estaba la palabra «Castille» y, mientras andaba bajo los soportales, apretándole la mano al niño que jugaba a saltar los rayos de sol que rayaban la acera, aquella palabra, «Castille», le recordaba un hotel, en París, cerca del Faubourg Saint-Honoré.

Un día, un hombre lo citó en el Hotel Castille. Ya lo conocía de antes, de las oficinas de la avenida de Hoche, entre todos aquellos individuos raros que hablaban de asuntos en voz baja. Y el hombre le propuso venderle un clip y dos pulseras de diamantes, porque quería irse de Francia. Le entregó las joyas, guardadas en una maletita de cuero, y quedaron en que se encontrarían al día siguiente por la noche en el Hotel Castille, en donde vivía ese hombre.

Volvía a ver la recepción del hotel, el bar diminuto al lado, y el jardín, con la tapia de espalderas verdes. El conserje llamó por teléfono para anunciarlo y le dijo luego el número de la habitación.

El hombre estaba tendido en la cama con un cigarrillo en la boca. No se tragaba el humo y lo echaba, nervioso, en nubes compactas. Un moreno alto que se había presentado la víspera como «ex delegado comercial de una legación de Sudamérica». Sólo le había dicho el nombre: Pedro.

El tal «Pedro» se había sentado en el filo de la cama y le sonreía con expresión tímida. No sabía por qué, pero el «Pedro» aquel le caía simpático aunque no lo conociera. Lo notaba acosado en aquella habitación de hotel. Le alargó en el acto el sobre en que estaba el dinero. Había conseguido vender las joyas la víspera con una buena ganancia. Aquí tiene, le dijo, le he añadido la mitad de la ganancia. «Pedro» le dio las gracias mientras metía el sobre en el cajón de la mesilla de noche.

Se fijó en aquel momento en que una de las puertas del armario, enfrente de la cama, estaba entornada. En las perchas estaban colgados dos vestidos y un abrigo de pieles. Así que el tal «Pedro» vivía con una mujer. Volvía a pensar que la situación de la mujer aquella y del tal «Pedro» debía de ser precaria.

«Pedro» seguía tendido en la cama y había encendido otro cigarrillo. El hombre aquel se sentía a gusto con él, puesto que dijo:

—Cada vez me atrevo menos a salir a la calle…

E incluso añadió:

—Hay días en que tengo tanto miedo que me quedo en la cama…

Aunque había pasado mucho tiempo, aún oía las dos frases que «Pedro» dijo con voz sorda. No supo qué responderle. Salió del paso con un comentario de orden general, algo así como: «Vivimos en una época muy rara.»

Pedro le dijo entonces, de repente:

—Creo que he dado con una forma de salir de Francia… Con dinero, todo es posible…

Recordaba que unos copos de nieve menudos —casi gotas de lluvia— se arremolinaban tras los cristales de la ventana. Y aquella nieve que caía, la oscuridad exterior, el tamaño exiguo de la habitación le daban una impresión de ahogo. ¿Acaso era aún posible escapar a algún sitio incluso con dinero?

—Sí… —susurraba Pedro—; tengo una forma de pasar a Portugal… Por Suiza…

La palabra «Portugal» le recordó en el acto el océano verde, el sol, un refresco naranja que se toma con pajita bajo una sombrilla. ¿Y si un día —se dijo— nos encontrásemos «Pedro» y yo en un café de Lisboa o de Estoril? Apretarían el tapón de la botella de sifón con ademán indolente… Qué lejos les parecería aquella habitacioncita del Hotel Castille, con la nieve, la oscuridad, el París de aquel invierno lúgubre, las componendas en que había que caer para salir del paso… Salió de la habitación diciéndole al tal «Pedro»: «Buena suerte.»

¿Que habría sido de «Pedro»? Deseaba que aquel hombre al que había visto dos veces hacía tanto tiempo estuviera tan tranquilo y feliz como él, aquella tarde de verano, con un niño que va saltando los últimos charcos de sol por la acera.

XXVII

Querido Guy: le agradezco su carta. Soy muy feliz en Niza. He vuelto a la antigua iglesia rusa de la calle de Longchamp donde me llevaba con frecuencia mi madre. Fue también por entonces cuando nació mi vocación por el tenis, viendo jugar al rey Gustavo de Suecia… En Niza, todas las esquinas me recuerdan mi infancia.

En la iglesia rusa que le he dicho hay una habitación que rodean estanterías con puertas de cristal. En el centro de la habitación, una mesa grande, que parece una mesa de billar, y sillones antiguos. Allí acudía mi abuela todos los miércoles a sacar unos cuantos libros y yo siempre iba con ella.

Los libros son de finales del siglo XIX. Por lo demás, el lugar conserva el encanto de los gabinetes de lectura de aquella época. Me paso allí largas horas leyendo en ruso, que se me había olvidado un poco.

La iglesia la flanquea un jardín umbroso, con palmeras altas y eucaliptos. Entre esa vegetación tropical crece un abedul de tronco plateado. Supongo que lo plantaron ahí para que recordemos nuestra lejana Rusia.

¿He de decirle, mi querido Guy, que he presentado mi candidatura al puesto de bibliotecario? Si la cosa va adelante, como espero, estaré encantado de recibirlo en uno de los lugares de mi infancia.

Tras muchas vicisitudes (no me he atrevido a decirle al sacerdote que ejercí la profesión de detective privado), he regresado a los orígenes.

Tenía usted razón cuando me decía que, en la vida, lo que cuenta no es el porvenir, sino el pasado.

En cuanto a lo que me pregunta, creo que el mejor sistema es dirigirse al servicio: «En interés de las familias». Así que acabo de escribir a De Swert, que me parece que cuenta con medios para responder a sus preguntas. No tardará en enviarle información.

Afectuosamente,

Hutte

P. S. En lo referido al llamado «Oleg de Wrédé», a quien hasta ahora no habíamos podido identificar, le comunico una buena noticia: en el correo siguiente recibirá usted una carta que le dará información. Es que he estado haciendo preguntas, por si acaso, a unos cuantos miembros, ya mayores, de la colonia rusa de Niza, pues me pareció que «Wrédé» sonaba a ruso —o a báltico— y, afortunadamente, he dado con una tal señora Kahan, a quien ese nombre le ha traído algunos recuerdos. Malos recuerdos, por cierto, que prefería borrar de la memoria, pero me ha prometido

escribirle para decirle cuanto sepa.

XXVIII

Asunto: COUDREUSE, Denise, Yvette.

Nacida en: París, el 21 de diciembre de 1917. Hija de Paul Coudreuse y de Henriette, de soltera BOGAERTS.

Nacionalidad: francesa.

Casada el 3 de abril de 1939 en la alcaldía del distrito XVII con Jimmy Pedro Stern, nacido el 30 de septiembre de 1912 en Salónica (Grecia), de nacionalidad griega.

La señorita Coudreuse residió sucesivamente en:

Muelle de Austerlitz, 19, en París (13.°)

Calle de Rome, 97, en París (17.°)

Hotel Castille, calle de Cambon, en París (8.°)

Calle de Cambacérès, 10 *bis*, en París (8.°)

La señorita Coudreuse posaba para fotos de moda con el nombre de «Muth». Trabajó luego, al parecer, con el modista J. F., en la calle de La Boétie, 32, como modelo; se asoció después, por lo visto, con un tal Van Allen, súbdito holandés, que creó en abril de 1941 una casa de modas en el 6 de la glorieta de la Opéra, en París (9.°). Este negocio tuvo una existencia efímera y cerró en enero de 1945.

Parece ser que la señorita Coudreuse desapareció durante un intento por cruzar clandestinamente la frontera franco-suiza en febrero de 1943. Las investigaciones realizadas en Megève (Alta Saboya) y en Annemasse (Alta Saboya) no han dado resultado alguno.

XXIX

Asunto: STERN, Jimmy, Pedro.

Nacido en: Salónica (Grecia), el 30 de septiembre de 1912.

Hijo de Georges STERN y de Giuvia SARANO.

Nacionalidad: griego.

Casado el 3 de abril de 1939, en la alcaldía del distrito XVII con Denise Yvette Coudreuse, de nacionalidad francesa.

Se desconoce si el señor Stern residía en Francia.

Una única ficha, fechada en febrero de 1939, indica que un Jimmy Pedro Stern vivía por entones en:

Hotel Lincoln

Calle de Bayard, 24, París, 8.°.

Tal es, por lo demás, la dirección que figura en la alcaldía del distrito XVII en el certificado de matrimonio.

El Hotel Lincoln ya no existe.

En la ficha del Hotel Lincoln constaba lo siguiente:

Nombre: STERN, Jimmy Pedro.

Dirección: Calle de las Tiendas Oscuras, 2. Roma (Italia).

Profesión: Corredor de comercio.

Parece ser que el señor Stern desapareció en 1940.

XXX

Asunto: MCEVOY, Pedro.

Ha sido muy difícil recopilar indicios de Pedro McEvoy, tanto en la prefectura de policía como en la Dirección Central de Informaciones Generales.

Nos han indicado que un Pedro McEvoy, súbdito dominicano que trabajó en la legación dominicana en París, vivía en diciembre de 1940 en el 9 del bulevar Julien-Potin, en Neuilly (Sena).

Luego, se pierde el rastro.

Parece probable que Pedro McEvoy se fuera de Francia tras la última guerra.

Puede haber sido un individuo que usara nombre prestado y papeles falsos, como era corriente por entonces.

XXXI

Era el cumpleaños de Denise. Una noche de invierno en que la nieve que caía sobre París se convertía en barro. La gente se metía precipitadamente en las bocas de metro y caminaba apretando el paso. Los escaparates del Faubourg Saint-Honoré resplandecían. Se acercaba la Navidad.

Entré en una joyería; y vuelvo a ver al joyero. Tenía barba y llevaba gafas con cristales de color. Le compré una sortija a Denise. Cuando salí de la tienda, seguía nevando. Me entró miedo de que Denise no estuviera en donde habíamos quedado y pensé por primera vez que podíamos perdernos en aquella ciudad, entre todas aquellas sombras que caminaban con paso apresurado.

Y ya no me acuerdo de si aquella noche me llamaba Jimmy o Pedro, Stern o McEvoy.

XXXII

Valparaíso. Va de pie, en la parte trasera del tranvía, cerca de la ventanilla, apretada en el apiñamiento de pasajeros, entre un hombre bajo con gafas oscuras y una mujer morena con cara de momia que huele a perfume de violetas.

No tardarán en bajarse todos en la parada de la plaza Echaurren y podrá sentarse. Sólo viene dos veces por semana a Valparaíso, para hacer recados, porque vive en la parte alta de Cerro Alegre. Tiene allí alquilada una casa donde ha puesto su escuela de danza.

No lamenta haberse ido de París, hace cinco años, tras la fractura de tobillo, cuando supo que no podría volver a bailar. Entonces, decidió irse, cortar las amarras con lo que había sido su vida. ¿Por qué Valparaíso? Porque conocía a alguien, a un ex bailarín del ballet del marqués de Cuevas.

No piensa volver a Europa. Se quedará en esa zona alta de la ciudad, dando clase, y acabará por olvidar aquellas fotos antiguas suyas de las paredes, de los tiempos en que bailaba en la compañía del coronel De Basil.

Pocas veces piensa en su vida anterior al accidente. Se le mezcla todo en la cabeza. Confunde los nombres, las fechas, los sitios. No obstante, le vuelve con regularidad un recuerdo, dos veces por semana, a la misma hora y en el mismo sitio, un recuerdo más nítido que los demás.

Es en el momento en que se para el tranvía, como esta tarde, al final de la avenida Errázuriz. Esta avenida, que sombrean los árboles y va cuesta arriba, una cuesta poco empinada, le recuerda la calle de Jouy-en-Josas en donde vivía de pequeña. Vuelve a ver la casa, que hacía esquina con la calle del Docteur-Kurzenne, el sauce llorón, la valla blanca, el templo protestante de enfrente y, abajo del todo, el Hostal Robin des Bois. Se acuerda de un domingo diferente de los demás. Vino a buscarla su madrina.

No sabe nada de esa mujer, salvo el nombre: Denise. Tenía un automóvil descapotable. Aquel domingo la acompañaba un hombre moreno. Fueron los tres a tomar un helado y remaron en barca y, al atardecer, cuando se fueron de Versalles para llevarla a Jouy-en-Josas, se detuvieron en una feria. Se subió con Denise, su madrina, en los autos de choque mientras el hombre moreno las miraba.

Le habría gustado saber más cosas. ¿Cómo se llamaban exactamente los dos? ¿Dónde vivían? ¿Qué habría sido de ellos después de tanto tiempo? Ésas eran las preguntas que se hacía mientras el tranvía iba por la avenida Errázuriz y subía hacia el barrio de Cerro Alegre.

XXXIII

Aquella noche estaba sentado en una de las mesas del bar-ultramarinos-degustación que conocía por Hutte y estaba en la avenida de Niel, enfrente mismo de la Agencia. Un mostrador y productos exóticos en los estantes: tés, lokums, mermelada de pétalos de rosa, arenques del Báltico. Tenía una clientela de ex jockeys que intercambiaban recuerdos enseñándose fotos abarquilladas de caballos que habían descuartizado hacía mucho.

En el bar, dos hombres hablaban en voz baja. Uno llevaba un abrigo del color de las hojas secas, que le llegaba casi a los tobillos. Era de corta estatura, como la mayor parte de los parroquianos. Se volvió, seguramente para mirar la hora en el reloj de pared que estaba encima de la puerta de entrada, y los ojos se le toparon conmigo.

Se puso muy pálido. Me miraba con la boca abierta y las pupilas desorbitadas.

Se acercó despacio, frunciendo el ceño. Se detuvo delante de mi mesa.

—Pedro…

Me palpó la tela de la chaqueta a la altura del bíceps.

—Pedro, ¿eres tú?

No sabía si responderle. Pareció desconcertado.

—Disculpe —dijo—. ¿No es usted Pedro McEvoy?

—Sí —le contesté con brusquedad—. ¿Por qué?

—Pedro, ¿no… no me reconoces?

—No.

Se sentó enfrente de mí.

—Pedro… Soy… André Wildmer…

Estaba trastornado. Me cogió la mano.

—André Wildmer…, el jockey… ¿No te acuerdas de mí?

—Disculpe —le dije—. Tengo fallos de memoria. ¿Cuándo nos conocimos?

—Pero si lo sabes…, con Freddie…

Aquel nombre me dio una descarga eléctrica. Un jockey. El ex jardinero de Valbreuse me había hablado de un jockey.

—Tiene gracia —le dije—. Alguien me habló de usted… En Valbreuse…

Se le empañaban los ojos. ¿Efectos del alcohol? ¿O la emoción?

—Vamos a ver, Pedro… ¿No te acuerdas de cuando íbamos a Valbreuse con Freddie?…

—No muy bien. Precisamente fue el jardinero de Valbreuse el que me lo mencionó…

—Pedro…, pero entonces…, ¿entonces estás vivo?

Me apretaba la mano con mucha fuerza. Me hacía daño.

—Sí… ¿Por qué?

—¿Estás… estás en París?

—Sí. ¿Por qué?

Me miraba, horrorizado. Le costaba creer que estuviese vivo. ¿Qué había sucedido? Me hubiera gustado mucho saberlo, pero, por lo visto, no se atrevía a sacar ese tema directamente.

—Yo… vivo en Giverny…, en Oise —me dijo—. Vengo… vengo muy de tarde en tarde a París… ¿Quieres tomar algo, Pedro?

—Un Marie Brizard —dije.

—Pues yo otro.

Llenó él mismo las copas, despacio, y me dio la impresión de que quería ganar tiempo.

—Pedro…, ¿qué pasó?

—¿Cuándo?

Apuró la copa de un trago.

—Cuando intentaste pasar la frontera suiza con Denise…

¿Qué podía contestarle yo?

—No volvisteis a dar noticias. Freddie estuvo muy preocupado…

Volvió a llenarse la copa.

—Pensamos que os habíais perdido entre tanta nieve…

—No debisteis preocuparos —le dije.

—¿Y Denise?

Me encogí de hombros.

—¿Recuerda bien a Denise? —le pregunté.

—¡Pero bueno, Pedro! Pues claro que sí… Y, para empezar, ¿por qué me hablas de usted?

—Disculpa, chico —le dije—. No ando muy allá desde hace una temporada. Intento acordarme de toda aquella época… Pero está todo tan nebuloso…

—Lo entiendo. Todo aquello cae muy lejos… ¿Te acuerdas de la boda de Freddie?

Sonreía.

—No mucho.

—En Niza… Cuando se casó con Gay…

—¿Gay Orlow?

—Claro, Gay Orlow… ¿Con quién se iba a casar si no?

No parecía nada satisfecho de comprobar que aquella boda no me recordaba ya gran cosa.

—En Niza. En la iglesia rusa… Una boda por la iglesia… Sin matrimonio civil.

—¿Qué iglesia rusa?

—Una iglesia rusa pequeña, con un jardín…

¿La que me describía Hutte en su carta? A veces se dan misteriosas coincidencias.

—Pues claro que sí… —le dije—, claro que sí… La iglesia rusa pequeña de la calle de Longchamp, con el jardín y la biblioteca parroquial.

—¿Así que te acuerdas? Éramos cuatro testigos… Sosteníamos unas coronas encima de las cabezas de Freddie y de Gay…

—¿Cuatro testigos?

—Pues sí…, tú, yo, el abuelo de Gay…

—¿Giorgiadze, el viejo…?

—Eso mismo… Giorgiadze…

La foto en que salía en compañía de Gay Orlow y del viejo la tomaron seguramente entonces. Se la enseñaría.

—Y el cuarto testigo era tu amigo Rubirosa…

—¿Quién?

—Tu amigo Rubirosa… Porfirio… El diplomático dominicano…

Sonreía al acordarse de aquel Porfirio Rubirosa. Un diplomático dominicano. A lo mejor era para él para quien trabajaba yo en aquella legación.

—Luego, fuimos a casa del viejo, de Giorgiadze…

Nos veía andando, a eso de las doce del mediodía, por una avenida de Niza bordeada de plátanos. Hacía sol.

—¿Y Denise estaba?

Se encogió de hombros.

—Pues claro… Está visto que no te acuerdas ya de nada…

Íbamos con paso indolente los siete: el jockey, Denise, yo, Gay Orlow y Freddie, Rubirosa y el viejo Giorgiadze. Íbamos vestidos de blanco.

—Giorgiadze vivía en el edificio que hacía esquina con los jardines de Alsace-Lorraine.

Palmeras que suben hasta el cielo. Y niños que se tiran por un tobogán. La fachada blanca del edificio, con sus toldos de lona naranja. Nuestras risas en las escaleras.

—Por la noche, para celebrar la boda, tu amigo Rubirosa nos llevó a Eden Roc… ¿Qué? ¿Te acuerdas?…

Resopló, como si acabase de hacer un tremendo esfuerzo físico. Parecía agotado tras rememorar aquel día en que Freddie y Gay Orlow se habían casado por la iglesia, aquel día de sol y de despreocupación, que había sido sin duda uno de los momentos excepcionales de nuestra existencia.

—En pocas palabras —le dije—, que tú y yo nos conocemos hace mucho.

—Sí… Pero conocí antes a Freddie… Porque fui el jockey de su abuelo… Por

desgracia, la cosa duró poco… El viejo lo perdió todo…

—Y Gay Orlow… Ya sabes que…

—Sí, lo sé… Vivía muy cerca de ella… En la glorieta de Les Aliscamps…

El edificio grande y las ventanas desde donde Gay Orlow tenía seguramente una vista espléndida del hipódromo de Auteuil. Waldo Blunt, su primer marido, me dijo que se mató porque le daba miedo envejecer. Supongo que miraba muchas veces las carreras desde la ventana. A diario, y varias veces en una sola tarde, alrededor de diez caballos toman la salida, corren por la pista y van a chocar con los obstáculos. Y a los que los saltan, se los seguirá viendo unos meses más y desaparecerán con los otros. Hacen falta caballos nuevos continuamente y los va sustituyendo sobre la marcha. Y, en todas las ocasiones, el mismo impulso acaba por quebrarse. Un espectáculo así sólo puede traer consigo melancolía y desaliento y fue quizá porque vivía en las lindes del hipódromo por lo que Gay Orlow… Me daban ganas de preguntarle a André Wildmer qué le parecía. Él debía de entenderlo. Era jockey.

—Algo muy triste —me dijo—. Gay era una chica estupenda…

Se inclinó y acercó la cara a la mía. Tenía la piel roja y picada de viruelas y los ojos marrones. Le cruzaba la mejilla derecha una cicatriz, hasta la punta de la barbilla. El pelo era castaño, salvo un mechón blanco, un remolino tieso encima de la frente.

—Y tú, Pedro…

Pero no lo dejé terminar la frase.

—¿Me conociste cuando vivía en el bulevar Julien-Potin, en Neuilly? —dije al azar, porque se me había quedado la dirección que venía en la ficha de «Pedro McEvoy».

—¿Cuando vivías en casa de Rubirosa?… Claro…

Otra vez el Rubirosa aquel.

—Íbamos muchas veces Freddie y yo… Había juerga todas las noches.

Se echó a reír.

—Tu amigo Rubirosa traía orquestas… hasta las seis de la mañana… ¿Te acuerdas de las dos canciones que nos tocaba siempre a la guitarra?

—No.

—*El reloj* y *Tú me acostumbraste*. Sobre todo *Tú me acostumbraste*.

Silbó unas cuantas notas de la melodía.

—¿Y qué?

—Sí…, sí… Me suena —dije.

—Me conseguisteis un pasaporte dominicano… No me sirvió de gran cosa que digamos…

—¿Fuiste a verme alguna vez a la legación? —pregunté.

—Sí. Cuando me diste el pasaporte dominicano.

—Nunca entendí qué pintaba yo en esa legación.

—Ni idea… Un día dijiste que le hacías más o menos de secretario a Rubirosa y que para ti era un chollo… Me pareció muy triste que Rubi se matase en aquel accidente de automóvil…

Sí, muy triste. Otro testigo al que no voy a poder preguntarle nada.

—Oye, Pedro…, ¿tú cómo te llamabas de verdad? Siempre me intrigó. Freddie me decía que no te llamabas Pedro McEvoy… Pero que era Rubi quien te había dado documentación falsa…

—¿Cómo me llamo de verdad? Ya me gustaría a mí saberlo.

Y sonreía para que pudiera tomárselo en broma.

—Freddie sí que lo sabía, porque estabais juntos en el internado… La lata que me disteis con vuestras historias del internado de Luiza…

—¿Del internado de…?

—Lo sabes perfectamente… No te hagas el tonto… El día en que tu padre fue a buscaros en automóvil a los dos… Dejó que se pusiera al volante Freddie, que aún no tenía permiso de conducir… Ésa me la contasteis lo menos cien veces…

Asentía con la cabeza. Así que yo había tenido un padre que iba a buscarme al «internado de Luiza». Interesante detalle.

—¿Y tú? —le dije—. ¿Sigues trabajando con los caballos?

—Me ha salido un puesto de profesor de equitación en un picadero de Giverny…

Se le había puesto un tono serio que me impresionó.

—Ya sabes que desde que tuve el accidente fui cuesta abajo…

¿Qué accidente? No me atrevía a preguntárselo…

—Cuando os acompañé a Megève a ti, a Denise, a Freddie y a Gay ya no andaban muy allá las cosas… Había perdido la plaza de entrenador… Se rajaron porque era inglés… Sólo querían franceses…

¿Inglés? Sí. Hablaba con un leve acento en que casi no me había fijado hasta aquel momento. Me latió el corazón algo más fuerte cuando dijo esa palabra: Megève.

—¿Vaya idea rara, no, la de aquel viaje a Megève? —comenté.

—¿Idea rara por qué? No podíamos hacer otra cosa…

—¿Tú crees?

—Era un lugar seguro… París se estaba volviendo demasiado peligroso…

—¿De verdad lo crees?

—Pero bueno, Pedro, acuérdate… Había controles cada vez con más frecuencia… Yo era inglés… Freddie tenía un pasaporte inglés…

—¿Inglés?

—Pues claro… La familia de Freddie era de Isla Mauricio… Y tu situación no es que fuera mejor… Y la verdad es que nuestros supuestos pasaportes dominicanos no

podrían protegernos ya… Acuérdate… Si incluso tu amigo Rubirosa…

No oí el resto de la frase. Me parece que estaba afónico.

Tomó un trago de licor y, en ese momento, entraron cuatro personas, parroquianos, jockeys. Me sonaban, había escuchado muchas veces sus conversaciones. Uno de ellos llevaba siempre un pantalón viejo de montar y una chaqueta de ante manchada en varios sitios. Le dieron a Wildmer unas palmadas en el hombro. Hablaban al tiempo, soltaban carcajadas y todo resultaba demasiado ruidoso. Wildmer no me los presentó.

Se sentaron en los taburetes del bar y siguieron hablando en voz muy alta.

—Pedro…

Wildmer se inclinó hacia mí. Tenía la cara a pocos centímetros de la mía. Hacía muecas como si fuera a costarle un esfuerzo sobrehumano pronunciar unas pocas palabras.

—Pedro, ¿qué os pasó a Denise y a ti cuando intentasteis cruzar la frontera?

—Ya no lo sé —le dije.

Me miró fijamente. Debía de estar un poco bebido.

—Pedro… Antes de que os fuerais ya te dije que no había que fiarse del tipo aquel…

—¿Qué tipo?

—El tipo que quería haceros pasar a Suiza… El ruso con cara de gigoló…

Estaba de color escarlata. Bebió un trago de licor.

—Acuérdate… Te dije que tampoco había que hacerle caso al otro… Al monitor de esquí…

—¿Qué monitor de esquí?

—El que iba a serviros de guía para pasar… Ya sabes… Aquel Bob Nosecuantos… Bob Besson… ¿Por qué os fuisteis? Estabais bien con nosotros en el chalet…

¿Qué podía decirle? Moví la cabeza. Vació la copa de un trago.

—¿Se llamaba Bob Besson? —le pregunté.

—Sí. Bob Besson…

—¿Y el ruso?

Frunció el ceño.

—Ya no me acuerdo…

Ya no podía concentrarse. Había hecho un violento esfuerzo para hablar del pasado conmigo. Pero se acabó. De la misma forma que el nadador agotado saca por última vez la cabeza fuera del agua y, luego, se hunde despacio. Bien pensado, yo no lo había ayudado gran cosa en aquella rememoración.

Se levantó y fue a reunirse con los demás. Volvía a sus costumbres. Le oí decir en voz muy alta qué le había parecido una carrera de por la tarde, en Vincennes. El que

llevaba el pantalón de montar invitó a una ronda. Wildmer había recobrado la voz y era tan vehemente, tan apasionado, que se le olvidaba encender el cigarrillo. Le colgaba de la comisura de los labios. Si me hubiera puesto delante de él, no me habría reconocido.

Al irme, le dije adiós y le hice una seña con el brazo, pero no me hizo caso. Estaba completamente a lo suyo.

XXXIV

Vichy. Un automóvil americano se detiene junto al parque de Les Sources, a la altura del Hotel de la Paix. Lleva la carrocería manchada de barro. Bajan dos hombres y una mujer y se encaminan hacia la entrada del hotel. Los dos hombres van sin afeitar y uno de los dos, el más alto, sostiene a la mujer por el brazo. Delante del hotel, una hilera de sillones de mimbre en los que hay gente que duerme con la cabeza colgando, sin que, al parecer, la moleste el sol de julio, que pega fuerte.

En el vestíbulo, les cuesta a los tres abrirse camino hasta la recepción. Tienen que sortear sillones e incluso camas de campaña en donde están repantigados más durmientes, algunos con uniforme militar. Grupos compactos de cinco, de diez personas se apiñan al fondo del salón, se increpan y el barullo de su conversación resulta aún más agobiante que el calor húmedo de fuera. Llegan por fin a la recepción y uno de los hombres, el más alto, le alarga al conserje los tres pasaportes. Dos de ellos son pasaportes de la legación de la República Dominicana en París, uno a nombre de «Porfirio Rubirosa» y el otro al de «Pedro McEvoy»; el tercero es un pasaporte francés a nombre de «Denise, Yvette, Coudreuse».

El conserje, con la cara chorreando de sudor que le cae en gotas desde la barbilla, les devuelve, con ademán extenuado, los tres pasaportes. No, no queda ni una habitación de hotel en todo Vichy, «en vista de las circunstancias»… Como mucho, habría dos sillones que se podrían colocar en una lavandería o en un aseo de la planta baja… Le ahoga la voz la bulla de las conversaciones que se enredan entre sí a su alrededor, los chasquidos metálicos de la puerta del ascensor, los timbrazos del teléfono, las llamadas que brotan de un altavoz fijado encima del mostrador de recepción.

Los dos hombres y la mujer salen del hotel con paso un tanto vacilante. De repente, se ha nublado; nubes de un gris violáceo. Cruzan el parque de Les Sources. A lo largo de los prados de césped, bajo las galerías cubiertas, obstaculizando el tránsito por los paseos enlosados, hay grupos, aún más compactos que los del vestíbulo del hotel. Todos se hablan en voz muy alta, algunos van de grupo en grupo, otros se aíslan de dos en dos o de tres en tres en un banco o en las sillas de hierro del parque antes de ir a reunirse con los demás… Da la impresión de que se trata de un gigantesco patio de recreo y uno espera con impaciencia que suene el timbre que acabe con ese alboroto y ese zumbido que crece por minutos y aturde. Pero no suena timbre alguno.

El moreno alto sigue sosteniendo a la mujer por el brazo, y el otro se ha quitado la chaqueta. Andan y los zarandea al pasar gente que corre por todos lados buscando a

alguien o a un grupo del que se fueron hace un momento y se deshizo en el acto, y a cuyos miembros han atrapado otros grupos.

Llegan los tres ante la terraza del café de La Restauration. La terraza está a tope, pero, por milagro, cinco personas acaban de levantarse de una de las mesas y los dos hombres y la mujer se desploman en las sillas de mimbre. Miran, un poco atontados, hacia el casino.

Ha invadido todo el parque un vapor, y la bóveda de frondas lo atrapa y lo deja estancado, un vapor de hammam. Se mete en la garganta y acaba por difuminar los grupos que están delante del casino, ahoga el ruido de su cháchara. En una mesa contigua, una anciana rompe en sollozos y repite que la frontera está cerrada en Hendaya.

La cabeza de la mujer ha caído sobre el hombro del moreno alto. Ha cerrado los ojos. Duerme como una niña. Los dos hombres cruzan una sonrisa. Luego miran de nuevo a todos esos grupos que están delante del casino.

Cae un chaparrón. Una lluvia de monzón. Cala las copas de los plátanos y los castaños, aunque son muy densas. Algo más allá, la gente se empuja para refugiarse bajo la marquesina del casino mientras que los demás se van apresuradamente de la terraza y se atropellan para meterse dentro del café.

Los únicos que no se han movido son los dos hombres y la mujer, porque la sombrilla de su mesa los ampara de la lluvia. La mujer sigue durmiendo, con la mejilla pegada al hombro del moreno alto, que tiene la mirada perdida y ausente, mientras su compañero silba entre dientes, distraídamente, la melodía de *Tú me acostumbraste*.

XXXV

Desde la ventana, se veía el espacioso prado de césped, que bordeaba un paseo de grava, cuya cuesta, poco empinada, subía hacia el edificio en que me hallaba y que me había recordado a uno de esos hoteles blancos que hay a orillas del Mediterráneo. Pero, cuando subí por la escalinata, se me topó la vista con la siguiente inscripción, en letras de plata, que adornaba la puerta de entrada: «Internado de Luiza y Albany».

Allá, en la otra punta del césped, una cancha de tenis. A la derecha, una hilera de abedules y una piscina vacía. El trampolín estaba medio caído.

El hombre vino a reunirse conmigo en el hueco de la ventana.

—Pues sí… Lo siento mucho, caballero… Todos los archivos del colegio se quemaron… No quedó nada…

Era un hombre de unos sesenta años, con gafas de montura de concha clara y una chaqueta de tweed.

—Y, en cualquier caso, la señora Jeanschmidt no lo habría autorizado… No quiere saber nada ya de cuanto tenga que ver con el internado de Luiza desde que murió su marido…

—¿No habrá por ahí rodando unas cuantas fotos de grupo antiguas? —le pregunté.

—No, caballero. Le repito que se quemó todo…

—¿Lleva mucho trabajando aquí?

—Los dos últimos años del internado de Luiza. Luego se murió nuestro director, el señor Jeanschmidt… Pero el internado no era ya lo que había sido…

Miraba por la ventana con expresión pensativa.

—Como soy un antiguo alumno me habría gustado encontrar algunos recuerdos —le dije.

—Lo comprendo. Por desdicha…

—¿Y qué va a ser del internado?

—Ah, pues van a venderlo todo en pública subasta.

Y abarcaba con un ademán desganado del brazo el césped, las canchas y la piscina que teníamos delante.

—¿Quiere ver por última vez los dormitorios y las aulas?

—No merece la pena.

Se sacó un pipa del bolsillo de la chaqueta y se la metió en la boca. No se apartaba del hueco de la ventana.

—¿Y qué era aquella edificación de madera, a la izquierda?

—Los vestuarios, caballero. Eran para cambiarse antes de hacer deporte…

—Ah, sí…

Estaba llenando la pipa.

—Se me ha olvidado todo. ¿Llevábamos uniforme?

—No. Sólo para la cena y para los días de salida era obligatorio el blazer azul marino.

Me acerqué a la ventana. Casi pegué la frente al cristal. Abajo, ante el edificio blanco, había una explanada cubierta de grava y donde asomaban ya las malas hierbas. Nos veía a Freddie y a mí, con nuestros blazers e intentaba imaginar qué aspecto podía tener aquel hombre, que había venido a buscarnos un día de salida, que se bajaba de un automóvil, caminaba hacia nosotros y era mi padre.

XXXVI

22 de noviembre de 1965

Sra. E. Kahan
Calle de Picardie, 22
Niza

A petición del señor Hutte, le escribo para contarle cuanto sé del llamado «Oleg de Wrédé» aunque me cueste resucitar ese mal recuerdo.

Entré un día en un restaurante ruso de la calle de François-I^{er}, Chez Arkady, que regentaba un caballero ruso cuyo nombre no recuerdo. Era un restaurante modesto y no había mucha gente. El director, un hombre prematuramente agotado y con aspecto desdichado y enfermo, estaba junto a la mesa de los zakuski. Esto sucedió más o menos por el año 37.

Me fijé en un joven de unos veinte años que estaba en el restaurante como en su casa. Demasiado arreglado; traje, camisa, etc., impecables.

Tenía un físico que llamaba la atención: fuerza de vivir, ojos rasgados azul porcelana, sonrisa radiante y risa continua. Tras todo eso, una astucia animal.

Estaba en la mesa vecina a la mía. La segunda vez que fui al sitio aquel me dijo, indicándome al director del restaurante con una expresión de desdén hacia el pobre viejo, que era efectivamente su padre:

—¿Piensa usted que soy hijo de ese señor?

Luego me enseñó una pulsera con chapa de identidad en donde estaba grabado el nombre: «Louis de Wrédé, conde de Montpensier» (en el restaurante lo llamaban Oleg, un nombre ruso). Le pregunté dónde estaba su madre. Me dijo que había fallecido; le pregunté dónde podía haber conocido a un Montpensier (la rama menor de los Orléans, por lo visto). Contestó: En Siberia. Todo aquello no tenía ni pies ni cabeza. Me di cuenta de que era un canalla de poca monta que dejaba que lo mantuvieran personas de ambos sexos. Cuando le pregunté a qué se dedicaba, me dijo que tocaba el piano.

Empezó luego a enumerar todas sus relaciones mundanas: que la duquesa de Uzès lo saludaba con una reverencia, que era íntimo del duque de Windsor… Noté que, en lo que contaba, había cosas ciertas y embustes. Debía de hacer picar a la gente «de mundo» con su «apellido», con su sonrisa, con su encanto frío, pero innegable.

Durante la guerra —creo que era allá por el 41 o el 42—, estaba en la playa de Juan-les-Pins cuando vi acercarse al tal «Oleg de Wrédé», muy en forma y riendo a carcajadas, como siempre. Me dijo que había estado prisionero y que un oficial

alemán de alta graduación lo mantenía. En ese momento, estaba pasando unos días en casa de su madrina, la mujer del difunto Henri Duvernois. Pero, a lo que decía: «Es tan avara. No me da dinero.»

Me anunció que regresaba a París «para trabajar con los alemanes». ¿En qué?, le pregunté. «En venderles automóviles.»

No volví a verlo y no sé qué fue de él. Esto es, mi querido señor, todo cuanto puedo decirle acerca de ese individuo.

Respetuosamente,

E. Kahan

XXXVII

Ahora, basta con cerrar los ojos. Los acontecimientos inmediatamente anteriores a que nos fuéramos todos a Megève me vuelven a la memoria, a retazos. Son los ventanales iluminados de lo que fue el palacete de Zaharoff, en la avenida de Hoche, y las frases deshilvanadas de Wildmer, y los nombres, como ese, púrpura y resplandeciente, de «Rubirosa» y el otro, lívido, de «Oleg de Wrédé» y otros detalles impalpables —esa misma voz de Wildmer, ronca y casi inaudible—, son todas esas cosas las que me hacen las veces de hilo de Ariadna.

La víspera, a media tarde, estaba precisamente en la avenida de Hoche, en la primera planta del antiguo palacete de Zaharoff. Mucha gente. Como de costumbre, nadie se quitaba el gabán. Yo iba a cuerpo. Crucé la estancia principal, en donde vi a unas quince personas, de pie en torno a los teléfonos y sentadas en los sillones de cuero hablando de sus cosas, y me colé en un despacho pequeño cuya puerta cerré al entrar. El hombre a quien tenía que ver ya había llegado. Me condujo a una esquina de la habitación y nos sentamos en dos sillones que una mesa baja separaba. Dejé en ella los luises envueltos en papel de periódico. Me alargó en el acto varios fajos de billetes de banco que no me tomé el trabajo de contar y me metí en los bolsillos. A él no le interesaban las joyas. Salimos juntos del despacho y luego de la estancia mayor, en donde había algo intranquilizador en el barullo de las conversaciones y el ir y venir de todos aquellos hombres con gabán. En la acera, me dio la dirección de una eventual compradora de las joyas, por la plaza de Malesherbes y me sugirió que le dijese que iba de su parte. Nevaba, pero decidí ir a pie. Al principio, Denise y yo íbamos mucho por ese camino. Los tiempos habían cambiado. Caía la nieve y me costaba reconocer aquel bulevar, con los árboles pelados y las fachadas negras de los edificios. No más aromas de aligustres a lo largo de la verja del parque Monceau, sino un olor a tierra mojada y a podredumbre.

Una planta baja al fondo de un callejón, de esos que suelen llamarse «glorieta» o «villa». La habitación en que me recibió la mujer no estaba amueblada. Sólo un sofá, en donde nos sentamos, y el teléfono encima del sofá. Una cuarentona nerviosa y pelirroja. El teléfono no paraba de sonar y ella no siempre lo cogía; y cuando lo cogía, tomaba nota de lo que le decían en una agenda. Le enseñé las joyas. Le dejaba el zafiro y los broches a mitad de precio a condición de que me pagase en el acto y en metálico. Le pareció bien.

Al salir, mientras me encaminaba hacia la estación de metro de Courcelles, me acordé de aquel joven que vino a nuestra habitación del Hotel Castille unos cuantos meses antes. Vendió enseguida el clip y las dos pulseras de diamantes y me propuso,

muy amablemente, que repartiéramos las ganancias. Un hombre de corazón. Le hice unas cuantas confidencias y le hablé de mis proyectos de marcha e incluso de aquel miedo que me impedía a veces salir a la calle. Me dijo que estábamos viviendo en una época muy rara.

Luego, fui a buscar a Denise a la glorieta de Édouard-VII, al piso en donde Van Allen, su amigo holandés, había abierto una casa de modas: estaba en el primer piso de un edificio, precisamente encima del Cintra. Me acuerdo porque Denise y yo íbamos mucho a ese bar, pues tenía una sala en el sótano desde donde se podía escurrir el bulto por una puerta que no era la principal. Creo que conocía todos los locales públicos y todos los edificios de París con salidas dobles.

Reinaba en aquella diminuta casa de modas un bullicio semejante al de la avenida de Hoche, más febril incluso, quizá. Van Hallen estaba preparando la colección de verano y tantos esfuerzos y tanto optimismo me impresionaron, porque yo me preguntaba si volvería a haber veranos. Le estaba probando a una chica morena un vestido de tejido liviano y blanco; y otras modelos entraban y salían de las cabinas. Varias personas charlaban alrededor de un escritorio de estilo Luis XV por encima del que andaban rodando diseños y retales. Denise conversaba en una esquina del salón con una mujer rubia de unos cincuenta años y un joven de rizos morenos. Me sumé a la conversación. Los dos se iban a la Costa Azul. No había forma de entenderse en la bulla general. Circulaban copas de champán, sin que se supiera muy bien por qué.

Denise y yo nos abrimos paso hasta el vestíbulo. Van Allen nos acompañaba. Vuelvo a ver aquellos ojos azules, muy claros, y aquella sonrisa cuando asomó la cabeza por la puerta entornada y nos tiró un beso con la mano, deseándonos buena suerte.

Denise y yo dimos una última vuelta por la calle de Cambacérès. Ya habíamos hecho el equipaje, una maleta y dos bolsas de cuero, que estaban esperando delante de la mesa grande, al fondo del salón. Denise cerró las contraventanas y corrió las cortinas. Le puso la funda a la máquina de coser y quitó la tela blanca que estaba prendida con alfileres en el busto del maniquí. Me acordé de las veladas que habíamos vivido aquí. Ella trabajaba con patrones que le daba Van Allen o cosía; y yo, echado en el sofá, leía algún libro de memorias o alguna de esas novelas policíacas de la colección Le Masque, que a ella le gustaban tanto. Aquellas veladas eran las únicas treguas que tenía yo, los únicos momentos en que podía hacerme la ilusión de que llevábamos una vida sin complicaciones en un mundo apacible.

Abrí la maleta y metí los fajos de billetes de banco que me abultaban en los bolsillos entre los jerséis y las camisas y dentro de un par de zapatos. Denise repasaba

el contenido de una de las dos bolsas de viaje para ver si no se le había olvidado nada. Fui por el pasillo hasta el dormitorio. No encendí la luz y me aposté junto a la ventana. Seguía nevando. El guardia de plantón en la acera de enfrente estaba metido en una garita que habían puesto allí pocas horas antes, porque estábamos en invierno. Otro guardia, que venía de la plaza de Les Saussaies, se encaminaba con paso presuroso hacia la garita. Le dio la mano al colega, le alargó un termo y bebieron en el vaso metálico por turno.

Entró Denise y se reunió conmigo en la ventana. Llevaba un abrigo de pieles y se acurrucó contra mí. Olía a un perfume especiado. Debajo del abrigo de pieles, llevaba una blusa camisera. Acabamos en la cama, de la que no quedaba ya sino el somier.

Estación de Lyon; Gay Orlow y Freddie nos esperaban al principio del andén de salida. En un carrito que tenían al lado habían apilado las numerosas maletas. Gay Orlow llevaba un baúl armario. Freddie charlaba con el mozo de estación y le dio un cigarrillo. Denise y Gay Orlow hablaban entre sí y Denise le preguntaba si cabríamos todos en el chalet que había alquilado Freddie. La estación estaba a oscuras, salvo el andén en que estábamos, que bañaba una luz amarilla. Llegó Wildmer, con un abrigo rojizo que le pegaba en las pantorrillas, como de costumbre. Un sombrero de fieltro le caía sobre la frente. Mandamos que nos subieran el equipaje a los respectivos coches cama. Estuvimos esperando a que anunciaran la salida fuera, delante del vagón. Gay Orlow vio a un conocido entre los viajeros que subían al tren, pero Freddie le dijo que no hablase con nadie y que no nos hiciéramos notar.

Me quedé un rato con Denise y Gay Orlow en su compartimiento. La cortinilla estaba a medio bajar y, si me agachaba, veía, por la ventanilla, que estábamos cruzando los suburbios. Seguía nevando. Di un beso a Denise y a Gay Orlow y me fui a mi compartimiento, en donde Freddie se había acomodado ya. No tardó en venir Wildmer a hacernos una visita. Estaba solo, por ahora, en su compartimiento y tenía la esperanza de que no se presentara nadie hasta el final del viaje. Porque temía que lo reconociesen, pues pocos años antes había salido mucho su foto en los periódicos hípicos, en los tiempos del accidente en el hipódromo de Auteuil. Intentamos tranquilizarlo diciéndole que la cara de los jockeys se olvida muy deprisa.

Freddie y yo nos echamos en las literas. El tren había tomado velocidad. Dejamos encendidas las lamparillas y Freddie fumaba, nervioso. Le preocupaban un poco los controles eventuales. A mí también, pero intentaba disimularlo. Freddie, Gay Orlow, Wildmer y yo teníamos pasaportes dominicanos gracias a Rubirosa, pero la verdad es

que no podíamos estar seguros de que fueran de utilidad. El propio Rubi me lo había dicho. Estábamos a merced de un policía o de un revisor más chinchoso. La única que no corría riesgo alguno era Denise. Ella era francesa de verdad.

El tren se detuvo por primera vez. Dijon. La nieve ahogaba lo que decían los altavoces. Oímos que alguien andaba por el pasillo. Abrieron la puerta de un compartimiento. A lo mejor estaba entrando alguien en el de Wildmer. Entonces nos dio a Freddie y a mí un ataque de risa nerviosa.

El tren estuvo parado media hora en la estación de Chalon-sur-Saône. Freddie se había dormido y apagué la lamparilla del compartimiento. No sé por qué, pero me sentía más tranquilo en la oscuridad.

Intenté pensar en otra cosa y no fijarme en los pasos que retumbaban en el pasillo. En el andén, había gente que hablaba y me llegaban palabras sueltas de la conversación. Debían de estar delante de nuestra ventanilla. Alguien tosía, con tos blanda. Alguien más silbaba entre dientes. El ruido cadencioso de un tren que pasaba cubrió las voces.

La puerta se abrió de repente y la silueta de un hombre con gabán se recortó sobre el fondo iluminado del pasillo. Barrió de arriba abajo el compartimiento con la linterna que llevaba, para comprobar cuántos éramos. Freddie se despertó sobresaltado.

—Documentación…

Le alargamos los pasaportes dominicanos. Los miró distraídamente y se los dio, luego, a alguien que estaba a su lado y a quien no veíamos porque nos lo tapaba la hoja de la puerta. Cerré los ojos. Cruzaron unas cuantas palabras inaudibles.

Dio un paso dentro del compartimiento. Llevaba nuestros pasaportes en la mano.

—¿Son ustedes diplomáticos?

—Sí —contesté automáticamente.

Al cabo de unos segundos me acordé de que Rubirosa nos había dado pasaportes diplomáticos.

Sin decir palabra, nos devolvió los pasaportes y cerró la puerta.

En la oscuridad, conteníamos la respiración. Nos quedamos callados hasta la salida del tren. Arrancó. Oí la risa de Freddie. Encendió la luz.

—¿Vamos a ver a los demás? —me dijo.

No había habido control en el compartimiento de Denise y Gay Orlow. Las despertamos. No entendían por qué estábamos tan alterados. Luego vino a reunirse con nosotros Wildmer, con cara seria. Todavía estaba tembloroso. También a él le habían preguntado si era «diplomático dominicano» cuando enseñó el pasaporte, y no se atrevió a contestar por temor a que, entre los policías de paisano y los revisores, hubiese algún aficionado a las carreras que lo reconociese.

El tren resbalaba por un paisaje blanco de nieve. Qué suave era el paisaje aquel, y qué amistoso. Notaba una embriaguez y una confianza, que hasta ahora nunca había sentido, al ver todas aquellas casas dormidas.

Todavía era de noche cuando llegamos a Sallanches. Un autocar y un automóvil grande estaban aparcados delante de la estación. Freddie, Wildmer y yo llevábamos las maletas, mientras que dos hombres se habían hecho cargo del baúl armario de Gay Orlow. Éramos unos diez viajeros para el autocar de Megève y el conductor y los dos mozos estaban amontonando las maletas en la parte trasera cuando un hombre rubio se acercó a Gay Orlow, el mismo en quien se había fijado ella en la estación de Lyon la víspera. Cruzaron unas palabras en francés. Nos explicó, luego, que se trataba de un conocido, un ruso que se llamaba Kyril. Éste señaló el coche grande y negro, al volante del cual estaba esperando alguien, y propuso llevarnos a Megève. Pero Freddie no aceptó la invitación y dijo que prefería coger el autocar.

Nevaba. El autocar iba despacio y el automóvil negro nos adelantó. Íbamos por una carretera en cuesta y la carcasa del autocar se estremecía cada vez que aceleraba. Me preguntaba si tendríamos una avería antes de llegar a Megève. Daba igual. A medida que la oscuridad cedía el sitio a una niebla blanca y algodonosa en la que apenas si despuntaba el follaje de los abetos, me decía que nadie vendría a buscarnos aquí. No corríamos ningún riesgo. Poco a poco, nos íbamos volviendo invisibles. Incluso la ropa de calle que llevábamos y habría podido hacer que llamásemos la atención —el abrigo rojizo de Wildmer y su sombrero de fieltro azul marino, el abrigo de leopardo de Gay, el de pelo de camello de Freddie, con la bufanda verde y el recio calzado de golf, blanco y negro— se difuminaba en la niebla. ¿Quién sabe? A lo mejor acabábamos por volatilizarnos. O no seríamos ya más que ese vaho que empañaba los cristales, ese vaho tenaz que no conseguíamos borrar con la mano. ¿Cómo se orientaba el conductor? Denise se había quedado dormida y había dejado caer la cabeza en mi hombro.

El autocar se detuvo en medio de la plaza, delante del ayuntamiento. Freddie mandó que cargasen nuestro equipaje en un trineo que estaba esperando allí y fuimos a tomar algo caliente en una pastelería y salón de té que estaba muy cerca de la iglesia. El establecimiento acababa de abrir y a la señora que nos sirvió pareció asombrarle nuestra presencia tan madrugadora. ¿O sería el acento de Gay Orlow y nuestros atuendos urbanos? A Wildmer todo le maravillaba. Nunca había visto la montaña ni los deportes de invierno. Con la frente pegada al cristal y la boca abierta, miraba caer la nieve sobre el monumento a los muertos y el Ayuntamiento de Megève. Hacía preguntas a la señora para enterarse de cómo funcionaban los teleféricos y de si podía apuntarse a clases de esquí.

El chalet se llamaba La Cruz del Sur. Era grande, de madera oscura, con postigos verdes. Me parece que Freddie se lo había alquilado a uno de sus amigos de París. Desde él, se dominaba una de las curvas de la carretera, pero desde la curva no se veía el chalet porque se amparaba tras una cortina de abetos. Se llegaba a él desde la carretera por un camino en zigzag. La carretera también subía camino de algún sitio, pero nunca tuve la curiosidad de saber hasta dónde. El dormitorio de Denise y mío estaba en el primer piso y, desde la ventana, por encima de los abetos, veíamos todo el pueblo de Megève. Puse empeño en localizar, los días en que hacía bueno, el campanario de la iglesia, la mancha ocre de un hotel al pie de Rochebrune, la estación de autobuses y la pista de patinaje y, al fondo del todo, el cementerio. Freddie y Gay Orlow tenían el dormitorio en la planta baja, junto al cuarto de estar, y para llegar al cuarto de Wildner había que bajar un piso más, porque estaba a un nivel más bajo; y la ventana, un ojo de buey, a ras del suelo. Pero fue el propio Wildner quien decidió instalarse allí, en su madriguera, como decía él.

Al principio, no salíamos del chalet. Jugábamos partidas de cartas interminables en el cuarto de estar. Tengo un recuerdo bastante exacto de esa habitación. Una alfombra de lana. Una banqueta larga de cuero que tenía encima una estantería con libros. Una mesa baja. Dos ventanas que daban a una terraza. Una mujer del vecindario se encargaba de hacernos los recados en Megève. Denise leía novelas policíacas que había encontrado en la estantería. Yo también. Freddie se estaba dejando barba y Gay Orlow nos hacía bortsch todas las noches. Wildmer pidió que le trajesen del pueblo con regularidad *Paris-Sport*, que leía oculto en lo más hondo de su «madriguera». Una tarde, cuando estábamos jugando al bridge, se presentó con la cara convulsa y blandiendo el periódico. Un cronista refería los acontecimientos más decisivos del mundo de las carreras de caballos en aquellos últimos diez años y rememoraba, entre otras cosas: «El espectacular accidente en Auteuil del jockey inglés André Wildmer.» Unas cuantas fotos ilustraban el artículo, entre otras una foto diminuta de Wildmer, más pequeña que un sello. Y eso era lo que lo trastornaba: que alguien en la estación de Sallanches o en Megève, en la pastelería de al lado de la iglesia, hubiese podido reconocerlo. Que la señora que nos traía la compra y limpiaba un poco lo hubiese identificado como «el jockey inglés André Wildmer». ¿Acaso no había recibido en su casa, en la glorieta de Les Aliscamps, una semana antes de irnos, una llamada anónima? Una voz apagada le había dicho: «¿Qué? ¿Sigues en París, Wildmer?» Quien fuera se había echado a reír y había colgado.

Por más que le repetíamos que no corría riesgo alguno puesto que era «ciudadano dominicano», estaba nerviosísimo.

Una noche, a eso de las tres de la madrugada, Freddie empezó a aporrear la puerta

de la «madriguera» de Wildmer, vociferando: «Sabemos que está usted ahí, André Wildmer… Sabemos que es el jockey inglés André Wildmer… Salga inmediatamente…»

A Wildmer no le hizo ninguna gracia la broma y se pasó dos días sin dirigirle la palabra a Freddie. Y luego se reconciliaron.

Si dejamos de lado este incidente sin importancia, los primeros días todo transcurría en el chalet con absoluta tranquilidad.

Pero, poco a poco, Freddie y Gay Orlow se cansaron de la monotonía de nuestras actividades. El propio Wildmer, pese al temor de que reconociesen en él al «jockey inglés», no paraba de dar vueltas. Era un deportista y no estaba acostumbrado a la inactividad.

Freddie y Gay Orlow conocieron a «gente» durante los paseos que daban por Megève. Por lo visto, mucha «gente» había venido a refugiarse aquí, como nosotros. Quedaban y organizaban «fiestas». Nos llegaban ecos de ello por Freddie, Gay Orlow y Wildmer, que no tardaron en participar en esa vida nocturna. Yo no me fiaba. Prefería quedarme en el chalet con Denise.

No obstante, a veces bajábamos al pueblo. Salíamos del chalet a eso de las diez de la mañana y tomábamos un camino a cuya orilla había capillitas. A veces entrábamos en alguna y Denise encendía una vela. Unas cuantas estaban cerradas. Andábamos despacio para no resbalar en la nieve.

Más abajo, un crucifijo de piedra se erguía en el centro de algo así como una rotonda de donde salía un camino de cuesta muy empinada. En el centro habían puesto peldaños de madera, pero la nieve los había tapado. Yo iba delante de Denise, de forma tal que pudiera sujetarla si resbalaba. Al final del camino estaba el pueblo. Íbamos por la calle principal hasta la plaza del ayuntamiento y pasábamos ante el Hotel Le Mont-Blanc. Algo más allá, en la acera de la derecha, el edificio de hormigón grisáceo de la oficina de correos. Desde allí, enviábamos unas cuantas cartas a los amigos de Denise: Léon; Hélène, que nos había prestado el piso de la calle de Cambacérès… Le mandé una nota a Rubirosa para decirle que habíamos llegado bien gracias a sus pasaportes y le aconsejaba que se viniera con nosotros, pues la última vez que nos habíamos visto en la legación, me había dicho que tenía intención de irse «a tomar el fresco». Le di nuestras señas.

Subíamos hacia Rochebrune. De todos los hoteles que había a la orilla de la carretera, salían grupos de niños a los que acompañaban monitoras vestidas de azul marino con ropa de deportes de invierno. Llevaban al hombro esquís o patines de hielo. Y es que, efectivamente, habían requisado los hoteles de la estación de esquí

para los niños más pobres de las grandes ciudades. Antes de dar media vuelta, mirábamos de lejos a todos los que se apiñaban ante la taquilla del teleférico.

Más arriba del chalet La Cruz del Sur, si íbamos por el camino en cuesta entre abetos, llegábamos ante un chalet muy bajo, de una sola planta. Allí vivía la señora que nos hacía los recados. Su marido tenía unas cuantas vacas; hacía de guarda de La Cruz del Sur cuando no estaban los dueños y había habilitado en su chalet una sala grande, con mesas, una barra rudimentaria y un billar. Una tarde fuimos por leche a su casa Denise y yo. No era muy amable que digamos con nosotros, pero Denise, cuando vio el billar, le preguntó si podía jugar. Primero pareció sorprendido, luego se relajó. Le dijo que fuera a jugar cuando quisiera.

Íbamos muchas veces, por la noche, cuando Freddie, Gay Orlow y Wildmer se habían marchado a participar en la vida del Megève de aquellos años. Nos proponían que quedásemos en L'Équipe o en un chalet cualquiera, para una «fiesta entre amigos», pero preferíamos subir al otro chalet. Georges —que así se llamaba el hombre— y su mujer nos estaban esperando. Creo que les caíamos bien. Jugábamos al billar con él y con dos o tres de sus amigos. La que mejor jugaba era Denise. Vuelvo a verla, grácil, con el taco del billar en la mano; vuelvo a ver su dulce rostro asiático, sus ojos claros, su pelo castaño con reflejos de cobre, cuyos bucles le llegaban a las caderas… Llevaba un jersey viejo rojo que le había prestado Freddie.

Nos quedábamos charlando con Georges y con su mujer hasta muy tarde. Georges nos decía que seguramente iba a haber jaleo cualquier día, y comprobaciones de identidad, porque mucha gente que estaba pasando una temporada de vacaciones en Megève andaba corriéndose juergas y llamaba la atención. Nosotros no éramos como los demás. Su mujer y él nos echarían una mano si pasaba algo.

Denise me dijo que «Georges» le recordaba a su padre. Encendíamos muchas veces un fuego de leña. Las horas pasaban, dulces y cálidas, y nos sentíamos en familia.

A veces, cuando los otros se habían ido, nos quedábamos solos en La Cruz del Sur. El chalet era para nosotros. Me gustaría volver a vivir algunas noches claras en las que mirábamos el pueblo, allá abajo, recortándose con nitidez sobre la nieve, y habríase dicho un pueblo en miniatura, uno de esos juguetes que ponen en Navidad en los escaparates. Aquellas noches todo parecía sencillo y tranquilizador y soñábamos con el porvenir. Nos afincaríamos aquí, nuestros hijos irían a la escuela del pueblo, llegaría el verano entre el ruido de los cencerros del ganado que pastaba… Llevaríamos una vida feliz y sin sorpresas.

Otras noches caía la nieve y me invadía una impresión de ahogo. Nunca

podríamos Denise y yo salir de ésta. Estábamos presos en lo hondo de aquel valle y la nieve nos iría enterrando poco a poco. Nada más desalentador que aquellas montañas que cerraban el horizonte. El pánico se adueñaba de mí. Entonces, abríamos la puerta acristalada y salíamos a la terraza. Respiraba el aire puro, que embalsamaban los abetos. Ya no tenía miedo. Antes bien, notaba un desapego, una tristeza serena que me infundía el paisaje. ¿Y qué pasaba con nosotros entre todo aquello? Me daba la impresión de que el eco de nuestros gestos y de nuestras vidas lo ahogaba aquel algodón que caía en copos livianos a nuestro alrededor, sobre el campanario de la iglesia, sobre la pista de patinaje y el cementerio, sobre la raya más oscura que trazaba la carretera, cruzando el valle.

Y, luego, Gay Orlow y Freddie empezaron a invitar a gente al chalet, por las noches. Wildmer ya no temía que lo reconociesen y resultaba un animador brillante. Solían venir alrededor de diez personas, o más en muchas ocasiones, de improviso, a eso de las doce de la noche, y la fiesta que había empezado en otro chalet seguía a más y mejor. Denise y yo lo eludíamos, pero Freddie nos pedía que nos quedásemos tan cariñosamente que a veces le hacíamos caso.

Vuelvo a ver, borrosos, a unos cuantos. Un moreno muy espabilado que proponía continuamente una partida de póquer y circulaba en un coche con matrícula de Luxemburgo; un tal «André-Karl», un rubio con un jersey rojo y la cara curtida por el esquí de fondo; otro individuo, muy robusto y con un caparazón de terciopelo negro que, en mi recuerdo, no deja de dar vueltas como un abejorro gordo… Unas bellezas deportistas, entre las que había una tal «Jacqueline» y una tal «señora Campan».

A veces, en plena velada, podía suceder que apagasen de golpe la luz del salón o que una pareja se aislase en un dormitorio.

Y, para terminar, aquel «Kyril» con el que Gay Orlow se había encontrado en la estación de Sallanches y nos había propuesto llevarnos en su automóvil. Un ruso casado con una francesa muy guapa. Creo que trapicheaba con las latas de pintura y el aluminio. Llamaba con frecuencia desde el chalet a París y yo le repetía a Freddie que con aquellos telefonazos acabaríamos por llamar la atención, pero tanto Freddie como Wildmer habían perdido toda prudencia.

Fueron «Kyril» y su mujer quienes trajeron una noche al chalet a Bob Besson y a un tal «Oleg de Wrédé». Besson era monitor de esquí y había tenido como clientes a personas muy famosas. Practicaba el salto de trampolín y tenía en la cara costurones de las cicatrices de unas cuantas caídas desafortunadas. Cojeaba levemente. Un hombrecillo moreno, nacido en Megève. Bebía, aunque eso no le impedía estar esquiando desde las ocho de la mañana. Además del oficio de monitor, tenía un

puesto en los servicios de abastecimiento y, por ello, contaba con un automóvil, un sedán negro, el que me había llamado la atención cuando llegamos a Sallanches. Wrédé, un ruso joven a quien Gay Orlow conocía ya de París, pasaba muchas temporadas en Megève. Parecía vivir de chanchullos comprando y volviendo a vender neumáticos y piezas sueltas, pues también él llamaba por teléfono a París desde el chalet y siempre lo oía telefonear a un misterioso «Taller de automóviles del Cometa».

¿Por qué trabé aquella noche conversación con Wrédé? Quizá porque era de trato agradable. Tenía una mirada sincera y una expresión de alegre ingenuidad. Se reía por todo. Y era tan atento que no podía por menos de preguntarle a uno continuamente si «está usted bien», si «no quiere una copita», si «no preferiría sentarse en este sofá en vez de en esa silla», si «durmió bien la noche pasada»… Tenía una forma de beberse tus palabras, con los ojos como platos y la frente arrugada, igual que si estuvieras profiriendo oráculos.

Se dio cuenta de nuestra situación y no tardó en preguntarme si nos apetecía quedarnos mucho «en estas montañas». Cuando le contesté que no teníamos elección, me dijo en voz baja que sabía un medio de pasar clandestinamente la frontera suiza. ¿Me interesaba?

Titubeé un instante y le contesté que sí.

Me dijo que saldría por 50.000 francos por persona y que Besson tenía parte en el asunto. Besson y él se encargarían de llevarnos a un punto cercano a la frontera en donde los sustituiría un guía especializado en pasos clandestinos que era amigo suyo. Habían hecho entrar así en Suiza a unas diez personas, cuyos nombres citaba. Tenía tiempo de pensármelo. Se iba a París, pero regresaría la semana siguiente. Me dio un número de París: Auteuil 54-73, en donde podría encontrarlo si me decidía deprisa.

Se lo conté a Gay Orlow, a Freddie y a Wildmer. A Gay Orlow pareció extrañarle que «Wrédé» tuviera que ver con el paso de fronteras, porque ella sólo le conocía la personalidad de joven frívolo que vivía de trapicheos. Freddie pensaba que no había que irse de Francia puesto que nos protegían nuestros pasaportes dominicanos. Y Wildmer opinaba que Wrédé tenía «jeta de gigoló», pero quien no le gustaba, sobre todo, era Besson. Nos afirmaba que las cicatrices que tenía Besson en la cara eran falsas y que se las pintaba él todas las mañanas con maquillaje. ¿Rivalidad de deportistas? No; la verdad es que le caía muy mal Besson, a quien llamaba «Cartón piedra». A Denise, Wrédé le parecía «simpático».

Quedó decidido muy deprisa. Por culpa de la nieve. No dejaba de nevar desde hacía una semana. Notaba de nuevo esa impresión de ahogo que ya había sentido en París. Me dije que si tardábamos más en irnos, nos quedaríamos pillados en la ratonera. Se lo expliqué a Denise.

Wrédé volvió la semana siguiente. Nos pusimos de acuerdo y hablamos del paso de la frontera con él y con Besson. Nunca me había parecido Wrédé más afable, más digno de confianza. Aquella forma amistosa de darme palmadas en el hombro, aquellos ojos claros, aquella cordialidad, todo me agradaba, aunque Gay Orlow me había dicho muchas veces en broma que de los rusos y de los polacos no había que fiarse.

Aquella mañana, muy temprano, hicimos el equipaje Denise y yo. Los demás aún estaban durmiendo y no quisimos despertarlos. Le dejé una nota a Freddie.

Nos esperaban a la orilla de la carretera, en el automóvil negro de Besson, ese que había visto ya en Sallanches. Conducía Wrédé y Besson iba sentado a su lado. Yo mismo abrí el maletero para meter el equipaje, y Denise y yo nos sentamos detrás.

No hablamos durante el trayecto. Wrédé parecía nervioso.

Nevaba. Wrédé conducía despacio. Íbamos por carreteras secundarias de montaña. El viaje duró por lo menos dos horas.

Fue al detener Wrédé el coche y pedirme el dinero cuando tuve un vago presentimiento. Le alargué los fajos de billetes. Los contó. Luego, se volvió hacia nosotros y me sonrió. Dijo que ahora nos separaríamos, por razones de prudencia, para pasar la frontera. Yo me iría con Besson; y él, con Denise y el equipaje. Dentro de una hora nos reuniríamos en casa de sus amigos, del otro lado… Seguía sonriendo. Una sonrisa extraña que sigo viendo en mis sueños.

Me bajé del coche con Besson. Denise se sentó delante, al lado de Wrédé. La miré y un presentimiento volvió a oprimirme el corazón. Quise abrir la portezuela y pedirle que se bajara. Nos habríamos ido los dos. Pero me dije que era de natural desconfiado y me estaba imaginando cosas. Y Denise parecía tranquila y de buen humor. Me mandó un beso con la mano.

Aquella mañana llevaba un abrigo de mofeta, un jersey Jacquard y un pantalón de esquí que le había prestado Freddie. Tenía veintiséis años, el pelo castaño, los ojos verdes y medía 1,65 m. No teníamos mucho equipaje: dos bolsas de cuero y una maletita marrón oscuro.

Wrédé arrancó sin dejar de sonreír. Le hice una seña con el brazo a Denise, que asomaba la cabeza por la ventanilla bajada. Seguí con la vista el coche que se alejaba. Ya no era, a lo lejos, sino un puntito negro.

Eché a andar detrás de Besson. Le miraba la espalda y las huellas de los pasos en la nieve. De repente, me dijo que se adelantaba para echar una ojeada, porque nos estábamos acercando a la frontera. Me pidió que lo esperase.

Al cabo de diez minutos comprendí que no iba a volver. ¿Por qué había metido yo a Denise en aquella trampa? Anduve durante horas y horas. Y, luego, acabé por tenderme en la nieve. A mi alrededor, todo era blanco.

XXXVIII

Me bajé del tren en Sallanches. Hacía sol. En la plaza de la estación esperaba un autocar con el motor en marcha. Sólo había un taxi aparcado junto al bordillo de la acera, un DS 19. Me subí a él.

—A Megève —le dije al taxista.

Arrancó. Un hombre de unos sesenta años, con el pelo entrecano y una cazadora forrada de borrego y con un cuello de piel sobada. Iba chupando un caramelo o una pastilla.

—Hace bueno, ¿eh? —me dijo.

—Ya lo creo…

Miraba por la ventanilla e intentaba reconocer la carretera por la que íbamos; pero, sin nieve, no se parecía ya en absoluto a la de antaño. El sol en los abetos y en las praderas, la bóveda que formaban los árboles por encima de la carretera, todos aquellos verdes diferentes me sorprendían.

—Ya no reconozco el paisaje —le dije al taxista.

—¿Ha estado antes?

—Sí, hace mucho…, y con nieve…

—Con nieve es muy diferente.

Se sacó del bolsillo una cajita redonda de metal y me la alargó.

—¿Quiere una Valda?

—Gracias.

Él también cogió una.

—Dejé de fumar hace una semana… Mi médico me ha aconsejado que chupe pastillas Valda… ¿Usted fuma?

—Yo también lo he dejado… Dígame… ¿Es usted de Megève?

—Sí, señor.

—Conocí a unas cuantas personas en Megève… Me gustaría saber qué ha sido de ellas… Por ejemplo, conocí a un individuo que se llamaba Bob Besson…

Disminuyó la velocidad y se volvió hacia mí.

—¿Robert? ¿El monitor?

—Sí.

Cabeceó.

—Fuimos juntos al colegio.

—¿Qué ha sido de él?

—Se ha muerto. Se mató al saltar de un trampolín, hace unos años.

—Anda…

—Habría podido hacer cosas que estuvieran bien… Pero… ¿Lo conoció usted?

—No mucho.

—A Robert se le puso muy pronto la cabeza a pájaros por culpa de sus clientes…

Abrió la caja de metal y se tomó una pastilla.

—Se mató en el acto…, al saltar…

Llevábamos detrás, a unos veinte metros, el autocar. Un autocar azul cielo.

—Tenía mucha amistad con un ruso, ¿verdad? —pregunté.

—¿Un ruso? ¿Besson amistad con un ruso?

No entendía qué quería decir.

—La verdad es que Besson no era un tipo demasiado interesante, ¿sabe?… No tenía una mentalidad sana…

Comprendí que no me diría nada más de Besson.

—¿Conoce un chalet de Megève que se llama La Cruz del Sur?

—¿La Cruz del Sur?… Hubo muchos chalets que se llamaron así…

Volvió a alargarme la caja de pastillas y cogí una.

—El chalet estaba por encima de una carretera —dije.

—¿Qué carretera?

Sí, ¿qué carretera? La que veía en el recuerdo se parecía a cualquier carretera de montaña. ¿Cómo localizarla? Y el chalet a lo mejor no existía ya. Y aun cuando existiera…

Me incliné hacia el taxista. Di con la barbilla en el cuello de piel de la cazadora.

—Lléveme otra vez a la estación de Sallanches —dije.

Se volvió hacia mí. Parecía sorprendido.

—Como quiera, caballero.

XXXIX

Asunto: HOWARD DE LUZ, Alfred Jean.

Nacido en: Port-Louis (Isla Mauricio), el 30 de julio de 1912, hijo de Howard de Luz, Joseph Simety, y de Louise, de soltera FOUQUEREAUX.

Nacionalidad: inglés (y norteamericano).

El señor Howard de Luz residió sucesivamente en:

Mansión de Saint-Lazare, en Valbreuse (Orne).

Calle Raynouard, 23, en París (16.°).

Hotel Chateaubriand, calle de Le Cirque, 18, en París (8.°).

Avenida Montaigne, 56, en París (8.°).

Avenida Maréchal-Lyautey, 25, en París (16.°).

Alfred Jean Howard de Luz no tenía profesión claramente definida en París.

Al parecer, se dedicó entre 1934 y 1939 a la localización y compra de muebles antiguos por cuenta de un griego residente en Francia, llamado Jimmy Stern, y, con tal motivo, hizo un largo viaje por los Estados Unidos, de donde era oriunda su madre.

Parece que el señor Howard de Luz, aunque perteneciera a una familia francesa de Isla Mauricio, tuvo doble nacionalidad: inglesa y norteamericana.

En 1950, el señor Howard de Luz se marchó de Francia para afincarse en Polinesia, en la isla de Padipi, en las proximidades de Bora Bora (Islas de la Sociedad).

La siguiente nota acompañaba a esta ficha:

«Mi querido señor: tenga a bien disculpar el retraso con que le hago llegar las informaciones que obran en nuestro poder referidas el señor Howard de Luz. Ha sido muy dificultoso dar con ellas, pues al ser el señor Howard de Luz súbdito británico (o norteamericano), ha dejado muy pocos rastros en nuestros servicios.

Un cordial saludo para usted y para Hutte.

J.-P. Bernardy.»

XL

«Mi querido Hutte: me voy de París la semana que viene, a una isla del Pacífico en donde hay alguna probabilidad de que vuelva a encontrar a un hombre que me dará informaciones de lo que fue mi vida. Por lo visto, es un amigo de juventud.

Hasta ahora, todo me ha parecido tan caótico, tan fragmentario… Retazos, briznas de cosas me volvían de repente según investigaba… Pero, bien pensado, a lo mejor una vida es eso…

¿Se trata de la mía efectivamente? ¿O de la vida de otro, dentro de la que me he colado?

Le escribiré desde allí.

Espero que todo le vaya bien en Niza y que le hayan dado el puesto de bibliotecario que deseaba en ese sitio que le recuerda su infancia.»

XLI

AUTeuil 54-73: TALLER DE AUTOMÓVILES DEL COMETA, calle de Foucault, 5. Paris (16.°).

XLII

Una calle que da al muelle, antes de los jardines del Trocadero; y me pareció que en esa calle vivía Waldo Blunt, el pianista norteamericano a quien acompañé a su casa y fue el primer marido de Gay Orlow.

El taller llevaba cerrado mucho tiempo, a juzgar por el portón de hierro oxidado. Encima, en la pared gris, aún podía leerse, aunque las letras azules estuviesen borradas a medias: TALLER DE AUTOMÓVILES DEL COMETA.

En la primera planta, a la derecha, una ventana con un estor naranja colgando. ¿La ventana de un cuarto? ¿De un despacho? ¿Estaba el ruso en aquella habitación cuando lo llamé desde Megève a AUTeuil 54-73? ¿A qué se dedicaba en el taller de automóviles del Cometa? ¿Cómo saberlo? Todo parecía tan lejano ante aquel edificio abandonado…

Di media vuelta y me quedé un momento en el muelle. Miraba pasar los automóviles y las luces, en la otra orilla del Sena, cerca del Champ de Mars. A lo mejor quedaba allá algo de mi vida, en un piso pequeño en la linde de los jardines, alguna persona que me había conocido y aún se acordaba de mí.

XLIII

Hay una mujer asomada a una de las ventanas de una planta baja, en la esquina de la calle de Rude y de la calle de Saïgon. Hace sol y unos niños juegan al balón en la acera, algo más allá. Se oye a los niños gritar continuamente: «Pedro», porque es el nombre de uno de ellos y los otros lo llaman sin dejar de jugar. Y aquel «Pedro», que lanzan voces de timbre cristalino, suena muy raro en la calle.

La mujer no ve a los niños desde la ventana. Pedro. Conoció hace mucho a alguien que se llamaba así. Intenta recordar cuándo fue mientras le llegan los gritos, las risas y el ruido mate del balón que rebota en una pared. Sí, claro. Fue cuando trabajaba de modelo con Alex Maguy. Conoció a una tal Denise, una rubia con una cara un poco asiática, que también trabajaba en cosas de moda. Simpatizaron enseguida.

Aquella Denise vivía con un hombre que se llamaba Pedro. Un sudamericano, seguramente. Efectivamente, se acordaba de que Pedro trabajaba en una legación. Un moreno alto, cuyo rostro recordaba con bastante claridad. Incluso ahora habría podido reconocerlo, aunque probablemente se le habrían echado los años encima.

Una noche vinieron los dos a su casa, aquí, a la calle de Saïgon. Había invitado a unos cuantos amigos a cenar. El actor japonés y su mujer, la del pelo rubio coral, que vivían allí al lado, en la calle de Chalgrin; Évelyne, una morena a quien había conocido en el taller de costura de Alex Maguy, que vino con un joven pálido; otra persona, ya no se acordaba de quién; y Jean-Claude, aquel belga que le tiraba los tejos… Había sido una cena muy alegre. Pensó que Denise y Pedro hacían una pareja estupenda.

Uno de los niños ha cogido el balón al vuelo, lo estrecha contra el pecho y se aleja de los otros a zancadas. Los ve pasar corriendo por delante de su ventana. El que lleva el balón sale, sin resuello, a la avenida de la Grande-Armée. Cruza la avenida, sin dejar de estrechar el balón. Los otros no se atreven a seguirlo y se quedan quietos, mirando cómo corre por la acera de enfrente. Le da al balón con el pie. El sol hace relucir los cromados de las bicicletas en el escaparate de las tiendas de bicicletas que hay, una tras otra, en la avenida.

Ya no se acuerda de los demás niños. Corre solo con el balón y se mete a la derecha, haciendo regates, por la calle de Anatole-de-la-Forge.

XLIV

Apoyé la frente en el ojo de buey. Dos hombres paseaban arriba y abajo por cubierta, charlando, y el claro de luna les teñía la piel del rostro de un tono ceniciento. Acabaron por acodarse en la borda.

No podía dormir, aunque se había calmado el oleaje. Miraba una por una nuestras fotos, las de todos, de Denise, de Freddie, de Gay Orlow, y, poco a poco, iban dejando de ser reales según proseguía el barco su derrotero. ¿Existieron alguna vez? Me volvía a la memoria lo que me habían contado de las actividades de Freddie en Norteamérica. Había sido el «confidente de John Gilbert». Y aquellas palabras me traían una imagen: dos hombres caminando codo con codo por el jardín descuidado de una villa, a lo largo de una cancha de tenis cubierta de hojas secas y de ramas rotas; el más alto de ambos hombres —Freddie— se inclinaba hacia el otro, que debía de estarle hablando en voz baja y era seguramente John Gilbert.

Tiempo después, oí un zafarrancho, voces y carcajadas en las crujías. Se peleaban por una trompeta para tocar las primeras notas de *Auprès de ma blonde*. La puerta del camarote de al lado se cerró de golpe. Había varias personas dentro. Más carcajadas, chocar de vasos, respiraciones aceleradas, un quejido suave y prolongado…

Alguien rondaba por las crujías tocando una campanilla y repitiendo con voz endeble de monaguillo que habíamos cruzado la Línea.

XLV

A lo lejos, se desperdigaban unos fanales rojos y, de entrada, parecía que flotaban en el aire, antes de que uno se diera cuenta de que iban siguiendo el perfil de una orilla. Se intuía una montaña de seda azul oscuro. El agua tranquila, tras haber cruzado los arrecifes.

Estábamos entrando en la rada de Papeete.

XLVI

Me habían dicho que hablase con un tal Fribourg. Llevaba treinta años viviendo en Bora Bora y hacía documentales sobre las islas del Pacífico, que solía presentar en París, en la Sala Pleyel. Era uno de los hombres que conocía mejor Oceanía.

No tuve ni que enseñarle la foto de Freddie. Lo había visto en varias ocasiones cuando desembarcaba en la isla de Padipi. Me lo describía como un hombre que medía casi dos metros y no salía de su isla como no fuera en su barco, una goleta, a bordo de la cual realizaba prolongados periplos por los atolones de las Tuamotu e incluso hasta las islas Marquesas.

Fribourg me propuso llevarme a la isla de Padipi. Nos embarcamos en algo así como un barco de pesca. Nos acompañaba un maorí obeso que no perdía nunca a Fribourg de vista. Creo que vivían juntos. Pareja extraña la de aquel hombrecillo con pinta de ex jefe de scouts, que vestía un pantalón de golf raído y un niqui y llevaba gafas de montura metálica y el grueso maorí de piel cobriza que llevaba un pareo y una blusa de algodón azul cielo. Durante la travesía me contó con voz dulce de adolescente que había jugado al fútbol con Alain Gerbault.

XLVII

En la isla, fuimos por un paseo cubierto de césped y bordeado de cocoteros y árboles del pan. De vez en cuando una tapia blanca de media altura marcaba las lindes de un jardín en cuyo centro se alzaba una casa —todas eran iguales— con una veranda y un tejado de chapa pintado de verde.

Llegamos a una amplia pradera que rodeaban unas alambradas. A la izquierda, la bordeaban unos cuantos cobertizos entre los que había un edificio de dos plantas, de un beige sonrosado. Fribourg me explicó que se trataba de un antiguo aeródromo que habían construido los norteamericanos durante la guerra del Pacífico y que allí era donde vivía Freddie.

Entramos en el edificio de dos plantas. En la planta baja, un cuarto con una cama, un mosquitero, un escritorio y un sillón de mimbre. Una puerta daba paso a un cuarto de baño rudimentario.

En el primer piso y en el segundo, las habitaciones estaban vacías y faltaban cristales en las ventanas. En medio de los pasillos había unos cuantos cascotes. En una de las paredes se había quedado colgado un mapa militar del Pacífico Sur.

Volvimos al cuarto que debía de ser el de Freddie. Aves de plumas pardas se colaban por la ventana entornada y se posaban, en filas prietas, en la cama, en el escritorio y en la estantería de libros que había junto a la puerta. Cada vez acudían más. Fribourg me dijo que eran mirlos de las Molucas y que lo roían todo, el papel, la madera e incluso las paredes de las casas.

Entró un hombre en la habitación. Llevaba un pareo y tenía barba blanca. Habló con el grueso maorí que seguía a Fribourg como su sombra, y el gordo traducía balanceándose levemente. Hacía alrededor de quince días, la goleta en que Freddie quería dar una vuelta hasta las Marquesas había regresado y encalló en los arrecifes de coral de la isla; y Freddie ya no estaba a bordo.

Nos preguntó si queríamos ver el barco y nos llevó a orillas de la laguna. Allí estaba el barco, con el mástil roto; y le habían colgado a los lados, para protegerlos, neumáticos viejos de camión.

Fribourg dijo que, en cuanto volviésemos, pediríamos que salieran a buscar a Freddie. El grueso maorí de la blusa azul pálido hablaba con el otro, con voz muy aguda. Era como si pegase chilliditos. No tardé en dejar de hacerles caso.

No sé cuánto tiempo me quedé a orillas de aquella laguna. Pensaba en Freddie. No, desde luego que no había desaparecido en el mar. Seguramente había decidido cortar las últimas amarras y debía de estar escondido en un atolón. Acabaría por encontrarlo. Y, además, tenía que hacer un último intento, ir a mis antiguas señas de

Roma: calle de las Tiendas Oscuras, 2.

Cayó la tarde. La laguna se apagaba poco a poco según se iba reabsorbiendo el color verde. Por el agua corrían aún sombras de un malva grisáceo, un tanto fosforescentes.

Me había sacado maquinalmente del bolsillo las fotos nuestras que quería enseñarle a Freddie; y, entre ellas, la foto de Gay Orlow de niña. Hasta ahora no me había fijado en que estaba llorando. Se adivinaba por el ceño fruncido. Por un instante, el pensamiento me llevó lejos de aquella laguna, a la otra punta del mundo, a una ciudad balnearia del sur de Rusia, donde tomaron la foto hacía mucho. Una niña vuelve de la playa, al anochecer, con su madre. Llora por nada, porque habría querido seguir jugando. Se aleja. Ya ha doblado la esquina de la calle. ¿Y acaso no se esfuman en el crepúsculo nuestras vidas con la misma rapidez que ese disgusto infantil?

PATRICK MODIANO nació en París el 30 de julio de 1945. Se dedicó a la literatura desde 1968 con la publicación de *El lugar de la estrella*. Cuatro de sus libros han sido llevados al cine, medio en el que ha trabajado como guionista.

Escritor prolífico, desarrolla la mayoría de sus novelas en la Francia ocupada en la Segunda Guerra Mundial, en especial en París, ciudad de la que hace extraordinarias descripciones. Su estilo es directo, con prosa ajustada e impregnada de un aire melancólico. Ha recibido numerosos premios, destacando el de Novela de la Academia Francesa (1972), por *Los bulevares periféricos* y el Goncourt (1978) por *La calle de las tiendas oscuras*.

Notas

[1] Anuario que recoge los datos de las personalidades de la alta sociedad francesa. (*N. de la T.*) <<

[2] Muelle amortiguador. Blunt es el apellido del fabricante. (*N. de la T.*) <<